

April, Adam

Y LA
TRAYECTORIA
DE LOS
PLANETAS

ANDREA LONGARELA

- NEIRA -

CROSS
BOOKS

Índice

Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Rayos de regaliz
Coco y nueces
Estrellas de limón
Espirales de frambuesa
Gotas de chocolate blanco
Corazones de pasta de dientes
Pecas de cacao
Satélites de caramelo
Lilas para April
Agua y aceite
Lágrimas para Adam
Piel de naranja y mantequilla
Tréboles glaseados
Pompas de mandarina
Cerezas de jabón
Ojos de avellana
Bollitos de anís
Cerveza y pasas
Po-boy y batido
Café con jengibre
Recuerdos de calabaza
Realidad agridulce
Gofres y algodón de azúcar

Paredes de caramelo

Canciones de té

Grajeas de fresa y nata

Mariposas de lima

Crema de vainilla

Un mundo por saborear

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

¿Alguna vez has soñado con desaparecer? Adam, sí. No deja de hacerlo. Cuando se levanta, cuando se acuesta, cuando respira. Cada segundo de su existencia en el que se da cuenta de que Ella ya no está.

¿Alguna vez has vivido como si todo fuera un sueño? April, sí. No deja de hacerlo. Cuando hornea galletas para el grupo de terapia del señor Campbell, cuando observa a su hermano Otto crear música con una simple lata, cuando ve a Adam por primera vez.

¿Pueden tener algo en común un chico que solo vive entre sueños y una chica que solo sueña despierta? ¿Y una chica que cree tener el don de romper el corazón a los demás y un chico que lo tiene de piedra?

Quizá aún haya esperanza para ellos; quizá, juntos, sean capaces de matar monstruos de la mano y de conseguir que los planetas dejen de girar.

APRIL, ADAM Y LA
TRAYECTORIA DE LOS
PLANETAS

Andrea Longarela - Neira



*Para Judith, por ser hogar, calor y color
siempre que lo necesito.*

1. ¿Por qué me gustan las medusas? No lo sé. Las encuentro bonitas. Antes, mientras las miraba, he pensado una cosa. Escucha, lo que nosotros vemos es solo una pequeña parte del mundo. Damos por hecho que esto es el mundo, pero no es del todo cierto. El verdadero mundo está en un lugar más oscuro, más profundo, y en su mayor parte lo ocupan criaturas como las medusas. Eso nosotros lo olvidamos. ¿No te parece? Dos terceras partes del planeta son océanos, y lo que nosotros podemos ver con nuestros ojos no pasa de ser la superficie del mar, la piel. De lo que verdaderamente hay debajo no sabemos nada.

HARUKI MURAKAMI,
Crónica del pájaro que da cuerda al mundo

Rayos de regaliz

El mundo está lleno de personas rotas.
La diferencia radica en que algunas saben que
lo están y otras aún no.

April tenía un don. Lo había descubierto una tarde, quince años atrás, cuando el coche de su madre con todas sus pertenencias dentro había recorrido por última vez Marshall Street y había observado el rostro desencajado de su vecino, Cory Graham, haciéndose cada vez más pequeño hasta desaparecer. Lo supo justo cuando su cara comenzaba a desdibujarse. Fue un *boom*, un aguijón clavado en sus tripas, un destello fugaz de algo que solo podría definirse como dolor, un rayo que atravesó el cuerpo del chico e implosionó contra el iris atigrado de ella. ¿Alguna vez habéis tirado un globo de agua desde una ventana? Pues esa fue la última imagen que tuvo April de Cory antes de mudarse de Morgan City y no volver a verlo nunca más: la de su corazón rompiéndose.

Cinco años después, hubo un acto que se lo confirmó de nuevo. Estaba jugando a pintar estrellas en la pared del pasillo. Pretendía que estas iluminaran la casa cuando su hermano Otto se levantase a hacer pis por las noches y, de ese modo, su miedo a que un monstruo lo engullera desapareciese, pero su madre, en vez de agradecerle la idea, la había castigado y obligado a borrarlas con un viejo cepillo de dientes y una pieza de jabón de glicerina mientras Otto lloraba en una esquina abrazado a sus rodillas. En realidad, las lágrimas no se veían, pero April sabía que su hermano estaba llorando por dentro; lo hacía continuamente, pero los adultos

estaban tan ciegos que rara vez podían verlo. O, aún peor, porque la triste verdad era que no querían hacerlo.

En aquel momento, April estaba tan enfadada con su madre que cuando los astros desaparecieron del todo y las paredes volvieron a ser planos muertos a su alrededor, se plantó con los puños cerrados por la ira frente a ella y le dijo las palabras que pusieron su don a funcionar por segunda vez en su vida.

—Te odio. Y no lo hago por haberme hecho borrar los dibujos, ni porque me escuezan los dedos, ni porque me importe que pienses que solo hago tonterías. Te odio porque no lo comprendes, ni siquiera lo intentas. Te odio porque es tan fácil como leer en sus ojos, en sus manos, en sus pasos. Otto no es un problema matemático, mamá. Ni un acertijo. Otto solo es... como esos mundos de fantasía de los cuentos, pero ¿cómo vas a entenderlo si no crees en él?

Los hombros de su madre se debilitaron, como si hubiera recibido un golpe fuerte, y sus ojos le dijeron a April que lo había vuelto a hacer, que su don seguía funcionando. Y es que April no solo era especialista en leer a su hermano, sino que también tenía una facilidad asombrosa para hacerlo con los demás. Eso sí, para ella no era un don, sino una especie de castigo, ya que solía conocer más de la gente de lo que deseaba y eso no siempre era bueno. La hacía sentirse una ladrona de pensamientos, de sueños, de secretos que no le correspondían.

Pasaron otros cinco años antes de que el don despertase de nuevo. Como si hubiera establecido una especie de rutina, de período de descanso para activarse con más fuerza que nunca una vez por lustro. O eso pensaba April. En aquella ocasión estaba en un parque, bajo la sombra de un sauce. El calor se le pegaba a las mejillas, y los puestos de la calle le traían el olor de las palomitas y de masa para gofres. Jason Newell estaba frente a ella con las manos en los bolsillos de los vaqueros y la cabeza gacha. Su pelo rubio estaba rizado por la nuca debido al sudor y apretaba los dientes con furia, pero April intuía que no era por la inminente despedida, sino porque estaba haciendo

serios esfuerzos por no llorar. Le pidió perdón de nuevo, aunque April pensaba que no había que disculparse por no querer a alguien, que los sentimientos no tenían razón de ser y, por lo tanto, no responsabilizaban a nadie de nada, pero, aun así, creyó que aquello haría sentir mejor al que había sido su novio durante treinta y tres días y nueve horas. Se habían dado la mano veintitrés veces y se habían besado unas doce. Y ahora estaban ambos estrenándose en el marcador de las rupturas. Jason asintió y se marchó, pero April vio sobrevolando su don como si fuera una mano gigante que cubrió al chico y que lo guio de vuelta a la feria como si de una marioneta se tratase.

Había sido difícil, aunque no tan duro como los adultos siempre contaban que resultaban las rupturas, al menos para ella, y respiró tranquila, porque tenía una nueva tregua con el destino durante los próximos cinco años.

Volvió a sumergirse en las calles ajetreadas de Nueva Orleans y se compró un batido de fresa. Después caminó hacia su casa despacio, disfrutando del sabor dulce y ajena a lo que la rodeaba, totalmente obnubilada con sus pensamientos. Dándole vueltas a lo de siempre, preguntándose por qué, de entre todos los dones posibles que la vida le había podido otorgar, a ella le había tocado precisamente ese. Cuestionándose, sin obtener respuesta alguna, el motivo de tener la capacidad de romper el corazón de los demás.

Todas las personas nacen con un don. Esa era la premisa que había guiado la vida de April desde que comenzó a observar lo que pasaba a su alrededor y lo descubrió. Esto ocurrió porque ella era de esa clase de gente que escucha más que habla y que no solo mira, sino que ve. El mundo está lleno de lo contrario, de personas que clavan los ojos en lo que les rodea, pero que nunca se quitan la venda que les impide ver lo esencial y que les hace estar pendientes de cosas más allá del perímetro de su ombligo. Quizá April hubiera sido una más, pero tener a su lado a alguien como Otto provocó que tuviera que aprender a leer otros idiomas si querían entenderse. Otto, al que muchos colgaban la etiqueta de *chico especial*, pero no por todo lo que brillaba, sino por esas cosas diferentes que el resto no comprendía. Otto, que había nacido con un

diagnóstico bajo el brazo de trastorno del espectro autista, con retraso mental asociado y ausencia de lenguaje, palabras que para April estaban vacías y no decían absolutamente nada de su hermano. ¿Cómo podían resumir todo lo que era una persona con ese puñado de palabras? ¿Cómo podían decir que no hacía uso del lenguaje cuando con ella no dejaba de comunicarse? Otto era mucho más que eso; aquello solo era un bache insignificante en el mapa de su vida para rellenar informes institucionales. Pero April lo veía de verdad, vaya si lo hacía, y sí que merecía más que nadie el adjetivo de *especial*, pero porque había muy pocas personas en el mundo con tanta luz como su hermano pequeño.

Su madre tenía el don de aguar los colores. De conseguir que un momento azul intenso se volviese gris. Era capaz de no terminar un crucigrama, pero sí de encontrar una errata, en caso de que la hubiera. De ensalzar el fallo en un examen de notable. De hacer que la vida pareciese un poco más difícil cuando lograbas superar una cima. No era un buen don, April lo sabía, pero nadie ha dicho que la vida sea justa y que los dones siempre tengan que ser positivos; de ahí que ella misma odiase el suyo, pero lo que sí que sabía es que todos tenían una función.

A su padre nunca lo recordaban, pero April sabía que tenía el don de provocar sonrisas. Lo sabía porque en todas las fotografías en las que él aparecía su madre iluminaba la imagen con una gran sonrisa llena de todo lo que no mostraba desde que él se había marchado. Por eso, April pensaba que se habían querido mucho, porque se complementaban como esos polos opuestos que se atraen de forma inevitable. Su madre era toda melancolía, pero esta se contrarrestaba con la alegría excesiva de su padre, y viceversa. Al menos le gustaba pensar eso, porque en realidad no tenía ni idea, ya que ella apenas conservaba recuerdos de él antes de que un Toyota Corolla se lo llevase por delante mientras cruzaba la calle con dos bolsas llenas de gominolas y helado. Fue el día que April cumplía tres años. No hace falta que explique que no se comieron dulces aquel día, pero sí conviene decir que la

calle acabó cubierta de una lluvia de azúcar y de colores pastel. Su padre había muerto, sí, pero a ella le gustaba imaginar que lo había hecho rociando la ciudad de caramelos. Una ciudad que habían abandonado con la mirada triste de Cory Graham despidiéndose de ellos, porque su madre no podía evitar cruzar esa calle sin imaginarse el cuerpo de su marido inerte en el suelo, mientras que April sonreía a su lado, pensando en gotas de fresa y rayos de regaliz.

Otto era un privilegiado, porque era una de esas pocas personas que poseían más de un don. Para empezar, conocía todos los mundos posibles, incluso los que aún no se habían descubierto. Su mente era como un laberinto lleno de secretos, de paisajes solo inventados para él y de animales fantásticos que necesitaban un lugar seguro en el que vivir, y ese sitio era la cabeza de su hermano. También sabía hablar a través de la música. Creaba instrumentos con los trastos del garaje y después era capaz de comunicar todas las emociones del mundo acariciándolos con sus dedos. Además, entendía a los cactus y una vez lo había visto hablando con una ardilla. Ninguno había abierto la boca, pero April sabía que habían compartido verdades que los demás humanos no comprenderíamos.

Sin embargo, por encima de todos esos dones que él poseía, Otto era la persona a la que más admiraba April en el mundo, porque tenía un don que lo hacía más especial que ninguno. Y es que Otto conocía el verdadero significado del amor, porque lo llevaba dentro, solo hacía falta escarbar un poco para encontrarlo. Había nacido con la capacidad de amar de forma innata, sin necesidad de reciprocidad, sin concesiones, sin compromisos, sin más que la certeza de que si quería a alguien, lo aceptaba y vivía sin cuestionarlo.

Podría seguir relatando los dones de todas las personas que de alguna forma compartían la vida de April, pero esta historia no va de eso; esta historia va de una chica que decía tener el don de romper el corazón de los demás y de un chico que aún no conocéis, pero que lo tenía de piedra. De una

chica que podríamos decir que tenía muchos más dones que ella no consideraba, como leer en los ojos de los demás y conocer sus dones con una facilidad asombrosa cuando algunos ni siquiera conocían los propios. De una chica que se llamaba April y de un chico que aún no ha sido presentado, pero del que os puedo contar que, casualmente, creía haber nacido sin un solo don.

Puede que no fuera eso; puede que solo necesitase cruzarse con ella para recordarlo, porque lo había olvidado. O para encontrarlo a su lado.

O quizá no; quizá ya estuviera todo perdido.

Coco y nueces

Un ojo abierto.
El otro soñando.

M. ZUSAK

Adam tenía sueño. Todo el tiempo. A todas horas. Todos los días. Cada segundo de los últimos meses, pero no dormía. No podía.

Cada vez que cerraba los ojos la veía a Ella. A la chica con mayúsculas cuyo nombre era incapaz de pronunciar en voz alta sin derrumbarse. A Ella sonriendo. A Ella saltando un charco el día de Fin de Año y colgándose de su cuello. A Ella besándole la barbilla y susurrándole después un «vámonos a casa». A casa. No a *tu* casa, sino a casa. Como si ya fuera suya. Como si por fin lo hubiese aceptado.

A casa.

Dos palabras que abarcaban un mundo.

Su mundo. De pronto, roto. Oscuro. Vacío.

Adam tenía hambre. No todo el tiempo, pero sí cuando su cabeza le daba una tregua y le permitía recordarse que era una función vital. Abría la nevera y cogía un plato preparado listo para calentar y comer. No tenía que cocinar, así que podía evitar imaginarse la presencia de Ella a su lado metiéndose el dedo manchado de salsa en la boca. A Ella dándole un golpe con la cadera al pasar y mordiéndose los labios para no reírse por su torpeza con los fogones. A Ella oliendo a masa, a especias y a eso que lo alimentaba por dentro cada día y lo mantenía vivo sin necesidad de comer.

No obstante, después de meter la lasaña en el microondas, sacarla,

colocarla en un plato y sentarse en la barra de la cocina, dio el primer bocado y se le revolvió el estómago. Se le puso del revés. Las tripas, la habitación entera y el mundo. Porque daba igual que intentara esconderlo, todo era Ella. Estaba en todas partes y no lo soportaba más.

Adam tenía inquietudes. O las había tenido. Tras el accidente habían mutado en otra cosa un poco más siniestra. En el pasado, Adam había soñado con abrir una escuela de música; con enseñar lo que sabía a niños que algún día llenarían estadios enteros o pondrían banda sonora a las estaciones de metro; con vivir de aquello que le colmaba los pulmones de aire cuando no podía respirar. En aquel momento trabajaba a tiempo parcial en una cadena de bricolaje y lo odiaba, pero como la mayor parte del tiempo odiaba su vida en general, no sabía discernir si ese sentimiento era por el trabajo o porque era lo que lo cubría todo.

Adam estaba vivo. Eso decían sus constantes vitales. Su cuerpo respondía a los estímulos (a la mayoría de ellos) y aún nadie había preparado su esquela.

Sin embargo, deseaba sentirse muerto, pero no podía. Porque el dolor, el sufrimiento, los recuerdos, la nostalgia, todos esos sentimientos le recordaban continuamente que no solo era un cuerpo con vida, sino que por dentro también vivía, aunque no quisiera. Aunque desease haber muerto en lugar de Ella. Aunque cada día al despertarse se imaginase formas de llevarlo a cabo; de morir; de matarse.

Adam tenía todas esas cosas, pero quería dejar de hacerlo. Así que un sábado de mayo, coincidiendo con el aniversario de su ausencia, se levantó y decidió que ya era suficiente. Que tenía sueño, hambre, inquietudes y vida, pero que Ella seguía faltándole.

Y a él le sobraba aliento.

—¿Que has hecho qué?

—Ya me has oído.

April entró en la cocina y se sentó en el taburete alto de la barra,

mordiendo con más ímpetu del necesario una manzana roja. Le encantaban las manzanas y las rojas eran sus favoritas.

—No puedo creerlo.

—Lo que yo no puedo creer es que te sorprenda.

—April, es el tercer trabajo que te conseguimos y que dejas en dos meses. ¿No te das cuenta de que llegará un día en el que se acaben los favores? Y, entonces ¿qué?

—Me haré modelo nudista en la escuela de arte. —Su madre se estremeció—. Cantaré *reggae* en la calle. Montaré un puesto de flores silvestres. No lo sé, mamá, ¿vale?

—Tienes veinte años, April. La vida no es un juego.

—No, la vida es un regalo.

Otto, a su lado, la apoyaba, con esa inmensa dulzura que llenaba sus ojos negros.

Eso a April la hacía sentir bien; reconfortada, aliviada, en una calma extraña que impedía que se pusiera a maldecir por haber tenido que soportar las miradas lascivas de su último jefe durante dos semanas. Incluso se olvidaba del dolor que sentía ante la expresión de decepción de su madre, cuando si había alguien en esa casa que había sido siempre una decepción constante, era ella.

Se recreó un poco más en la tranquilidad que le provocaba sentir a su hermano de su parte, tiró el corazón de la manzana lanzándolo como si la papelera fuese una canasta y, después de bailar alzando la mano al aire con el signo de la victoria en los dedos por haber acertado, se dirigió a la puerta.

—Y ahora ¿adónde vas?

—Hay reunión en el centro. Necesitan voluntarios.

—No recordaba que fuera hoy.

—Pues quizá podrías plantearte ir; hay talleres de memoria, ya sabes, para todas esas cosas que se te olvidan.

Su madre suspiró con impaciencia y al final le soltó lo que ya se estaba

convirtiendo en una rutina en sus escasas conversaciones.

—April, sabes que me parece bien que acudas allí cuando te apetezca, pero tu día asignado es el viernes. Deberías comenzar a centrarte en algo más el resto de la semana.

—Ya, sí.

«Centrarse.» April pensaba en el significado de esa palabra y ya se aburría. «Centrarse.» Ni siquiera entendía el motivo para hacerlo. Al menos en lo que se refería a la concepción adulta que le daba su madre a todo aquello; más aún cuando si alguien debía centrarse en su vida y ser un ejemplo que imitar era ella, y no lo cumplía.

Llegó al centro social con Otto pisándole los talones y saludó a Gema al pasar por la recepción. Su hermano miró los caramelos del bol, como cada día, y April cogió un puñado para él y se los metió en el bolsillo para dárselos al salir; nunca se atrevía a hacerlo por sí mismo y aquel robo inocente ya se había convertido en una rutina. Después lo observó soltarse de su agarre y desaparecer dentro de un aula; ella se dirigió al pasillo de la derecha y lo recorrió hasta el final, donde se encontraba la sala del señor Campbell.

—Buenas tardes, April. Qué alegría tenerte de nuevo por aquí —le dijo él, sincero, con una sonrisa enorme en su hinchado rostro. Hacía dos semanas que no la veía.

—He dejado el trabajo por vosotros, así que espero que sea verdad —bromeó.

Lewis se rio y ella alzó una ceja, fingiendo seriedad, porque ambos conocían las dificultades de April para mantener un puesto de trabajo.

Esa era una de las razones por las que le gustaba tanto Campbell, porque siempre parecía contento de tenerla a su lado, como si no sobrara pese a los errores que cometía, una sensación que en casa la abrumaba constantemente.

—Lo lamento mucho, pero no voy a ocultar que es bueno tenerte de vuelta.

—Prepararé café. He traído galletas.

—¿De coco?

—Y nueces.

Levantó la bolsa para que las viera y ambos sonrieron.

—Bienvenida seas.

Adam abrió los ojos y se encontró con otros azules, tristes y asustados. Eran familiares, demasiado, tanto que sintió un desgarró interno a la altura del pecho hasta percibir cómo se abría aún más aquel agujero que había llegado a consumirlo por dentro. Ganar la batalla de su propia vida.

—Mamá.

Ella lloró, lo abrazó y le regaló palabras bonitas, de esas que solo nacen del corazón de una madre que ama por encima de todo a su hijo. Después volvió a quedarse dormido.

El perfume familiar de su madre le hizo soñar con campos de flores, con sensaciones tranquilas, como una cama recién hecha o el calor del sol en la piel (supuso que eso se debía a los calmantes) y también con una chica de pelo rubio y ojos verdes. Una chica que se reía sin hacer ruido y que corría hacia él, pero nunca lo alcanzaba.

Soñó con Ella y volvió a desear no despertar jamás.

El señor Campbell era el psicoterapeuta del centro de intervenciones sociales donde Otto llevaba acudiendo desde los cinco años. Era un hombre alto, fuerte y con un espeso bigote en el que las migas de las galletas que April preparaba para ellos solían acampar durante horas. Rondaba los cincuenta y, de entrada y quedándonos solo en la primera impresión creada por los prejuicios sociales que siempre nos imponemos, tenía más pinta de levantar casas con sus propias manos que de ser un reputado profesional de la psique humana. A April le caía bien; vivía totalmente entregado a su trabajo, poseía un humor inteligente y un corazón noble. A ella le gustaba pensar que el tamaño de su cuerpo se debía a que con otro envoltorio sería imposible que le cupiese el corazón dentro del pecho.

April llevaba acudiendo como voluntaria desde los dieciséis. Antes de aquello, le permitían pasar muchas tardes allí con la excusa de ir a buscar a su hermano, pero desde que pudo hacerlo de forma legal se había convertido en parte del equipo, primero como apoyo en los juegos de los chicos como Otto, después como voluntaria en las terapias grupales. Su misión era simplemente estar allí, ocuparse del café o de cualquier otra necesidad que los usuarios tuviesen mientras los psiquiatras y los psicólogos realizaban su trabajo.

Aunque en el último año las cosas habían cambiado un poco, lo quisiera ver ella o no.

Todo había cambiado, por mucho que cerrara los ojos o mirase para otro lado.

El centro era grande y se dividía en departamentos, pero April siempre había tenido predilección por el aula del señor Campbell. Era su manera de tratar a las personas, de ver la vida y la pasión en lo que hacía lo que llevaba a April a quedarse eclipsada por aquellas reuniones que a veces ni comprendía.

Lunes y miércoles, adicciones.

Martes y jueves, fobias.

Viernes, el duelo.

Problemas, personas bloqueadas que no sabían continuar, atadas a algo o a alguien, dependientes, vulnerables, que gritaban auxilio por cada poro de su piel sin abrir la boca.

Personas, al fin y al cabo.

En realidad, ella solo debía acudir los viernes, pero solía pasarse por allí cuando le apetecía, cuando sentía que la casa la comía o, simplemente, se aburría.

Adam era una persona. O eso había sido hasta entonces, porque según sus conocimientos las personas pensaban, sentían, sufrían, reían, pero, en aquel momento, él no sentía nada.

Nada.

Calor, sí. Frío, también. ¿Dolor? Si se pillaba la mano con la puerta, seguro.

Sin embargo, nada por dentro. Había llegado a un estado tras el incidente en el que su cuerpo se había convertido en una cáscara hueca. Así se percibía a sí mismo, sí, como una cáscara hueca. Vacío.

Pese a ello, Adam era una persona, y las personas tienen familia, responsabilidades, compromisos, aunque ya nada les importe demasiado. Y Adam tenía una madre a la que un día le prometió intentar volver a sentir. Se llamaba Marie, tenía los ojos azules como el fondo de las piscinas y el pelo rizado y rubio como espaguetis cocidos.

Adam sabía que nunca volvería a ser feliz, pero que podía al menos dejarse llevar por Marie para que ella pudiese volver a serlo. Su madre no tenía la culpa de que su mundo ya no existiera más que en un plano alternativo en el que soñaba cada noche que Ella aún estaba a su lado.

Por eso, aquel viernes de julio entró en el centro con las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros y una gorra tan encasquetada en la cabeza que apenas veía nada mientras caminaba. Llevaba una camiseta de manga larga, pese a ser verano.

Se acercó a la recepción y dijo:

—Tengo una cita con el señor Campbell.

—Buenas tardes. ¿Me dices tu nombre, por favor?

—Adam. Adam Clayton.

—Bienvenido, Adam. Espera un minuto, enseguida te llamarán.

Se sentó en la butaca que la recepcionista le mostró y esperó. Concretamente, treinta y dos segundos; después se levantó y se movió inquieto de un lado a otro de la sala, porque sí, estaba nervioso. No quería quedarse allí y no hay una sensación peor que encontrarse en un lugar sin desearlo. Él quería marcharse a casa, meterse en su habitación y observar las grietas del techo. Había dieciocho.

Sí, eso quería.

Pensó que debería marcharse. Que nadie podía obligarlo a hacer aquello. Tenía veintidós años, ni siquiera su madre podía ponerlo en ese aprieto.

Anduvo cinco pasos, pero, al sexto, una voz interrumpió sus pensamientos y le hizo darse la vuelta y enfrentarse a lo que fuera que le esperase en aquel lugar.

—¿Eres Adam?

—Adam Clayton.

—Adam Clayton, puedes venir conmigo. ¿O prefieres huir? Aún estás a tiempo.

Parpadeó. Lo hizo de nuevo. Se volvió, observó la puerta y después clavó los ojos en los de la chica que le había susurrado esas palabras como si de un secreto se tratase.

—¿Perdona?

—Tranquilo, todo el mundo desea hacerlo la primera vez, pero la decisión es solo tuya. Puedes seguir andando y conocer a Lewis o puedes darte la vuelta y salir ahí fuera.

Adam dudó. No entendía que no lo estuviese convenciendo para que sus nervios menguasen, sino que hiciese todo lo contrario. Era cierto que ya no estaba inquieto, si bien de repente se sentía tremendamente confundido. Para empezar, porque ¿quién era esa chica que lo miraba como si pudiera leerlo por dentro?

—Si no sabes lo que quieres, siempre puedes volver a sentarte ahí —le dijo, señalándole la banqueta con los ojos—. Aunque lamento decirte que el centro cierra dentro de dos horas, así que tendrás que tomar una decisión antes. —Él asintió y, para su sorpresa y sin saber lo que estaba haciendo, se sentó. La chica desapareció y la recepcionista le regaló una sonrisa sincera. Dos minutos después regresaba con una taza de café y dos galletas—. Las esperas son menos largas con galletas. Y se piensa mejor con el estómago lleno, hazme caso.

—Gracias.

Y Adam se bebió aquel café que, para su asombro, tenía la cantidad de azúcar justa que a él le gustaba, y meditó sobre si estaba preparado para aquello mientras masticaba las mejores galletas que había comido jamás.

Podría parecer una tontería —al fin y al cabo, tomar una decisión era fácil, entrar o salir, no había mucho más—, pero para él resultaba demasiado complicado. Casi de una importancia vital. Supongo que, en el fondo, lo era. Además, así funcionan los bloqueos, y Adam vivía dentro de uno que dominaba cada paso de su vida.

Nadie le dijo nada. Nadie se acercó a preguntarle por qué no acudía a su cita con el amigo de su madre, Lewis Campbell. Nadie le reprendió por parecer un idiota allí sentado, con la gorra puesta, la camiseta de manga larga que lo hacía sudar con ganas y mirándose los pies.

Nadie.

Así que a las nueve menos cinco, cuando la recepcionista comenzaba a recoger y se oían voces por los pasillos despidiéndose hasta la semana siguiente, se levantó y salió de allí sin decir adiós.

No obstante, lo hizo tranquilo, más sereno que en los últimos meses, porque, por primera vez desde el accidente, alguien le había dado la oportunidad de escoger por sí mismo y él había elegido esperar sentado hasta que estuviese preparado.

Adam Clayton se marchó de allí sintiéndose de repente más persona y menos eso en lo que se había convertido.

—No creo que vuelva. Tendré que llamar a Marie.

—No lo hagas. Volverá.

—¿Cómo lo sabes?

April se encogió de hombros, pero supo que Lewis seguiría su consejo al verlo sacudir la cabeza con resignación.

De algún modo, confiaba en ella y en su intuición, por mucho que la

mayoría de las veces la chica funcionase por impulsos y presentimientos; pero si algo tenía April, y él lo sabía, era una facilidad innata para leer en el interior de las personas.

Después ella recogió sus cosas y salió por la puerta, prometiéndole volver el viernes siguiente, a lo que Lewis asintió con una sonrisa, agradecido por tenerla de vuelta.

—Porque ya sabe lo que le espera ahí fuera, Lewis, y no creo que sea mejor que lo que hacemos aquí dentro.

Adam dio un rodeo para volver a casa.

En ocasiones hacía eso, daba vueltas por la ciudad sin rumbo fijo, como esperando llegar a algo por casualidad que le explicase qué iba a pasar a continuación. Como en esas películas en las que el protagonista se cruza con una persona extravagante, le coge la mano sin más y lee en ella su futuro, siempre esperanzador. Y Adam no tenía esperanza, así que confiaba en que alguien lo pusiera en esa dirección por él.

Bajó por el camino que bordeaba el río y se sentó en un banco a esperar. El Misisipi se alzaba inmenso frente a él, oscuro bajo la escasa luz del anochecer.

Adam esperó mientras se fumaba un cigarrillo y observaba los barcos que lo cruzaban, pensando en todas esas personas que tenían un destino claro e ignorando esos pensamientos que le gritaban al oído que él había perdido el suyo.

Sin embargo, ocurrió lo de siempre, que la noche llegó, pero nadie se acercó a él con el regalo de una certeza futura, sino que siguió solo, fumando demasiado y mirando el movimiento inconstante del agua. Después se levantó, cogió el ferri y volvió a su casa.

Antes de entrar hizo lo que nunca dejaría de ser una rutina para él, volvió la cabeza hacia la casa de al lado, la de color rojizo, y se recreó en el dolor de los recuerdos.

April paró en la tienda del señor Abdul y compró bollitos de curry y unas bolas de faláfel. Le encantaba el olor de aquel local y que se le impregnase en las ropas; si cerraba los ojos, le hacía creer que viajaba por un túnel espacio temporal durante unos segundos y visitaba otros países y culturas sin levantar los pies de la acera de su calle.

Cenó con Otto y con su madre, aunque su madre apenas probó bocado; tenía uno de sus días raros y miraba a April como si fuera un bicho extraño que no pudiera comprender. Y es que no la comprendía.

Otto construyó aviones con sus patatas fritas e hizo que ambos observaran un combate aéreo en el techo de la cocina.

April sonrió cuando fue consciente de que había viajado a dos sitios diferentes en menos de una hora, a un rincón árabe y a un territorio comanche; supuso que esa era una señal de que había sido un buen día.

Estrellas de limón

¡Qué lejos estamos!
¿De qué?
De nosotros mismos.

G. GARCÍA MÁRQUEZ

Marie tenía miedo. Siempre había sido una mujer miedosa, pero desde hacía un año el terror la acompañaba como una sombra alargada que nunca le daba tregua.

De pequeña había tenido pánico a los perros desde que el dóberman de su vecino la había arrinconado en el jardín. No había ocurrido nada, pero cada vez que se cruzaba con uno, los dientes de aquel ejemplar elegante y fibroso se le aparecían delante. De adolescente había tenido temor a los hombres; la aterraba la intimidad, como consecuencia de la educación que había recibido en su casa, a través de la cual había interiorizado la idea de que los hombres utilizaban a las mujeres como meros cuerpos para su propio disfrute, y que todo aquello conllevaba dolor y sufrimiento para ellas. Después conoció a Jerry, un joven militar que le había enseñado el significado del amor, pero también de otras cosas de las que una dama nunca hablaría en público y que le provocaban sonrojo en las mejillas.

Creo que a nadie le interesa la lista interminable de cosas que atemorizaban a Marie, entre las que encontramos las películas de espíritus del más allá, usar el microondas y los roedores, pero sí conviene saber que el nuevo miedo de Marie, por una vez, eclipsaba a todos los demás.

Se llamaba Adam, tenía los ojos castaños, el pelo revuelto y llevaba

catorce meses sin sonreír. Y ella no sabía cómo cambiar aquello.

¿Cómo se arregla a una persona que se ha estropeado? ¿Cómo se recomponen los pedazos de alguien que está roto?

A lo largo de su vida a Marie le habían explicado cómo se supera un miedo: enfrentándose a él. Lo había hecho en múltiples ocasiones, pero en ese caso en concreto no funcionaba. Nada servía, porque ¿cómo se enfrenta alguien al terror absoluto de perder a un hijo? Y Adam estaba sentado a su lado, respirando y simulando que miraba la televisión, sí, es cierto, sus pulmones se movían y su corazón latía, pero Marie lo veía desaparecer poco a poco, como si fuese el truco final de un espectáculo de magia, una imagen distorsionada que iba difuminándose, una persona que lentamente se estaba convirtiendo en un espectro.

Era como un fantasma de lo que había sido; apenas comía ni dormía.

Apenas hablaba.

Apenas era Adam.

Se levantó, se encerró en su cuarto y con dedos temblorosos cogió el teléfono para llamar a Lewis. Era un viejo amigo de la juventud y sabía que haría todo lo que estuviese en su mano para ayudarla. Porque una vez, hacía mucho tiempo, se habían querido, y eso nunca se olvida.

—Despacho del señor Campbell —contestó una voz femenina.

—Soy Marie, una amiga de Lewis. ¿Podría hablar con él? Es personal.

—¡Hola, Marie! ¿Es la madre de Adam?

—Sí..., soy yo. —La sorprendió la actitud familiar de aquella chica, como si la conociese de toda la vida. Ni siquiera sabía que tuviera una ayudante, menos aún una con la voz tan joven.

Frunció el ceño.

—Ahora mismo Lewis está ocupado, pero permítame decirle que nos encantó contar con Adam el viernes pasado en el grupo.

—¿Ah, sí?

—Por supuesto. Un chico como él tiene mucho que ofrecer a los demás.

Marie dudó y se mantuvo unos segundos callada, con la boca abierta y sopesando la posibilidad de que aquella jovencita estuviese confundiendo de Adam. No podía estar refiriéndose a su hijo. Después se sintió una madre espantosa por haber creído que él se habría saltado la terapia y se habría dedicado a deambular por las calles como el espectro con el que convivía.

—¿Hablamos de Adam Clayton?

—Claro, no conozco a ningún otro Adam.

—¿Habló? —preguntó, claramente extrañada.

La chica soltó una risita al otro lado del teléfono.

—Lo cierto es que no mucho, no voy a engañarla, pero escuchó y tomó café.

—Oh...

—Tengo que dejarla, señora Clayton. Dígale a Adam que nos vemos el viernes, ¿de acuerdo? Llevaré galletas de limón.

—Claro. ¿Y tú eres...?

—April. April Harper.

Ambas colgaron el teléfono.

April lo hizo con una sonrisa, satisfecha por haber sido ella la que había contestado a aquella llamada y no Lewis, porque, aunque él era comprensivo con sus pacientes, bien sabía que nunca mentía, y ella pensaba que Adam necesitaba tiempo.

Todos lo necesitaban.

El mundo tiene tendencia a apresurarlo todo, a infravalorar el significado del tiempo, cuando, en ocasiones, un poquito de margen es todo lo que una persona necesita para volver a levantarse.

Además, una mentirijilla como esa no hacía daño a nadie.

Soltó el aire aliviada por que no la hubiesen pillado haciéndolo, puesto que una cosa era que Lewis tuviera confianza con ella y otra muy distinta que realizase tareas que no le correspondían, pero ¿qué había de malo en echar una mano a alguien que lo necesitaba?

Marie colgó también con una sonrisa, una inmensa, una que hacía mucho tiempo que no usaba. La de la esperanza.

Salió del cuarto, se sentó de nuevo al lado del Adam fantasma y le dio un beso en la mejilla, pidiéndole perdón interiormente por no haber confiado en él.

Adam ni se inmutó.

—He llamado a Lewis.

El chico se tensó, pero no miró a su madre, solo apretó los dedos contra la tela del sofá, deseando que no dijera nada más, porque no estaba preparado, porque solo le apetecía dormir y ella no hacía más que agobiarlo para que despertara, aunque aún no podía.

No, era peor, porque lo cierto es que no quería. No sin Ella. No así.

—Estaba ocupado, pero April me ha dicho que te verá de nuevo el viernes.

Entonces sí que volvió el rostro, lo justo para inspeccionar el de su madre y darse cuenta de que parecía feliz.

No lo comprendía.

Él no podía ser el causante de aquella sensación, porque él solo quería dormir.

—¿April?

—Sí. April Harper. Ha dicho que hará galletas de limón.

Y a Adam se le apareció la cara de una chica ofreciéndole un café y unas galletas. Una cara de ojos de gato y pelo color chocolate. Se la imaginó como un dibujo animado, porque así le parecía a él ver el mundo desde que todo había comenzado a ser diferente, como si fuese algo externo a su existencia, ajeno a esa burbuja en la que se ponía en posición fetal y flotaba la mayor parte del tiempo. Como si todos los demás fueran de otra especie, personajes de otra dimensión en la que él no tenía cabida.

April odiaba cocinar, pero le encantaba hacer galletas. De todas las clases, sabores y texturas. De jengibre, café, chocolate o naranja. La relajaba, le

entumecía los órganos, incluido el cerebro, como un chute de una buena dosis de algún calmante natural. Otto le había regalado unos moldes con diferentes contornos hacía dos Navidades y ahora, además, tenían formas bonitas.

Aquel viernes la cocina olía a limón y ligeramente a anís. Otto a su lado cazaba con las yemas de los dedos restos de masa incrustados en la superficie de la mesa.

Salieron de casa y se dirigieron al centro a buen paso. Ella observando cómo las hojas de los árboles del paseo se mecían por el viento, dejando caer algunas que teñían las calles de verde; él, dos pasos detrás de su hermana, saltando las líneas de las aceras por miedo a que estas se abrieran y lo atraparan sus monstruos.

Al entrar, la chica se dirigió al aula del señor Campbell.

Aún no había nadie allí, así que se entretuvo preparando el café y colocando las estrellas de limón en la bandeja azul.

Cuando terminó sonrió, porque parecía un cielo estrellado.

Adam abrió la puerta y saludó a la recepcionista. Se llamaba Gema; lo supo porque oyó que alguien la llamaba desde el pasillo y ella acudía solícita. Después se sentó en la misma silla del viernes anterior, con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha. Esperando.

¿A qué? No lo sabía. A atreverse. A sentir algo que le hiciese moverse en alguna dirección. A que pasase el tiempo y pudiera irse a dormir.

Transcurrieron unos minutos, aunque no sabría decir si cinco o cincuenta, y entonces la chica pasó delante de él. Llevaba el pelo castaño en una coleta y unos aros de plata en las orejas. Ni siquiera lo miró. Se acercó a la recepción y dejó unos papeles sobre la mesa.

Adam se fijó en los cordones de sus zapatillas. Eran negros con pequeñas estrellitas blancas. Se acordó de una noche, mirando el cielo, tumbado en el césped de su casa con su vecina al lado.

No era una chica cualquiera, sino que se trataba de Ella.

Su pelo rubio estaba tendido sobre la hierba, como si fuera una cascada, y sus manos se encontraban de vez en cuando, concediéndose caricias traviesas que con quince años sabían como el mejor de los regalos.

Parpadeó, intentando bloquear ese pensamiento y borrarlo de su mente, pero era imposible, estaba cosido al intrincado almacén de su cerebro.

Todos lo estaban.

Sintió que le faltaba el aire.

—Oye.

Se levantó de un salto, y su voz retumbó alta y más grave de lo normal en la sala. Gema alzó la vista, sorprendida, y la chica se quedó quieta a mitad del pasillo.

Adam observó cómo su coleta se movía de un lado a otro un instante hasta pararse del todo.

—¿Sí?

—¿Hay café?

Tragó saliva, se secó el sudor de las manos en los pantalones y esperó a que alguien dijera algo mientras se balanceaba sobre sus propios pies. Inquieto. Confundido por su reacción. Asustado por lo que acababa de hacer para evitar pensar; como salir al mundo cuando ya nunca lo hacía. Parpadeando con fuerza para intentar que los recuerdos se difuminaran y dejaran de abrirle el agujero en el pecho.

Sin embargo, todo parecía congelado en el tiempo. El edificio, Gema, la chica de la coleta, el aire, todo.

Necesitaba que alguien lo hiciese girar de nuevo; necesitaba que alguien lo sacase del agujero negro que comenzaba a absorberlo.

Entonces, ella se dio la vuelta, despacio, como si estuviese haciéndolo a cámara lenta, o al menos eso es lo que percibió Adam, y le sonrió. Sus ojos brillaron y Adam se quedó clavado en su pupila, intentando que aquel punto oscuro lo agarrase con firmeza y le hiciera volver a fijar los pies en el suelo.

—También tengo galletas. Son de limón.

—Me encantaría probarlas.

—A mí también. ¿Quieres venir conmigo o prefieres comerlas aquí?

Ahí estaba de nuevo, la posibilidad de elegir. Eso que nadie le concedía.

El alivio fue inmenso.

—Aquí estoy bien.

Ella asintió y desapareció por el pasillo.

Un minuto después, regresó con una bandeja azul con unas estrellas amarillas colocadas encima y una taza de café. Adam abrió los ojos asombrado por lo ridículo que era a veces el destino.

No obstante, en cuanto se metió una en la boca, se olvidó por completo de aquel cielo estrellado que los cubrió tantas veces en el jardín de sus casas y solo pudo pensar en los cordones extraños de aquella chica, en que por primera vez en todo el día el estómago le rugía de hambre y en el limonero de la casa de su abuela.

Nunca se hubiese imaginado que las estrellas supieran a limón.

April entró en el despacho del señor Campbell en el mismo momento en el que él levantaba el auricular del teléfono y marcaba. Tuvo el presentimiento de que ya sabía a quién quería llamar.

—Lewis, no lo hagas. —Él alzó la cabeza y frunció los labios, haciendo que su bigote bailase—. Ha estado fuera otra vez, en la sala de espera.

Pensó en Adam, sentado con la cabeza gacha y los ojos clavados en su pasado, y sintió una solidaridad instantánea con él.

No podía permitir que Lewis lo estropease.

—April, ¿y por qué no me has avisado? Debería hablar yo con él.

—No. Se sentirá presionado y no volverá. Necesita tomar la decisión él, no verse empujado.

El hombre la observó unos segundos interminables, pero ella no apartó la mirada.

Era valiente, pero también tremendamente soñadora, y a él le daba miedo

que su impulsividad le hiciese faltar a su profesionalidad, pero no podía juzgarla por tomar decisiones inteligentes que quizá no fueran las más correctas, pero que, sin duda, tenían cierto sentido.

Lewis pensó que era una actitud habitual en personas que están sumidas en el dolor de una pérdida, el tratarlas como si fuesen muñecos; los familiares toman decisiones continuamente por ellos, pensando que es lo mejor, pero de lo que no se dan cuenta es de que lo importante no es la decisión en sí, sino la capacidad de tomarla por uno mismo de nuevo, volviendo un poco a guiar su vida, pese a lo sucedido.

Además, inconscientemente, Lewis sabía que no había nadie que pudiera entender a Adam mejor que aquella joven a la que tanto aprecio tenía.

—De acuerdo, pero no pienso volver a engañar a Marie.

—Vale. El viernes que viene toca galletas de frambuesa. ¿Tú crees que podrá resistirse?

Lewis se rio y April se sintió bien, porque allí, en ese lugar lleno de personas con demasiado equipaje a sus espaldas, con supuestas taras, defectos y roturas que otros consideraban irreparables, se sentía mejor que en cualquier otro lugar, ayudando a poner parches. No habría enhebrado una aguja en su vida, pero sabía cómo remendar heridas invisibles, las que todos llevamos por dentro en mayor o menor medida.

Incluso ella misma.

Espirales de frambuesa

Me pregunto si las estrellas se iluminan con el fin de que, algún día, cada uno pueda encontrar la suya.

ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY

April nunca había tenido un día de la semana favorito. No era de ese tipo de personas que rezan por que lleguen antes los viernes o que odian a muerte los lunes; bueno, es posible que el hecho de no tener una rutina establecida en lo que respecta al mundo laboral ayudara, pero, aun así, ella era de las que veían cada día como una nueva oportunidad. ¿Para qué? Para lo que fuese. No importaba, lo esencial era saber que cada amanecer traía consigo la posibilidad de intentarlo.

Sin embargo, aquel viernes amaneció con más energía de la que acostumbraba, porque tenía un objetivo. Desayunó con ganas, pasó la mañana arreglando el jardín y, ya después de comer, se encerró en la cocina con la misión de hacer las mejores galletas de frambuesa que se hubieran comido en el estado de Luisiana. Otto se sentó a su lado y la deleitó con un concierto exclusivo de percusión con un bote de cacao y dos cuencos metálicos.

Era un músico excelente.

Cuando llegó al centro, estaba nerviosa. Sabía que las galletas le habían quedado sobresalientes, pero temía no tener la oportunidad de cumplir su cometido, que no era otro que descongelar un poco a Adam Clayton por dentro. No sabía qué tenían, pero ella había comprobado en múltiples ocasiones que sus recetas ayudaban a sentirse mejor a los demás y por eso no

podía desaprovechar aquella virtud. ¿O acaso se trataba de un don? No, eso no era más que una buena aptitud para la repostería.

Se paseó por el aula, colocando las sillas en círculo para cuando comenzaran a llegar los participantes. Preparó café y puso las galletas perfectamente colocadas sobre la bandeja azul. Esta vez había escogido el molde en forma de espiral, haciendo que la imagen resultante fuera algo similar a un campo de caracoles.

Sonrió.

Hacía un calor excesivo aquella tarde. O eso pensó Adam, que sentía que el sol le atravesaba las capas de piel y le escocía en los huesos.

Estaba acostumbrado al calor local y no le importaba parecer un tarado con una camiseta de manga larga en pleno verano, pero a medida que el recorrido hasta el centro se acortaba, la boca se le secaba y pequeñas gotas saladas destapaban sus poros.

Aun así, anduvo por inercia, dejando que su cuerpo abriese la puerta y se sentara en la misma butaca que los días anteriores, aunque su mente estuviese muy lejos de allí. A veces era como un robot, un ente automatizado que caminaba siguiendo órdenes o súplicas, y que por dentro estaba vacío. Se dijo que aquello estaba bien, que su madre parecía feliz de verdad al verlo salir de casa con un propósito, y que eso ya era un buen motivo en sí.

Metió las manos en los bolsillos de los pantalones cortos y esperó. Su madre no le había vuelto a preguntar por la terapia y aún desconocía por qué el señor Campbell y aquella chica tan rara habían mentido para evitarle un problema.

Pero ¿evitarle el qué? ¿Una regañina? ¿Un castigo?

No, no era un crío, así que desde hacía tiempo los problemas eran más grandes, más profundos, más dañinos.

En realidad, le habían evitado decepcionar de nuevo a su madre. Una madre que había sonreído por primera vez desde hacía mucho y lo había hecho

por aquella mentira que le habían contado sobre él. Por eso estaba ahí. Por eso había vuelto. No era gran cosa, pero sentía que se lo debía a aquella gente que no lo conocía, pero que había sabido comprenderlo sin abrir la boca.

Se levantó y caminó de un lado a otro, centrándose en cada paso para evitar pensar.

En aquella ocasión, la chica apareció mucho antes. Tanto que a Adam le dio la impresión de que lo estaba esperando. Hizo lo de siempre, se acercó a la recepción e intercambió unas palabras con Gema. Él la observó. Llevaba unos vaqueros cortos, una camiseta a rayas azules y blancas, y unas sandalias de tiras. Y sus uñas estaban pintadas de rosa.

Una chica joven cualquiera.

Supo que de haberla conocido en su otra vida hubiera pensado que era bonita.

Cuando ella se volvió, Adam apartó la mirada.

—Hola —dijo sonriente.

—Hola —contestó él, aunque más como un reflejo aprendido que como un acto meditado.

—Tengo algo para ti.

Adam se irguió asombrado y clavó los ojos en ella. Le pareció que tenía la típica expresión de quien esconde un secreto. Nunca le habían gustado los secretos, aunque siempre le decían que era bueno guardándolos.

—¿Para mí? —Ella asintió.

—Bueno, en realidad hay para todos, pero —se acercó un poco y Adam dio un paso atrás; después susurró, compartiendo con él ese secreto que sus ojos revelaban—, y que esto quede entre nosotros, las he hecho especialmente para ti. Eso sí, hoy tienes que venir conmigo.

Hablaba de las galletas, y Adam se hubiese reído de no ser por el pequeño detalle de que ya no lo hacía, porque incluso parecía que en su voz había una sombra de coqueteo.

Se preguntó qué clase de persona sería April Harper para sentir por él una

empatía innata sin conocerlo. No lo comprendía, pero notó la fuerza de la curiosidad tirando de él desde muy adentro.

Se quedaron uno frente al otro. Ella en apariencia tranquila, segura, pero por dentro cruzando los dedos y deseando no haber metido la pata para que él no huyera. Él se mostraba intranquilo y confuso, pero con la certeza interna de que aquello... parecía estar bien.

—Vale. Voy contigo.

April nunca había dudado de sus dotes de repostera. Había hecho su primera tanda de galletas hacía solamente cuatro años, pero desde el momento en que su hermano las probó y vio la felicidad que su rostro reflejaba, se dio cuenta de que aquello era parte de ella. Una de sus principales misiones en la vida. Aprovisionar al mundo de dulces que sacaran sonrisas. ¿Algo tonto? Quizá. Aunque ella pensaba que nunca podía haber nada ridículo en alegrar a los demás.

No obstante, según entraba en el aula de Campbell con Adam pisándole los talones, su seguridad fue menguando. Sentía como si aquello fuese una prueba para ella; algo de verdad importante. Más aún cuando el silencio reinó a su alrededor al verlos cruzar la puerta. Lewis alzó sus pobladas cejas negras sin poder ocultar la sorpresa por ver al joven allí. Quizá incluso por verlos juntos. Después carraspeó y animó a la señora Thomas a que continuase hablando sobre su difunto marido.

Adam no miraba a nadie. Solo a la coleta de ella, que se mecía a un ritmo constante a cada paso, como una cascada de chocolate fundido. Sabía que como mínimo una docena de ojos lo observaban con curiosidad, pero no sentía más que indiferencia ante todo. Como siempre. Como había sido desde que asumió lo que había ocurrido. A todo menos a las galletas que April le mostraba con una media sonrisa y a esa sonrisa, una que escondía cosas que Adam ansiaba descubrir.

—¿Quieres café? —Asintió y ella sirvió dos tazas; la suya con dos de

azúcar, como las veces anteriores, la de ella sin nada—. Toma, ponlas en un plato de los pequeños.

Le tendió la bandeja de las galletas y él las observó. Tenían una forma extraña, como caracolas con manchas rosas. Después la obedeció, colocando un puñado en el plato. De fondo, la voz del señor Campbell se mezclaba con otras desconocidas. Hablaban de que dormir en una cama que antes fue para dos y que, de repente, solo albergaba a uno dolía como un misil de guerra incrustado entre las costillas.

Ella le hizo una seña levantando el mentón y Adam la siguió, hasta llegar a un rincón del aula en el que se sentaron en el suelo. Agradeció no tener que ocupar las sillas vacías que los esperaban para formar parte de aquel círculo.

Y allí, en una esquina de una sala llena de sentimientos flotando en el aire, escuchando el discurso emocional de personas que habían sobrevivido a una pérdida en su vida, Adam y April bebieron café y comieron en silencio.

Ella lo miró mientras mordía la primera galleta y se felicitó interiormente al ver cómo la saboreaba con lentitud. Parecía disfrutar. No, April estaba segura de que aquel cambio en su rostro se debía a que Adam llevaba mucho tiempo sin disfrutar de nada en particular y se alegró de ser la causante de aquella grieta en su mutismo. Era un indicio de que no estaba muerto; no del todo.

Tras el último trago de café, posó la taza en el suelo y apoyó la cabeza en las rodillas, abrazándose las.

Él, a su lado, permaneció quieto, con las piernas cruzadas y la cabeza gacha, pero abriendo los oídos a lo que ocurría a su alrededor y dejando de escuchar por un momento lo que fuera que lo consumía por dentro.

April aprovechó para observarlo. Apenas podía verle los ojos bajo la gorra, pero los tenía oscuros, con las pestañas espesas y las cejas anchas. Su rostro era suave, de rasgos dulces y apariencia juvenil que chocaban con esa dureza y angustia infinita que cargaba a sus espaldas. Algunos lunares dispersos adornaban su piel sin ningún orden aparente. A April le gustaba el

desorden, el caos, el desconcierto que le producían las cosas que no se comprendían, y las pecas de Adam le recordaron un poco esa sensación.

Una sombra de barba se dibujaba en su mentón.

Un viejo pañuelo anudado en la muñeca se asomaba bajo la manga de la camiseta.

Él se volvió y ella apartó la mirada.

Adam no entendía lo que aquellas personas decían. Era como si soltasen palabras al azar, vacías de significado, carentes de sentido.

Una señora de la edad de su madre hablaba sobre la incapacidad para vaciar un armario. Él no comprendía nada. Llevaba tanto tiempo solo, rodeado de gente, pero solo consigo mismo, atrapado en su dolor, en esa situación, que intentar escuchar lo que el mundo gritaba le suponía un esfuerzo inabarcable.

¿Nunca habéis tenido la sensación de mirar lo que os rodea, pero no ver nada? ¿De oír, pero no escuchar? Pues eso le ocurría a Adam, que de repente fue consciente de la burbuja en la que se mecía desde hacía más de un año y que lo mantenía apartado de todo, en una especie de limbo que él mismo había creado y al que no permitía que nadie accediese.

Sintió la mirada de April posada en su rostro y se dio la vuelta. Ella volvió a clavar sus ojos en el grupo. Tenía la nariz recta, los pómulos marcados y la tez morena. Se fijó en cómo sus rasgos se mantenían serenos, incluso cuando aquella mujer, la señora Thomas, ahogó un sollozo. Le pareció extrañamente calmada, como si fuese una balsa flotando relajada en el agua en medio de un huracán. Adam no podía entender cómo la vida podía resultar tan fácil para alguien cuando vivir era lo más complicado a lo que él se había tenido que enfrentar.

Un trozo de tinta captó su atención y le hizo bajar la vista hasta su antebrazo.

Era un tatuaje. Reconoció el dibujo enseguida.

—Actias Luna.

—¿Qué?

—Actias Luna —repitió, señalando con los ojos la silueta negra de aquella mariposa que en el mundo real era de color lima.

No es que supiera de insectos, pero recordaba haberla estudiado en el colegio por ser una de las especies que se encontraban con facilidad por la zona.

Los ojos de April se guiaron por los de Adam y los descubrió analizando aquel tatuaje que se hizo en su decimonoveno cumpleaños en el garaje de un chico del barrio. Todo bastante clandestino e ilegal, pero no por ello de menor valor.

Hasta entonces, April no se había fijado, pero reparó en que por el cuello de la camiseta de Adam también podía entrever un dibujo en su piel. Quiso preguntarle que por qué siempre llevaba los brazos tapados, pero no lo hizo por miedo a oír la respuesta en voz alta y convertirla en real. Y se quedó callada, porque no supo qué decir.

Por primera vez, él le estaba hablando directamente a ella y no sabía si estaba preparada para relacionarse con el Adam vivo.

—Sí.

—¿Por qué?

April no le respondió, ya que esa respuesta era demasiado amplia. Abarcaba todo en lo que ella creía en una silueta. Y porque no sabía cómo explicárselo.

¿Cómo le cuentas a un completo desconocido cuál ha sido el eje de tu vida? Así que decidió sonreír a la visera de su gorra y lanzarle un desafío.

—El día que tú estés preparado para contestar a mis preguntas, te responderé yo también.

Después solo se miraron, aceptando aquello sin saber que marcaba el inicio de algo compartido.

Aquella tarde fue la primera sesión de Adam.

No habló más que de tatuajes con una chica un poco rara que se dibujaba

bichos alados y que hacía las mejores galletas que él había probado, y solo para agradar a un grupo de personas desoladas y perdidas.

No se sentó en el círculo, tampoco miró al señor Campbell ni una sola vez.

No fue más que el Adam de los últimos meses, pero en un entorno distinto.

No hizo nada que él considerase reseñable, más que acudir a un centro para agradar a su madre.

Sin embargo, sí que hubo algo que cambió; y es que Adam, sin ser consciente de ello, abrió los oídos al mundo y aquel día comenzó a escuchar los sonidos que lo envolvían.

Aquel día, Adam Clayton encontró un hilo en su interior del que tirar, un hilo que aún lo ataba a la vida.

Gotas de chocolate blanco

Vivir sin ganas, aunque sea, porque ya llegarán las vivas
ganas de estar vivo de nuevo.

DIEGO OJEDA

Lewis Campbell tenía una amplia formación que lo cualificaba para su puesto de trabajo. Había estudiado en la Universidad de Yale y se había especializado con algunos de los grandes del sector, pero hasta entonces nunca se había cruzado con alguien como April Harper.

Ella estaba sentada en la silla de su despacho, con los pies sobre uno de los reposabrazos, la coleta de lado mal puesta y mascando chicle de una forma que le hacía parecer una niña de siete años en vez de una joven capaz de empujar a un chico con serios problemas emocionales a acudir a una sesión de terapia de grupo, cuando nadie lo había conseguido en un año. A un chico que era un completo desconocido para ella. Y más cuando ella cargaba con sus propios conflictos internos.

No podía creerlo. Daba igual lo que la ciencia avanzara y los descubrimientos que se logaran al respecto, la psique humana nunca dejaría de sorprenderlo.

—April, tengo que agradecerte lo que has hecho hoy. Ha sido un paso importante para él.

—No pasa nada. Para eso vengo.

Él la observó con expresión neutra, pero ella ya lo conocía lo bastante para saber que estaba intentando no mostrar su desconcierto y que sentía una pizca de admiración, lo que la conmovió.

—No, no vienes para eso. Ni siquiera deberíamos dejar que te implicaras de esa manera con los usuarios del centro, pero... —Alzó los brazos y los dejó caer sobre el escritorio de madera.

Nunca sabía cómo encauzar esa conversación con ella; siempre que intentaba hablar con April sobre sus funciones en el centro, la cosa acababa mal, así que había optado por dejarla hacer dentro de unos límites, por muy poco profesional que resultara, pero el caso es que iba bien para ambas partes, como si se tratara de una especie de trato o de recurso terapéutico que a ratos les funcionaba.

—No importa, Lewis. ¿Cómo ha ido?

Después de permanecer sentados en silencio hasta que la sesión terminó, Adam se había quedado allí quieto, lo que el terapeuta había interpretado como una señal de que no tenía intenciones inmediatas de huir. Se había presentado como Lewis, el viejo amigo de su madre, en un intento de que su primer encuentro fuese más informal, y había funcionado. El chico parecía ausente y rígido, como un muñeco, pero su experiencia le había dejado entrever mucho más.

—Bien. No lo he presionado, pero hemos hablado de su madre, de su baja laboral y de sus estudios. Ya es más de lo que nadie ha conseguido. Creo que volverá el próximo día.

—Bien. —April frunció los labios, pensativa, hasta que su rostro se iluminó—. ¿Qué te parece chocolate blanco? ¿Le gustarán?

—Si no le gustan, está peor de lo que pensaba —dijo, sonriendo con complicidad.

April se mordió el carrillo por dentro para evitar soltar una carcajada.

—Señor Campbell, guárdese ese humor negro para seducir a su mujer.

Entonces fue él quien la soltó; después salieron del centro. April observó satisfecha que Otto los seguía mientras charlaban y se despedían en la entrada.

Lewis giró a la derecha, dirigiéndose a su coche, mientras meditaba sobre la capacidad excepcional de algunas personas para comprender a otras.

April giró a la izquierda, caminando en dirección a su casa con Otto dos pasos detrás de ella mientras pensaba en la incapacidad de algunos para comprenderse a sí mismos, como si fueran un extraño puzle sin montar del que otros tuvieran que encajar las piezas.

No esperaba encontrarse a nadie al girar la esquina. Menos aún a él.

—Ho... hola.

Dio un brinco y se quedó clavada en el sitio; Otto, a su espalda, chocó contra ella. Allí estaba Adam, con las manos en los bolsillos y la gorra tapándole los ojos. Se mordía el labio y miraba a su alrededor nervioso; a cualquier sitio, excepto a ella.

—Hola.

La voz del chico sonó áspera, como si le costase, como si le diese tan poco uso que necesitase práctica para modularla. Quizá era eso lo que ocurría, que hablaba tan poco que comenzaba a necesitar engrasarse.

April sintió la mano de Otto presionando la tela de su camiseta. Hacía eso constantemente cuando no entendía algo. Pensó en decirle que no se preocupase, que ella tampoco comprendía por qué el joven estaba ahí, esperándola. Quizá solo se habían cruzado por casualidad, pero April no creía en las casualidades. Aunque sí que era cierto que no lo entendía, así que dijo lo único que se le ocurrió para romper el hielo; lo que fuera antes de que Otto le hiciese un agujero en la camiseta o Adam saliese corriendo.

—No han sobrado galletas. Lo siento.

—No... no importa. No estoy aquí por eso. —Él pareció reaccionar. Alzó la mirada y sus ojos se cruzaron un segundo fugaz, en el que April leyó un «gracias» sincero y demasiado humano—. Soy Adam.

—Ya sé quién eres —contestó April, soltando una risita de incredulidad.

—Lo sé, soy imbécil, perdona. Pero nunca hemos llegado a presentarnos de verdad. —Torció el labio y ella sonrió—. Solo quería darte las gracias por cubrirme. Con mi madre.

—No fue nada. Sabía que no nos fallarías. —Aquellas palabras le cayeron

a Adam encima como una losa. Como si con ellas se hubiera abierto una presa en su interior y comenzara a rebosar agua desde dentro. Lo que no sabía era si se trataba de una sensación buena o mala. Pero sí sabía que nadie le había confesado su confianza desde hacía demasiado tiempo—. Soy April, por cierto. April Harper.

Se cruzó de nuevo con los ojos de April Harper y suspiró. Hacerlo era como fijar la mirada en la de un gato. Misteriosos, directos, imprevisibles, inteligentes. Repletos de vida. Llenos de todo aquello que a él le faltaba.

—Ya sé quién eres —replicó, repitiendo las palabras anteriores de ella en una especie de juego.

Después se estrecharon las manos.

—Vaya —abrió los ojos asombrada y soltó una risa amistosa—, ¿eso que percibo es sentido del humor, señor Clayton? —Adam bajó la cabeza, porque, por un instante, la tentación de sonreír fue demasiado fuerte y no se permitía hacerlo—. Bueno, hasta el viernes, Adam Clayton. —Echó a andar con su hermano agarrado a ella y Adam se quedó ahí plantado, con una mano en la nuca y la vista puesta en el suelo, hasta que la voz de ella le hizo volverse sorprendido—. Por cierto, ¿te gusta el chocolate blanco?

No pensó; simplemente, la respuesta salió sola en forma de pregunta.

—¿A quién no? No estoy tan loco.

—Bien.

Ella sonrió; Otto sacudió la cabeza y esquivó una línea del suelo por miedo a que lo devoraran esos monstruos que solo él conocía; Adam asintió, asombrado por el poder de unas galletas; o de una sonrisa; o de una chica un tanto extraña.

—Adiós, April Harper —susurró.

Las de chocolate blanco eran su especialidad. No sabía por qué, pero el resultado siempre era sublime. Por ese motivo había elegido precisamente esa

receta para el viernes, porque quería que Adam Clayton quisiese volver y sabía que la segunda sesión siempre era la más complicada.

La primera es un acercamiento, una aceptación, un «vale, me quedo, a ver en qué consiste esto», pero la segunda supone para la persona el admitir interiormente que comienza a implicarse en algo, a asumir que lo necesita, que hay algo que solucionar en su vida, y rara vez quieren hacerlo.

April no sabía nada de Adam, solo que su madre y Lewis habían sido amigos en su juventud, que había sufrido una terrible pérdida y que le gustaba el café con dos cucharadas de azúcar (ese era otro don que ella tenía, el de saber la cantidad exacta de dulzor para cada persona; poco útil en apariencia, pero más práctico de lo que parecía).

Ella bebía el café solo, pero únicamente porque le gustaba recordarse de vez en cuando los sabores amargos de la vida.

Aquel viernes el cielo estaba bastante gris, como si un manto de niebla lo hubiese cubierto de noche y se hubiera negado a irse. Aun así, hacía calor, un calor pegajoso e incómodo propio del mes de agosto.

Adam salió de casa antes de tiempo. Había deambulado por las calles sin pensar en nada que no fuera el calor que hacía, lo fea que estaba Nueva Orleans bañada en gris y cuánto odiaba el sonido de los coches a su alrededor, como una música atronadora que le recordaba que el tiempo corría sin descanso mientras él no avanzaba.

Le pasaba eso continuamente, el verse en la casilla de salida, con los pies pegados al asfalto, cuando el mundo ya había llegado a la meta. Y daba igual, por mucho que quisiera dar un paso, le resultaba imposible.

Cuando llegó a la clínica, le sudaban las manos y la vieja camiseta, de un festival de música al que había ido con Ella dos veranos atrás, le ahogaba en la parte del cuello. Nunca lo había sentido tanto y, si no hubiera sabido que era el comportamiento de un loco, habría pedido unas tijeras a Gema y se habría hecho unos cortes en los laterales.

Antes de que le diese tiempo a reaccionar y a actuar por su cuenta, no sabía muy bien si dirigiéndose a la sala del señor Campbell o volviéndose y saliendo de nuevo a la calle, April Harper apareció en su camino con el ceño fruncido y el rostro descompuesto.

Parecía enfadada, molesta, irritada.

—¡Dios! ¡Qué día más horrible! ¿No te lo parece, Adam?

Lo miró directamente y él se quedó quieto; de pequeño siempre había creído que si hacía la estatua, los demás no lo veían, y en aquel instante se comportó igual de un modo reflejo; estúpido pero reflejo.

No contestó. Solo la observó mientras se movía de un lado a otro como un animal preso, como si ella tampoco pudiera respirar. Como si el cuello de la camiseta amarilla la asfixiara del mismo modo que a él el suyo. Por un momento fue como verse reflejado en un espejo y quiso saber qué había ocurrido para que a April Harper le faltara el aire.

—Odio estos días. Hace un calor espantoso, pero no hay sol. Y el cielo está gris, pero no llueve. Es horrible. A mí me gusta el sol, y también la lluvia, pero ¿esto? Esto es inaceptable.

Adam pensó que tenía razón, que a él también le gustaban los días soleados y el sonido de la lluvia creando melodías que pocos comprendían sobre la acera, pero que tampoco era para tanto. Que era una estupidez estar enfadado por las inclemencias de un tiempo que nadie podía gobernar, que se escapaban a su control.

—Bueno, tanto como inaceptable...

—Perdona, ¿qué has dicho? —replicó ella, con los brazos en jarras.

Parecía una fiera, irradiando demasiada vitalidad. Y lo estudiaba con lentitud, como si quisiera saber mucho más de él que lo que decían las palabras que acababa de pronunciar.

—Que tanto como inaceptable... Solo es un poco de bochorno. Ahoga, pero mañana será mejor. No lo digo yo, lo ha dicho el hombre del tiempo.

Ella lo miró fijamente, analizando los ojos de Adam, del color de las hojas

en otoño, una mezcla de marrones que debería tener un nombre propio, y supo que lo había conseguido; que él se quedaría, porque había cosas dentro de Adam Clayton que luchaban con fuerza por salir. Le gustó atisbar a un luchador que había tirado la toalla demasiado pronto, pero que andaba por algún lugar perdido, esperando que alguien lo hiciera regresar.

Decidió en aquel preciso instante que ella sería ese alguien.

—Exacto.

April sonrió y Adam comprendió que aquella chica era demasiado sabia como para ser humana, porque sin querer le había hecho sentir que sí, que solo era un poco de bochorno, pero que pasaría, como todo en la vida, y que hoy sentirían la falta de aire, pero al día siguiente ya no.

La sensación de ahogo desapareció.

Agradeció no haber sido tan idiota como para haberse cargado su camiseta favorita; no se lo hubiese perdonado nunca, porque aquel trozo de tela albergaba demasiados recuerdos.

Las galletas aquella vez eran redondas, blancas y tan buenas como las demás, y Adam se comió tres sentado al lado de la señora Thomas, que lo miraba con una mezcla de ternura y comprensión que lo incomodaba tanto como agradecía, y del señor Garret, que llevaba sin cortarse la barba y el pelo desde que un camión del ejército se llevó por delante a su mujer y a su hija una tarde de primavera, y que parecía un náufrago en tierra firme, demasiado acostumbrado a vivir en ese estado extremo como para desprenderse de él. A Adam le recordaba a Tom Hanks en aquella película, y no le extrañó pensar en él viendo la televisión con un balón como compañero improvisado acomodado a su lado en el sofá.

No habló, pero se mantuvo allí, en un círculo con auténticos desconocidos que charlaban sobre el amor, la vida, el dolor; sobre los pilares que sujetaban la existencia de cualquier ser humano.

Cuando se despidió con un leve movimiento de cabeza y salió a la calle, ya

no le pareció que el cielo estuviera tan gris.

Echó a andar, cabizbajo, pensando en sus propios pilares de existencia.

Pensó en Ella, en su madre, en esa canción aún por escribir. En poco más.

Paró en seco en mitad de una calle, haciendo que varias personas lo mirasen de manera rara y chocaran con él. Lo hizo al ser consciente de que su situación era diferente de cualquiera que se le cruzara, porque ¿qué ocurría cuando uno de esos pilares desaparecía? ¿Cómo puede uno sostener su vida si le falta la sujeción fundamental que impide que esta se caiga en mil pedazos? ¿Cómo?

No obtuvo respuesta, así que volvió a caminar, esta vez con paso un poco más firme, hasta llegar a casa y encerrarse en su habitación sin cenar.

Se tumbó, aún vestido, y contó una y otra vez las grietas del techo.

Seguía habiendo dieciocho.

Se durmió, pensando que no tenía respuesta para ese dilema que se le había aparecido de repente, pero que quizá Campbell, o alguno de los extraños del círculo, sí la tuviera.

Corazones de pasta de dientes

Los niños corren las aventuras más raras sin inmutarse.

J. M. BARRIE

Otto sentía auténtica fascinación por buscar insectos. en el suelo. En las paredes. Por la noche, cuando los grillos salían y llenaban el jardín de sonidos que le hacían bailar con los brazos en alto, intentando tocar el cielo con las yemas de los dedos. Se acercaba a ellos muy despacio, tan despacio que a veces April había llegado a cronometrarlo para mandar sus tiempos al Guinness de los récords como la persona más lenta del planeta. Cuando ellos se habían acostumbrado a su presencia y no huían, los observaba. Les contaba las patas, miraba si tenían alas, antenas, colores. Todo. Y después, cuando había memorizado bien todas esas características que los hacían únicos y especiales, Otto se daba la vuelta sin más y volvía a centrar su atención en otra cosa.

En ocasiones los dibujaba, el problema era que el cerebro de Otto no captaba las dimensiones del mismo modo que los demás, y sus obras no llegaban a ser aptas para la comprensión humana.

April lo llamaba «Arte Ottoniano»; cuando lo oía, él se sonrojaba y se hinchaba por el orgullo que todos guardamos dentro.

A Otto le gustaban un montón de cosas. Los anuncios de comida para perros de la tele, el olor de su hermana, mover la trampilla de los buzones de correos y dar vueltas sobre sí mismo cuando se ponía nervioso, hasta que su sentido del equilibrio peligraba. Esas eran cosas que no hacían daño, que eran buenas, según su madre, y que le permitían hacer siempre y en cualquier lugar.

Sin embargo, había otras que también le gustaban y que hacían llorar a mamá. Como cuando le daba por correr de repente y no podía parar hasta sentir calambres en los pies; una vez había llegado al lago Pontchartrain, se había metido dentro y lo habían encontrado poco después allí flotando como podía y con los labios morados, como una hoja cubierta de hielo. Había pasado una semana en el hospital. O como cuando había abrazado tanto a su hermana que ella se había puesto de color azul. A Otto le gustaba el color azul, así que no entendía por qué no podía transformar la cara de April en un arándano gigante. Aquella vez fue April la que tuvo que ir al hospital. O como cuando su madre encontraba vacío el tubo de pasta de dientes. Eso nunca lo había llevado al hospital, pero su madre siempre decía: «Solo es cuestión de tiempo, Otto Harper».

April le susurraba antes de dormir que era un aventurero, pero que no tenía que confundir eso con la temeridad. Y después miraba los planetas de papel maché que colgaban del techo, estiraba los brazos y volaba hasta ellos, sintiéndose uno de esos insectos que tanto le fascinaban.

—¡Oh, April! ¿Hoy has traído galletas de dentífrico? ¿Las favoritas de Otto?

—Sí.

Sonrió abiertamente y le dejó a Gema un par de galletas. Esa tarde tocaban las favoritas de su hermano. Sabían a menta y te dejaban la sonrisa más reluciente de la ciudad solo con comerte un par de ellas; o eso creía Otto, porque en realidad estaban hechas de menta y almendra. April no las hacía demasiado a menudo, pero de vez en cuando pensaba que el hecho de que Otto nunca se hubiese quejado por las recetas elegidas no significaba que le apetecieran especialmente. ¿Y cuál era el sabor que a Otto más le gustaba del mundo entero, incluso por encima del de chocolate con avellanas, los gofres y el algodón de azúcar de la feria? El de la pasta de dientes.

April dijo adiós a su hermano con los ojos y entró en el despacho del señor Campbell. Lo hizo sin llamar, ya que la puerta estaba entreabierta, pero, al

encontrarse dentro a Lewis acompañado, se arrepintió.

—Oh. Perdón. No pensé que estuvieras reunido.

—No importa, April. La señora Clayton ya se iba.

Ambas se miraron, se analizaron de arriba abajo sin disimulo, aunque con delicadeza. Con esa curiosidad que solo nace entre personas que saben que la otra puede ser especial. April la escrutó de ese modo porque le provocaba un interés brutal conocer al tipo de mujer que había criado a alguien como Adam Clayton. Marie lo hizo porque necesitaba saber quién era la chica que había sido capaz de conseguir que su hijo aceptara ir a terapia, puesto que Marie llevaba meses intentándolo sin éxito.

Lewis la había telefoneado esa misma semana para ponerla al día sobre Adam y sobre los pequeños progresos que había visto en él desde que había aceptado sentarse en el círculo dos sesiones atrás, para comentarle que creía en las posibilidades de que su hijo saliera del agujero más pronto que tarde y para hablarle de April Harper.

Le había sorprendido saber que esa chica había supuesto un empuje determinante para la asistencia de su hijo a las terapias, y que, según Lewis, su compañía podía ser positiva para su recuperación.

Lo que nunca se hubiera imaginado era todo lo demás que le había confesado sobre aquella familia.

—Sí, Adam estará a punto de llegar y no quiero que me encuentre aquí.

Y, sin más, Marie se marchó.

Paseó hasta una cafetería cercana y entró. Después pidió un café y una magdalena, y pasó una hora sola, pensando en lo que el viejo Lewis le había contado. Meditando con la mirada perdida sobre el desconcertante secreto de April Harper.

Pauline Harper había tenido una vida difícil. Había aprendido lo que era el dolor muy pequeña, cuando su padre murió de una enfermedad terminal y su madre se hundió en una aguda depresión. Era hija única, así que se convirtió,

siendo aún una adolescente, en el muro de carga de su madre, una mujer joven, bella e inteligente, que dejó de luchar y permitió que la vida le ganara la batalla demasiado pronto. Se convirtió en una sombra de lo que un día había sido y Pauline se prometió que nunca nunca acabaría siendo como su madre. Que ella era más fuerte.

Por eso, sentada a la mesa de la cocina con una taza de té ya frío entre sus manos, le avergonzaba en lo que se había convertido.

Era un día de esos. Una de esas tardes en las que se miraba al espejo y la tentación de romperlo en mil pedazos y cortarse con él era demasiado intensa. A veces le ocurría. No siempre. Algunas temporadas, el hogar de los Harper era el de una familia normal, con sus rutinas, sus cenas compartidas, sus charlas intrascendentes y quizá, incluso, alguna sonrisa. April, con su fortaleza y su modo casi onírico de ver la vida, era especialista en eso, en sacarle sonrisas a escondidas, que solía guardar a buen recaudo, no sabía ni por qué. Quizá porque ya se había prohibido a sí misma sonreír hacía tiempo.

Pero aquella tarde estaba triste. Había dormido mal y había vuelto a recordar lo mala madre que era, el fracaso como mujer y que había terminado siendo un calco de su madre, adicta a los ansiolíticos y a autocompadecerse con facilidad por las desgracias que le había tocado vivir. Perder a un marido amado tan joven es duro, sí, pero... ¿dejar el papel de madre en tu propia hija siendo aún una niña? ¿Dejarla cargar a ella con todas las trabas que le había puesto la vida? ¿Con la culpa, la decepción, la tristeza? Eso era inadmisibile. Eso la hacía ser una persona horrible. Sobre todo porque sabía que la propia April la odiaba por ello y nunca dejaría de hacerlo.

Se lo merecía.

Y después estaba todo lo demás que se había convertido en un tabú bajo aquel techo que un día había albergado un hogar feliz, pero que apenas recordaban.

Dejó la taza en el fregadero y miró el reloj que estaba colgado sobre la encimera. Las siete y diez. Pensó en su preciosa hija, en qué estaría haciendo

en el centro, si repartiendo galletas y café o sentada junto a Lewis, intentando deshacerse del dolor que lo llenaba todo.

Decidió echarse a dormir.

Aquel día no podría soportar sin gritar su cara de decepción cuando regresara a casa.

Cuando Adam entró, se sentó en la única silla vacía.

Había llegado el último, pero solo porque se había quedado dormido y su madre no lo había despertado. Le costaba tanto dormir habitualmente que ella había sentido lástima de romper su descanso.

Lewis le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y una joven de pelo rojizo, a la que ya reconocía de los días anteriores, le pasó una bandeja con las galletas de April. Cogió dos. Levantó la cabeza cuando se metió una en la boca y se encontró con la mirada de ella clavada en él.

Era la primera vez que la veía sentada en el grupo. Él se había atrevido a hacerlo por primera vez dos semanas atrás, pero en ambas sesiones April había estado rondando de aquí para allá, aparentemente ajena a lo que allí ocurría.

Adam levantó dos dedos a modo de saludo; el movimiento fue casi inexistente, pero ella lo vio. Después lo sorprendió el sabor que explotó en su boca, como si fuera una cascada de agua limpia, fresca.

—Ya estamos todos. ¿Qué os parece si empezamos con que April nos explique el porqué de la elección de las galletas de hoy? Sin duda, es su receta más atrevida.

Todos se rieron. Adam observó algunas muecas de asco al masticar los dulces; otras eran de agrado; muchas de curiosidad. Se comió la segunda y pensó que Campbell era inteligente, porque aquella era una buena manera de romper el hielo.

—Son las galletas favoritas de Otto. Otto es mi hermano y tiene autismo. No soy partidaria de colgar etiquetas a las personas, creo que eso siempre

supone ponerles límites, pero digamos que Otto vive en su propio mundo y allí es muy feliz —informó, mirando fijamente a Adam, que era el único que desconocía esa información—. Es una historia graciosa... y es que Otto es adicto a la pasta de dientes. Mamá se pasa la vida escondiéndola y solo la saca cuando es la hora de asearnos. Sin embargo, cuando menos se lo espera, Otto la encuentra y se la come entera.

Adam soltó un suspiro, lo más parecido a una risa que fue capaz de exteriorizar. Le asombraba que un crío pudiera zamparse un bote de dentífrico; le resultaba entre repugnante y fascinante.

—Por favor, April, confiesa ya que no es el ingrediente secreto de las galletas, antes de que alguien vomite.

Se oyeron risas y Adam pensó que aquello estaba bien. Que aquellas personas que lo rodeaban reían poco y también lo merecían.

—No, no lo es. No quiero provocar una diarrea generalizada. —Las risas regresaron—. Es solo menta, pero un día se me ocurrió explicarle a Otto que sí lo era, como un método para que aquella obsesión menguara. Acordamos que de vez en cuando haríamos galletas de pasta de dientes a cambio de que dejase de torturar a mamá, y funcionó.

—Están muy buenas —dijo alguien en algún punto de la sala que Adam no supo reconocer.

—Prefiero las de coco —refunfuñó el señor Garret, masticando con lentitud.

—¿Cuándo harás de plátano? Llevas meses sin hacer galletas de plátano, April.

—El próximo día, John, te lo prometo.

El aludido suspiró complacido y April asintió contenta, sintiendo una gratitud inmensa por ese grupo de personas que ya se había convertido un poco en familia y que la hacían sentir realizada por algo tan tonto como cocinar dulces. Como si ella de verdad tuviera algo que ofrecer al mundo.

El tiempo pasó volando.

Hablaron de la importancia de saber decir «no».

A Adam le parecía una chorrada; no entendía que algunas personas hicieran las cosas a disgusto, solo guiadas por el deseo de que los demás las aceptaran. A April le parecía un indicio de bondad que pocos poseían, decir «sí» cuando en realidad se gritaba «no»; ella no lo poseía, sin duda, pero lo admiraba.

—Mis hijos dicen que tengo que salir. Todos los días, mínimo media hora. Que el sol es bueno. Y la calle. Y ver a otra gente. Pero no quiero. Aun así, soy incapaz de decir que no al ver sus caras de decepción. De modo que me levanto, me visto y salgo, pero al hacerlo, no veo nada. Es como si la calle fuera una bolsa de plástico vacía y yo estuviese dentro.

El discurso de la señora Monty hizo pensar a Adam. Al fin y al cabo, ¿no estaba él allí sentado por su madre? Sí, era cierto; pero al igual que lo era el hecho de que ya no le suponía un gran esfuerzo acudir al centro, lo que indirectamente le decía que no estaba únicamente allí por Marie, sino porque quizá él también lo deseaba; porque quizá ya había empezado a dar pasos en una dirección contraria a Ella.

Aquella revelación lo mantuvo en un debate consigo mismo durante casi una hora.

April pensó que los hijos de la señora Monty eran inteligentes, a pesar de que ella no lo creyera tanto. Pensó que si no hubiera sido por el sol, por las calles de su adorada Nueva Orleans y por la gente tan buena que las llenaba, ella se hubiera ahogado dentro de la bolsa de plástico en la que le había tocado vivir.

Ambos escucharon a aquella ama de casa viuda confesar lo que le pesaban los días, mientras meditaban sobre sus propias cargas.

April se mantuvo callada y en apariencia cómoda; Adam pensó que era normal, al fin y al cabo, ella estaba allí porque quería, sin sentirse arrastrada por un peso demoledor que a los demás les hacía no querer despertar por las mañanas.

April pensó en la facilidad que ella tenía para decir «no». En que siempre la había tenido para todo y bajo cualquier circunstancia; para todo, menos cuando se trataba de una cosa.

Acarició su tatuaje con dedos firmes y eso le hizo pensar en Otto y en su búsqueda incesante de insectos, hasta que la imagen del dibujo de una Actias Luna, una clase de mariposa que habían visto en el jardín de Audubon y que había acabado tatuándose en su piel, se quedó grabada en sus retinas. Era preciosa, de alas grandes y color verde lima; el dibujo de Otto en el que las alas eran rojas por invención propia y estaban del revés la acompañó hasta que la terapia terminó.

Pecas de cacao

... yo no buscaba a nadie y te vi.

FITO PÁEZ

Ella había llegado a sentirse más de Nueva Orleans que de cualquier otro lugar.

Se había mudado allí a los doce años, cuando su padre aceptó un ascenso en el trabajo con la condición de que se trasladaran a otra ciudad, abandonando Nueva Jersey con pena, alejándose dos mil kilómetros de sus amigos, su colegio, la vida tranquila que llevaban y el ajeteo constante que Nueva York les dejaba experimentar cuando les apetecía.

La primera vez que Ella vio la ciudad a través de las ventanillas del coche de su padre, le pareció el escenario perfecto para una de las películas de los cincuenta que su madre adoraba. Aquellas calles del barrio francés repletas de colores, la arquitectura colonial mezclada con edificaciones modernas, los barcos de vapor cruzando el Misisipi... Tenía un encanto especial, un aura diferente que la hizo sonreír y pensar que aquel cambio tenía cierto sentido.

Su casa era una de tantas, de madera y paredes de colores que formaban el barrio de Algiers Point. Una zona familiar y tranquila, llena de jardines, porches con mecedora y zonas infantiles, que parecía congelada en el tiempo. No se asemejaba nada a su piso de Nueva Jersey, y eso le encantó.

La suya tenía las paredes rojizas, con un jardín en la entrada y dos pisos, con ventanas grandes y chimenea, y estaba flanqueada por otras dos similares, una de color amarillo claro y otra de color azul cielo.

Olía a hogar antes de tiempo, como si aquel lugar los hubiera estado

esperando a ellos.

Se adaptaron rápido y, al tercer día de estar allí, cuando Ella salía con un pequeño trozo de cartulina en el que se leía «Zachary Davis, mujer e hija» para pegar en su nuevo buzón, lo vio. Estaba sentado en la escalera del porche de la casa de al lado, la de color azul cielo, con una guitarra en el regazo y los ojos cerrados, mientras acariciaba las cuerdas con delicadeza y fruncía el ceño, buscando una canción que no lograba encontrar.

Era un chico moreno, más o menos de su edad, y tenía lunares en la cara, como pequeñas pecas de cacao.

Y aquel encuentro supuso el principio de todo.

Satélites de caramelo

Y ella tenía una sonrisa enorme.
Del mismo tamaño que su dolor.

ANÓNIMO

April no llevó galletas un viernes de octubre. Apareció tarde en el centro, con el pelo suelto tapándole parte del rostro y ojos cansados.

Nadie comentó nada.

Nadie la miró apenas, como si fuera algo habitual que todo el mundo comprendía menos él.

Adam no lo entendía. Habían pasado ya tres meses desde que él había entrado en ese centro por primera vez y, cada viernes, April había estado allí con su perpetua sonrisa y las ganas de ayudar a los demás.

Y aquella tarde parecía otra persona.

La observó quitarse una bufanda de rayas y sentarse en silencio, sin alzar la mirada.

El fin del verano había dado paso al frescor del otoño e, igual que las hojas caían, la vida de Adam se desprendía de cosas y adoptaba otras nuevas. Rutinas. Costumbres buenas que su madre aceptaba con sonrisas que cada vez escondía menos y que a Adam le daban un sentido para levantarse por las mañanas.

Llevaba sentándose en el círculo casi dos meses. Seguía manteniéndose al margen de todo, pero comenzaba a pensar, a analizar los esquemas de su mente y a abrir más los ojos, observando lo que lo rodeaba; y, lo más importante, ya se sentía parte de ese grupo.

Dos meses acudiendo una vez por semana y nunca había sucedido algo parecido. De hecho, cada día él se sentía un poco más cómodo y la simple compañía de April ya hacía que las horas pasaran más rápido. Apenas hablaban más que de tonterías al encontrarse y al despedirse, pero para él suponía una novedad sin igual.

Se había dado cuenta de que aquel grupo de personas dolidas era lo único que lo ataba al mundo, eso y su madre, así que ver a aquella chica que siempre sonreía cohibida, como habitualmente estaban otros, lo alteró.

Lo intrigó. Lo incomodó.

Le hizo pensar que era una mala señal e incluso sintió que él mismo daba un paso atrás.

La sesión funcionó como siempre; los demás hablaban y él escuchaba. Hasta el momento nunca había abierto la boca y Campbell lo había respetado, aunque sí que habían mantenido alguna que otra charla en su despacho en las que alababa sus progresos, como si de verdad Adam aportase algo al grupo con su simple presencia, cuando él sabía que solo se lo decía para hacerlo sentir bien y que no dejara de aparecer por allí.

April tampoco solía hablar, aunque de vez en cuando lo hacía; a menudo soltaba comentarios divertidos e ingeniosos que lograban que la tensión se disipase cuando era demasiado intensa. En ocasiones hablaba de su madre y de su hermano, allanando el camino para los que tenían que hablar de su familia y la lengua se les trababa. De ese modo se había enterado de que April no tenía padre: lo había atropellado un coche cuando aún era muy pequeña. Lo sorprendió conocer algo tan íntimo sobre la chica y que, de repente, la mostraba como uno más dentro del grupo, como otra persona que había sufrido una pérdida, pero, en su caso, aquello no había supuesto un bloqueo importante en su vida.

Había contado la historia a su manera, como si fuera un cuento en el que un superhéroe moría para aprovisionar al mundo entero de caramelos y helado. Adam no entendía cómo podía verlo de una forma tan dulce y hasta positiva,

por mucho que solo fuera un modo de defensa, ya que la historia le parecía hasta tétrica teniendo en cuenta que falleció el día de su cumpleaños.

Así que, ese primer día en el que April Harper no parecía April Harper, Adam despertó. Fue su curiosidad, su deseo de saber más, y también la necesidad, porque, de pronto, cuando la señora Thomas rompió a llorar y ni las galletas ni el consuelo de April estuvieron allí para sostenerla, se dio cuenta de que aquello no le gustaba. Lo alteraba, y no de un modo bueno. No le hacía sentir bien. Por primera vez desde que ella lo había empujado a aquel círculo con café y galletas, quería salir corriendo de allí.

—April, ¿te apetece compartir con nosotros eso que te tiene tan preocupada?

Alzó la mirada, un poco vacía, y negó con la cabeza.

Adam tuvo ganas de levantarse de un salto y acercarse a ella, zarandearla y decirle: «¡Hazlo!, ¡necesito saber qué te ocurre!», pero, claro, no lo hizo. Hubiera estado fuera de lugar, y él no era un loco. O eso creía, porque continuamente tenía la sensación de no entender nada de la vida.

Cuando la sesión terminó, la vio desaparecer dentro del despacho con el señor Campbell detrás. Estuvieron allí unos quince minutos, en los que Adam se mantuvo a la espera, en el pasillo, quieto y sin saber muy bien qué estaba haciendo, hasta que se llamó estúpido y se marchó, sintiendo la sonrisa de Gema en su espalda al pasar por la recepción, ya solo iluminada por las luces de emergencia.

Echó a andar en dirección a su casa, pero, cuando llevaba un par de minutos, sus piernas se negaron a continuar y giraron, desandando lo recorrido y provocando un encuentro con April, que ya había salido y caminaba despacio, con los brazos cruzados y la mirada perdida.

Nunca le había parecido tan pequeña.

April no había tenido un buen día. Era un modo tonto como cualquier otro para evitar decir que había tenido un día de mierda, porque ella no decía tacos, rara

vez se le escapaba uno, y cuando así sucedía se debía sin duda a que estaba realmente cabreada. O dolida. O triste. O todo a la vez, como aquella tarde, en la que había discutido con su madre. Mucho. A gritos. Hasta que Pauline se había echado a llorar y se había encerrado en su cuarto de un portazo; como si ella fuera la hija adolescente y April la madre.

Y todo porque se acercaba la fecha en la que cada año Otto y ella acudían al insectario y al jardín de las mariposas de Audubon. Era su propia tradición y no entendía que aquello le doliese tanto a su madre. Tampoco comprendía por qué no quería acompañarlos, aunque casi lo prefería, pese a que pensar así la hiciera sentir una hija horrible.

Pero no. Pauline era la horrible. La madre que pocas veces se comportaba como tal; la que se encerraría en su cuarto hasta el día siguiente sin probar bocado y se dormiría gracias al efecto inmediato de las pastillas.

Tampoco la hacía sentir demasiado bien el hecho de haber acudido al centro como un fantasma; pero es que para April era difícil disimular cuando los sentimientos la desbordaban, cosa que de vez en cuando ocurría.

Gracias a Dios, Lewis no se lo tenía en cuenta y se había encerrado con él en el despacho al terminar para hablar de todo aquello que él ya conocía. Llevaba años al lado de su familia, así que sabía lo que April estaba experimentando incluso antes que ella misma.

—Quizá este año sería mejor no ir allí, April. Sabes que destroza a tu madre. Podríais hacer algo en casa, ¿no te parece un buen plan?

—No. Otto quiere que vaya... La visita al insectario...

—Lo sé. Sé lo importante que es, pero a veces debemos cambiar las rutinas, adaptarnos a lo que la vida nos da y nos dice que está bien. Además, quizá sea el momento de que...

—No. Por favor, Lewis. Este año no —suplicó.

Él había afirmado con la cabeza y había sentido lástima por April, aunque como profesional no debería verse involucrado con tanta intimidad, pero es que aquella chica era muy importante para él. Ya eran demasiados años.

Demasiados momentos. Tanto con Otto, como con Pauline, y de un tiempo a esta parte con ella.

April Harper se había convertido en su talón de Aquiles, lo sabía y no era algo positivo.

April anduvo en silencio. La mano de Otto empujando su espalda, como si ese día él también quisiera zarandearla y decirle que ya era suficiente; que ella era más fuerte que todo aquello.

Al girar la calle, sintió unos ojos observándola. Lo supo antes de alzar la cabeza, porque sintió un ligero cosquilleo. El mismo que había percibido durante toda la tarde, cuando los ojos de Adam Clayton no habían dejado de mirarla, y ella había querido llorar por encontrarse en semejante estado y que él lo viera.

Odiaba mostrarse débil, vulnerable.

—¿Qué haces aquí?

—Yo...

El chico se quedó callado, mirándose los zapatos.

Hacía unos segundos que se había creído capaz de hablar con ella como una persona normal, como había hecho tantas veces antes de que todo sucediera, pero es que Adam había cambiado en tantos aspectos que ni siquiera se reconocía la mayor parte del tiempo. En aquel momento se sentía como un crío de trece años intentando hablar con una chica; la diferencia era que él ya había cumplido los veintidós y ese encuentro no iba de eso.

—¿Qué haces aquí, Adam? —repitió ella sin ganas.

Después notó un tirón detrás que le hizo recordar que no iba sola; que Otto, como siempre, estaba con ella; que, pasase lo que pasase, él nunca la abandonaría.

Adam se sentía paralizado. Y una persona horrible, porque, al pronunciar ella la pregunta en voz alta, supo que no estaba allí más que por el pensamiento egoísta de que se había sentido incómodo al verla mal.

April suspiró ante su silencio y sin más siguió andando, ignorando la presencia de Adam y diciéndose que no siempre tenía que estar ahí para todo el mundo, que a veces uno necesita una tregua y un día para sí mismo.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó él, colocándose a su lado y acompañando sus pasos.

—Nada que te importe —contestó rápido y de modo cortante.

—Vale.

Frenó en seco, haciendo que Otto chocara contra ella, y se volvió un poco, lo justo para disculparse mirándolo a los ojos.

—Perdona, no quería sonar tan..., ya sabes.

—No importa. Yo soy así de borde constantemente. Aunque por dentro te sientas todo lo contrario.

Y ella notó con esas palabras que se desinflaba; y es que era exactamente así, como si por fuera demostrase al mundo una cosa totalmente diferente de como se sentía por dentro. Quería llorar, pero le había salido un comentario borde y fuera de lugar.

Adam la comprendía; lo hacía porque él era incapaz de ordenar su interior y exteriorizar sus sentimientos del modo correcto.

—Sí. Exactamente es así. —Se mordió el labio y dudó—. ¿Te apetece acompañarme a casa, Adam? No hace falta que hablemos si no quieres. Solo... solo camina a mi lado.

—Yo... —entonces dudó él.

—Está bien, no importa.

April se arrepintió de habérselo pedido; pensó que bastante tenía Adam con su estado depresivo como para tener que consolar a la chica de las galletas, pero, para sorpresa de ambos, comenzó a caminar hasta situarse a su lado y avanzaron juntos.

Pasearon en silencio, acompañándose mutuamente, entendiéndose de un modo que nadie más en todo el planeta comprendería, porque solo podrían

hacerlo los que saben lo que es estar disperso y solo en un universo lleno de vida.

Otto los seguía, sonriendo.

April vivía en una casa de color lila en el barrio de Faubourg Marigny, parecida a la de Marie, la casa a la que había regresado Adam después de ser incapaz de volver a dormir en el piso que había alquilado hacía dos años en la zona de Bywater.

Familiar, bonita, cuidada.

El buzón de la entrada tenía mariposas pintadas y la trampa rota. No había ninguna luz encendida y eso a Adam lo sorprendió, pero no le preguntó nada.

El silencio a veces es el mejor modo de comunicación entre dos personas.

—Gracias por acompañarme, Adam.

—De nada. ¿Te encuentras mejor?

Ella le sonrió levemente y a Adam le pareció que aquel paseo había merecido la pena, a pesar de que le tocara desandar lo recorrido y tuviera aún que coger el ferri de vuelta a su casa; vivían prácticamente enfrente, pero separados por el Misisipi.

—Lo cierto es que sí. A veces... —Ella dudó, porque no sabía cómo explicarle lo que le pasaba; tampoco quería. Así que se encogió de hombros y dejó las palabras en el aire—. Ya sabes.

Adam sonrió. Fue casi un espejismo de alguna sonrisa pasada, pero April lo vio. Por primera vez aquel chico había sonreído de verdad y ella lo había presenciado.

—Sí, ya sé. Nos vemos el viernes. Que descanses, April —susurró, y ella sintió ese deseo como una caricia.

Eso ocurría con la voz de Adam, que era tan suave y la oía tan poco que cuando lo hacía se estremecía, como si alguien hubiera abierto una ventana de repente y el aire hubiera formado corrientes a su alrededor.

—Prometo llevar galletas. Espero que te guste el cacahuete.

Adam asintió y la vio desaparecer, con la expresión aún un poco perdida y ausente, pero con un brillo en los ojos que le recordó a la April que había conocido hasta entonces.

Ella se acostó temprano, aunque no pudo dormir enseguida. Sentía la presencia de su madre al otro lado de la pared, seguramente llorando. Quizá profundamente dormida por los efectos de la medicación. O puede que sentada en la ventana, pensando en formas de desaparecer y empezar a ser la madre que su hija merecía. También sintió otra presencia al otro lado de la estancia; se imaginó que Otto ya estaría dormido y lo habría logrado observando los planetas que colgaban del techo de su habitación; aquellos que hicieron juntos hacía ya muchos años, y que después pintaron y colgaron con hilo de pescar.

Su propio universo.

Admiró a su hermano, por haber sido capaz de crear un universo propio cuando se dio cuenta de que no encajaba muy bien en el que le había tocado vivir.

April quiso imaginarse uno para ella, hecho a su medida, en el que los satélites fueran de caramelo. Uno en el que su madre riera a carcajadas, en el que Otto fuera el presidente de la humanidad y en el que Adam Clayton fuera feliz.

Se lo imaginó y se durmió con una sonrisa en los labios; la primera sonrisa sincera de todo el día.

Lilas para April

Ojalá que la espera no desgaste mis sueños.

MARIO BENEDETTI

Marie iba al mercado de agricultores cada martes. Lo ponían en el barrio de Carrollton y en él se podía encontrar de todo, desde comida ecológica de las mejores granjas de Luisiana hasta muñecas vudús. Ella solía comprar fruta, verdura, pan *ciabatta* y platos preparados, como el hummus que llevaba aquel día y que pensó que a Adam le encantaría.

De vuelta a casa, paró en la tienda de caramelos y quiso darse un capricho; no lo hacía a menudo, pero Adam y ella habían pasado una buena semana y creyó habérselo ganado, porque no todo en la vida tenía que ser lamentaciones. Cogió un puñado de bolas de naranja que le encantaban y otro de esos pequeños caramelos con forma, olor y sabor a lilas.

Al llegar, se encontró con su hijo sentado en el sofá con la televisión encendida. Estaban echando un programa sobre la esclavitud en el canal de historia y Adam parecía concentrado como si fuese un tema que lo fascinara, pero Marie ya había aprendido a diferenciar cuándo prestaba verdadera atención a algo y cuándo simulaba hacerlo y en realidad estaba en su propio mundo; ese que se había construido y que ella se imaginaba como el planeta más gris, inhóspito y frío de todo el universo.

—Adam, cielo, ¿quieres ayudarme a sacar la compra?

Él se levantó, sin contestarle, y la siguió a la cocina. No era una reacción muy halagüeña, pero si hacía apenas dos meses le hubieran dicho que iba a ser

capaz de volver a compartir momentos como ese en compañía de su hijo, se hubiera reído como una loca.

Guardaron las cosas y Marie parloteó a su alrededor sobre lo bonito que estaba el día y lo mucho que le gustaría que alguna mañana él la acompañara al mercado. Después comieron, uno frente al otro en la mesa de madera situada bajo la ventana de la cocina, y tomaron café. Al hacerlo, Marie sacó una pequeña caja metálica de galletas que había comprado esa misma mañana y le ofreció una a su hijo.

—Están buenas, ¿verdad? Son de arándanos.

—No están mal —contestó él, pensando que no eran las mejores que había comido.

—¿No están mal? —replicó su madre molesta—. Ten un poco más de consideración, jovencito. Son excelentes. ¿Dónde has probado tú unas galletas mejores que estas?

—April las hace mucho mejor.

Adam lo dijo sin pensar; como si charlar despreocupadamente con su madre fuera algo que hiciera a menudo. Como si el hecho de que aquello fuese una excepción que ella estaba disfrutando no contase. Pensó en la chica de ojos de gato y en el modo en que conseguía cambios en los demás sin proponérselo, como si April tuviera poderes que consiguieran lo imposible. Porque lo cierto era que allí estaba él, sentado con su madre cuando hacía meses que no hablaban de nada que no fuera dolor, pérdida, superación; y la única responsable había sido ella, la chica de cordones estrellados y olor a masa de galletas que había recuperado su sonrisa enseguida, como si aquel viernes sombrío en el que la había perdido ni siquiera hubiese existido.

—¿April?

—Sí, April Harper. Es una chica del centro. Todos los viernes lleva un montón al grupo y cada vez de un sabor diferente.

Marie asintió. Se acordó en el acto de la chica que había conocido unos meses antes. Una chica como otra cualquiera, con ojos inteligentes, vivos,

audaces. Después rememoró las palabras de Lewis al referirse a ella. Su secreto.

Tragó saliva y sintió miedo.

—Eso es muy bonito. ¿Sois amigos?

Dudó, porque no supo a ciencia cierta si eso sería algo bueno o malo para Adam. Quizá bueno; al fin y al cabo, ella ya había conseguido que su hijo hablase de algo ajeno a la muerte y el vacío. Quizá malo, porque no estaba muy segura de si aquello podría afectarlo negativamente. Quizá un poco de cada. Quizá, por una vez, tendría que arriesgarse y dejar aquello en manos del destino.

—No especialmente —respondió él, encogiéndose de hombros—. Solo nos vemos en el centro.

—Deberías llevarle tú el viernes unos caramelos. —Se levantó y cogió la bolsa de lilas, abriéndola y volcando un puñado en otra bolsa más pequeña—. Para agradecerle que te dé galletas mejores que las que compra tu madre.

—Mamá, no tengo cinco años.

—Solo era una sugerencia.

Y Marie suspiró y tuvo que contener las lágrimas al ver un indicio de sonrisa en el rostro de su único hijo.

Cuando llegó el viernes, Adam estaba nervioso. Se sentía un niño pequeño, como si hubiera retrocedido años atrás en el tiempo y fuera a acercarse por primera vez a Emily Robins para invitarla a su casa a merendar.

Solo había una diferencia, y es que en aquella ocasión se trataba de caramelos. Solo de caramelos. Y solo para agradar a su madre, un motivo que se estaba convirtiendo en rutina para justificar todo lo que hacía.

La sesión había transcurrido con normalidad, aunque Adam había estado bastante ausente y Lewis lo había notado. No dejaba de mover las piernas con inquietud y de pasarse una mano por el pelo. Compulsiones que le decían que el chico estaba nervioso, que había algo que lo tenía alerta, pensativo. Podía

parecer una mala noticia, pero no lo era, porque Lewis creía, y teniendo en cuenta su experiencia era probable que acertara, que por fin Adam Clayton estaba abriendo los ojos a su alrededor y comenzaba a responder a otros estímulos que no fuese el dolor profundo y venenoso que lo carcomía por dentro.

April parecía tranquila; o eso se dijo Adam, que no había podido evitar observarla y cruzar con ella algunas miradas. Llevaba puesta una sudadera con un *smile* amarillo en el medio, la trenza le caía por uno de sus hombros, y Adam vio incluso, a pesar de encontrarse ella al otro lado del círculo, sus cordones de estrellas blancas. No quedaba rastro de ese mutismo que había mostrado semanas antes, y él se alegró por ello.

Al terminar, dejó que los demás fueran saliendo y la abordó mientras recogía algunas tazas vacías de la mesa del café.

—April.

El rostro de la chica dibujó una media sonrisa y le devolvió el saludo sin mirarlo.

—Adam.

—Toma. Esto es para ti.

Le tendió la bolsa y ella entonces sí que se volvió, con el asombro pintado en los ojos y la boca medio abierta por la sorpresa. Y digo, sin miedo a equivocarme, que April Harper no era una persona que se quedara sin palabras fácilmente.

Se limpió las manos en la tela de los vaqueros antes de coger lo que Adam le ofrecía.

—¿Qué es?

—Nada importante. Unos caramelos. Mi madre opina que si me voy a quejar de las galletas que compra, porque las tuyas son mejores, debo agradeceréte con unos caramelos. Como si estuviéramos en el colegio, ya sabes.

La chica se rio. Él apartó la mirada y la dirigió a sus zapatillas. A April le

resultó un gesto ya familiar por su parte, porque cada vez que Adam se ponía nervioso o estaba incómodo hacía lo mismo.

—Lilas. Me encantan. Gracias, Adam. Nunca se es suficientemente mayor para los caramelos.

—De nada.

Ambos salieron del centro en silencio después de dejar recogidas las tazas. Eran las nueve y la noche estaba despejada, aunque hacía el frío habitual de principios de noviembre.

No les importó.

—¿Te apetece dar una vuelta antes de regresar a casa? Hoy hace un día estupendo.

Adam pensó que sí, que el día había sido estupendo, aunque casi no se acordaba del significado de esa palabra.

Se había acostumbrado rápidamente a la terapia, pero había pasado de parecer estar en una burbuja a verse en una especie de limbo.

—Vale.

Sus pasos se acompasaron enseguida.

April se dio cuenta de que Adam apenas profería sonido alguno cuando andaba, como si pasara por el mundo de puntillas, sin hacer ruido, como un fantasma. A su lado, sus propios pasos le resultaban atronadores. Se alegró de que aquel día Otto no estuviese con ella, porque sus pasos siempre eran como pequeños terremotos que rompían ese silencio que Adam necesitaba y que a April tanto le gustaba compartir cuando encontraba a alguien con quien poder hacerlo.

No dijeron ni una palabra hasta encontrarse a la entrada de un parque, frente a un banco, donde se sentaron. Como si ya lo hubieran decidido de antemano o esa fuera la reacción natural. Al final acabaron allí, uno al lado del otro, sintiendo el calor corporal mutuo por el roce de sus brazos y observando el vaho que salía de sus labios cada vez que respiraban.

April rememoró las veces que había paseado con chicos en su vida y se

dijo a sí misma que aquella experiencia era totalmente nueva, porque con Adam no era necesario hablar para decirse infinidad de cosas; que estaban a gusto el uno con el otro, aunque no se conocieran.

Adam pensó que aquella chica era la más rara con la que se había cruzado en toda su vida, porque le parecía algo asombroso que hubiera accedido a pasar tiempo con él cuando era incapaz de pronunciar dos frases seguidas sin desear echar a correr.

A ambos les sorprendió no haber hecho aquello durante los cuatro meses que habían pasado desde el primer día en que sus miradas se cruzaron.

Supongo que las cosas llegan cuando tienen que llegar..., ni antes ni después.

—¿Cuántos años tienes, Adam?

Fue lo primero que se le ocurrió a April. Podía haberle preguntado cuál era su color favorito o qué opinaba de las políticas sociales, pero fue eso lo que le salió. Una pregunta tonta que, sin duda, no estaba a la altura de ella misma.

—Veintidós.

—Yo, veinte.

Él asintió y confesó algo que hacía tiempo le rondaba la cabeza, porque aunque April era joven parecía albergar mucha más vida que las otras chicas de su edad.

—Pareces mayor.

—No sé si eso es algo bueno o malo.

Adam se dio cuenta de que ella había fruncido levemente el ceño y se llamó idiota, porque era obvio que no dejaba de ser una chica y que aquello, acompañado del tono ronco de su voz y de su rostro pálido y ojeroso, había sonado lo más lejos posible a un halago.

—No..., quiero decir, eres madura, April. Las chicas de tu edad no hacen lo que tú haces.

—Ya, bueno, es que la vida a cada uno nos lleva por un camino. —Él la miró y leyó en sus ojos que escondía mucho más de lo que la había hecho ser

quien era; quizá el que su hermano tuviera algún tipo de trastorno había sido determinante. O la muerte de su padre. O quizá algo más. Adam quiso saberlo todo de ella en ese instante, pero no se atrevió a preguntar, porque él no hacía esas cosas—. Tú a veces me pareces un niño perdido. Como los de Peter Pan. Pero triste.

—Ojalá lo fuera. Creo que me resultaría más fácil.

—Eso estaría bien.

Sonrieron. Los dos. Para ella fue sencillo; lo hacía constantemente. Para él, no tanto.

April sacó la bolsa de caramelos del bolsillo de su chaqueta, se metió uno en la boca y después se la tendió a Adam para que cogiera, pero él negó con la cabeza.

—¿Por qué lo has hecho? —le preguntó, refiriéndose a aquel regalo un tanto infantil.

Adam se pasó una mano por la nuca al pensar en su madre, la única persona que siempre había estado a su lado; siempre. Incluso cuando estuvo a punto de morir, ella había recogido los pedazos con mimo. Y las palabras salieron solas, porque con April parecía algo simple.

—Porque no suelo hacerla sonreír muy a menudo y si para conseguirlo tengo que regalar caramelos, lo haré. Estoy un poco cansado de decepcionarla, pero no sé... no sé cómo parar.

Era el principal problema, que una vez dentro de aquella espiral resultaba muy difícil salir de ella.

April asintió, porque lo comprendía.

—Es complicado. Parar. Es como cuando era pequeña y cogía velocidad con la bicicleta en una calle empinada. Sabes que tienes que frenar antes de caer contra el suelo, pero la sensación es casi... poderosa. Y cuesta.

—Es... exactamente así, como si me hubieran quitado los frenos y tuviera que usar mi cuerpo para detener la caída.

Ambos meditaron esa reflexión compartida y lo sintieron, sintieron que se

entendían, que tenían algo en común grande e inmenso que no podían sentir con nadie más.

Adam se dio cuenta de repente de lo cómodo que se encontraba, de lo que estaba haciendo, de que se había sentado con una chica en un banco, hablando, dejándose ver y siendo él mismo cuando había decidido que nunca más lo haría con nadie, como si tuviera quince años de nuevo y quisiera robar un beso.

Como si él fuera un chico normal.

Como si se hubiese olvidado de Ella.

La garganta se le cerró y tuvo que carraspear, porque el sentimiento que lo embargó fue demasiado doloroso.

Alzó la mirada y la centró en el primer local abierto que vio en la calle de enfrente.

—¿Te apetece un café? Tengo sed.

—Sí, claro, pero ¿para eso no sería mejor un refresco?

—Lo que sea.

Adam se levantó y cruzó la calle sin comprobar si April lo seguía o no, pero tampoco se cuestionó por qué no se iba a casa directamente. A su cuarto. A mirar las grietas del techo. A pensar en Ella. Quizá porque hacerlo sería como aceptar que algo en él estaba cambiando y que aquello le agradaba, aunque lo alejara de su pasado.

La cafetería era pequeña pero acogedora. Apenas había más que un puñado de clientes desperdigados por las esquinas y Adam reconoció la canción que salía por los altavoces al instante, *Broken Strings*, de James Morrison, pero se obligó a bloquear su mente y a no disfrutar de esos sonidos armoniosos que le producían placer al momento, porque ya no se permitía sentir nada que no fuera dolor.

La música no era para él; no la merecía.

Él pidió un café y ella un té.

Se habían sentado uno frente al otro y cruzaban las miradas de vez en cuando, aunque ninguno hablaba.

April observaba el rostro de Adam, estudiándolo al detalle, mientras se calentaba las manos con la cerámica de su taza. Antes ya había podido hacerlo a conciencia, pero no así, sino solo de un modo disimulado en las sesiones o de reojo según caminaban en esos extraños y breves encuentros que habían compartido fuera del centro.

Pensó que Adam Clayton transmitía algo oscuro, triste. Era lógico, dado su estado. Pero también pensó en cómo sería el Adam de antes de la pérdida. Un chico guapo, con carisma, con inquietudes y sueños por cumplir. Seguramente la clase de chico que llevaba una vida fácil; saliendo con una chica bonita y mirando hacia otro lado al pasar por la puerta del centro. Un chico sin preocupaciones, con suerte en la vida y con la sensación constante de que nada podía salirle mal. A él no.

Hasta que ocurrió. Como siempre.

Y se rompió.

Adam se sentía observado y, aunque lo incomodaba ligeramente la incertidumbre de qué estaría pensando de él, no le importaba. Llevaba demasiado tiempo siendo una sombra de él mismo y por una vez se sentía complacido por ser el centro de atención para alguien, aunque se odiara más aún por hacerlo.

Antes de aquello había sido una persona de mundo. Inteligente, con talento, con la suerte de compartir sus días con la chica más bonita de todas, disfrutando de ser el objetivo de algunas mujeres, aunque solo tenía ojos para Ella. Un chico con suerte, que no había sufrido nada en la vida más que la muerte de un padre que no fue demasiado traumática, solo triste, porque aún no contaba con la edad necesaria para sentirlo de un modo más intenso.

Miró a April al darse cuenta una vez más de eso que tenían en común y que a ratos se le olvidaba.

Se la intentó imaginar en su vida diaria fuera de las paredes del centro,

compartiendo momentos con su madre y su hermano. Con sus amigos, bailando en algún local de moda. Con algún chico que la hiciera sonreír y la besara despacio.

No le resultó difícil hacerlo, aunque sí que lo desconcertó, porque fue consciente de que no conocía demasiado bien a April; apenas sabía nada de ella y, aun así, tenía la constante sensación de que la conocía a otros niveles más íntimos.

Parpadeó y ella rompió el silencio, que se había vuelto tenso, denso, sólido.

—Bebes mucho café.

—Me gusta. Me activa. Me hace... sentir que no estoy muerto.

—¿El resto del tiempo te sientes así?

—Más o menos.

—Yo me siento siempre tan viva que me da miedo.

April sonrió para sí.

Adam alzó las cejas, pensativo.

Había sido otra conversación extraña, aunque un poco como todas las que habían tenido. Por eso a Adam le agradaba estar con ella, tenía que reconocérselo, porque se sentía menos raro, menos enfermo, menos vacío.

Siempre había pensado que compartir las rarezas era un signo inaudito de conexión.

Antes del incidente tenía un montón de amigos. A Ella y a él les gustaba salir por ahí con ellos de vez en cuando, y disfrutaban, se sentían parte de algo más que del universo que habían creado ellos dos solos. Escapadas de fin de semana, salidas nocturnas a discotecas, conciertos en el local de Benjamin, barbacoas de casa en casa.

Sin embargo, después todo cambió.

En realidad, no todo. Fue Adam el que lo hizo. Sus amigos lo intentaron, se esforzaron por llorar la pérdida con él y por tirar de su mano para que todo continuara, porque la vida lo hacía, pero Adam había sido incapaz. No

soportaba sus caras. La lástima, el intento de comprensión por su parte y el dolor; porque no, ellos no podían ni siquiera intentar comprenderlo. Mucho menos saber lo que sentía él en su interior al imaginársela tirada sobre la sucia acera. Con el rímel corrido por las lágrimas. Los cristales clavados en la piel. Sin uno de los zapatos. Los huesos rotos. El corazón, también. Fría. Y sola.

A April aquello le hacía gracia. Estar con Adam era diferente de estar con cualquier otra persona que hubiera conocido hasta el momento. Con él podían decir cosas tan socialmente fuera de lugar como admitir que te sientes muerto la mayor parte del tiempo, y que aquello estuviera teñido de normalidad. Y es que, a pesar de que April era una persona extrovertida y con facilidad de palabra, no tenía demasiadas amistades.

La vida, en ocasiones, hace que las trabas del camino sean demasiado grandes y tengas que recorrer la mayor parte sola.

Se dijo que le daba exactamente igual cómo hubiese sido Adam Clayton antes de lo que fuera que le pasara, porque, sin duda, a ella lo que le gustaba era la compañía de ese Adam de ojos tristes que parecía esconder un anochecer en su mirada. Un Adam que la observaba como a una chica cualquiera tomando té y sonriéndose entre silencios.

—¿Qué hacías antes de...?

Él contestó rápido por una vez, aunque April supo que lo hizo por miedo a que ella pusiera voz y nombre a ese dolor.

—Estudiaba en el conservatorio. Daba clases de música a niños. Tocaba en un grupo.

—Música —susurró April, con una sonrisa inmensa. La confesión no la sorprendió.

—Sí, música.

—¿Ya no tocas?

—No. Ahora todo es ruido. —Ambos tragaron saliva—. ¿Y tú? ¿Qué espera del futuro April Harper?

—No mucho.

—No deberías ser tan pesimista delante de alguien como yo, ¿no crees? No hace que continuar parezca muy esperanzador.

April se rio ante el humor que destilaban las palabras de Adam. A cada instante se iba soltando más, como si se desprendiera de algo, y a April le impactaba lo que iba encontrando tras esas capas.

—No es eso, me refiero a que no me gusta pensar en el mañana. No creo que sirva de mucho si te olvidas del hoy.

—¿Estudias?

—No. No sirvo para nada que suponga cierta estabilidad.

Adam asintió y después le dijo algo que a ella la descolocó, porque se dio cuenta de que eran las palabras que necesitaba escuchar desde hacía mucho tiempo.

—Lo encontrarás. O te encontrará a ti. Solo es cuestión de esperar.

—¿La música te encontró?

—Sí.

April meditó unos segundos aquella confesión.

Quizá consistía en eso, en esperar a que aquello para lo que cada persona estuviese destinada la encontrara. Supuso que si su madre tuviera aquella información tan valiosa, dejaría de darle la paliza para que se centrara en intentar ser adulta de una vez por todas y en superar esas trabas que le impedían guiarse hacia un objetivo.

El problema radicaba en que la visión de la madurez que su madre tenía no correspondía para nada a la suya.

Se imaginó a Adam tocando en uno de tantos grupos que llenaban las noches de sueños en los pubs locales. Quizá el teclado, o la guitarra, o el saxo. Sí, pensó que prefería no preguntárselo, porque le gustaba imaginárselo tocando el saxo, con los ojos cerrados y la mente limpia de cosas malas.

Quiso preguntarle que a qué esperaba para recuperarla; la música. Quiso hacerlo, sí, pero supo que Adam había perdido el rumbo hasta de sus sueños.

Cruzó los dedos y deseó con todas sus fuerzas que estos, de tanto esperarlo,

no se desgastaran.

Por asociación, su cabeza pasó a incluir en la escena a Otto. Sonrió al verlo coger dos vasos de cristal, ponerlos boca abajo y golpearlos de forma insistente con una cuchara.

—Otto tiene mil músicos dentro. Adora la música. Y bailar. Y cantar en silencio.

—Suenan bien.

—Sí.

Los ojos felinos de April se cubrieron con una pequeña capa acuosa. No eran lágrimas, era su forma de exteriorizar esa conexión que había sentido con Adam. Cualquier otra persona le hubiese preguntado por su hermano, por el significado de esa tontería de cantar en silencio o no la hubiera tomado en serio por parecer una cría en vez de una chica adulta, diciendo esas cosas. Pero él no lo hizo. Adam simplemente asintió ante sus palabras, como si las comprendiera.

Quizá lo hacía.

Quizá él también cantaba en silencio desde que la música se había convertido en ruido.

Adam se asustó. Lo hizo por muchas cosas. Porque se encontraba a gusto, cuando no había vuelto a tener esa sensación con nadie desde que perdió a Ella. Porque estaba sintiendo cosas buenas que no se merecía. Porque no le apetecía marcharse a casa aún. Porque quería alargar la mano, tocar la de April y consolarla, en un impulso que controló a duras penas. Porque se sintió tan comprendido por alguien que el miedo se le arremolinó en el estómago y pensó que no lo soportaría. Porque se dio cuenta de que apenas la había echado de menos teniendo a April a su lado.

—Tengo que... tengo que irme. Es tarde y aún debo coger el ferri.

Se levantó de un salto, provocando que su silla hiciera un ruido seco y molesto al salir disparada hacia atrás. April dio un último trago al té, se limpió los ojos con la manga de la sudadera y se levantó también.

—Sí. Vámonos.

Salieron de allí como si nada hubiera ocurrido. Se despidieron en la puerta, sin plantear siquiera que él pudiera acompañarla de nuevo a casa, a pesar de que April lo deseara y que él también encontrase agradable hacerlo. A pesar de muchas cosas.

Se despidieron como si aquel encuentro no hubiera existido.

—Gracias por el té. Y por los caramelos.

—De nada. Hasta el viernes, April.

—Hasta el viernes, Adam.

Pero el viernes no se vieron.

Lewis comentó que Adam estaba enfermo, pero, cuando el viernes siguiente tampoco apareció, April supo en su interior que había ocurrido algo.

Agua y aceite

El primer amor te puede romper, pero también te puede salvar.

KATIE KHAN

Ella tenía el pelo rubio y los ojos verdes. La tez blanca, sin ninguna imperfección y suave. Las piernas largas. Las curvas justas. Una sonrisa que iluminaba cualquier estancia solo con entrar en ella. Era divertida, lista, un poco caprichosa pero también generosa, y no había nada que se pudiera traducir en números que se le resistiera. Su color favorito era el azul, pero no cualquier azul, sino el turquesa, y su comida los macarrones con salsa de ajo que preparaba su vecina, la señora Clayton, los domingos.

Adam era moreno, de ojos oscuros sin llegar a ser negros, pero que transmitían una profundidad y una oscuridad más intensa que algunos de los que en realidad lo eran. Su piel se bronceaba rápido por el sol y estaba plagada de lunares. Delgado. No demasiado alto. Sonreía poco por iniciativa propia; en ocasiones podía ser divertido, pero en las distancias cortas. Era inteligente y creativo, aunque solo en lo relacionado con las artes. Y un tanto egoísta con lo que consideraba suyo. Su color favorito era el naranja y era adicto a los pepinillos.

De entrada eran opuestos, tanto que los primeros meses se repudiaron como si uno estuviera hecho de agua y el otro de aceite. Sin embargo, todo el mundo sabe que los opuestos se atraen y algunos colores, como el azul y el naranja, se complementan, y con el tiempo eso fue lo que ocurrió.

—Mira, parece una trompeta. ¿Lo ves?

Adam alzó dos dedos por encima de las cabezas de ambos y señaló al cielo. Estaban tumbados en el jardín trasero de su casa, bajo una vieja manta, con las piernas enredadas y mirando al cielo estrellado de una noche cualquiera de marzo.

Hacían eso a menudo. Pasar el tiempo sin hacer nada. Observando el mundo. Observándose entre ellos.

A Adam le gustaban más esos ratos que cualquier otro. Tenía quince años y acababa de descubrir lo fascinante que podía ser otra persona más allá de él mismo. Y lo había hecho con su vecina, aquella niña que había pasado de parecerle insoportablemente irritante a increíblemente interesante. Hasta que parpadease le parecía interesante.

Su madre decía que eran las hormonas de adolescente, que habían tomado el control de su cuerpo.

Él lo achacaba a que Ella era demasiado guapa, demasiado lista, demasiado todo para no sentirse atraído de esa manera, como un satélite por la órbita de un planeta.

Yo hubiera dicho que se trataba del primer amor, pero a nadie le interesa mi opinión.

Lo que está claro es que se trataba de algo grande.

—No.

—¿Cómo no puedes verlo? Allí, a la izquierda.

Él cogió la mano de Ella con la suya y le colocó los dedos de tal modo que la pareidolia quedaba atrapada entre ellos. Su mano estaba fría y tan suave como siempre.

—Solo tú podrías ver instrumentos musicales en las estrellas —refunfuñó la chica, porque siempre era lo mismo; la mente creativa de Adam veía cosas donde nadie más podía.

—¿Qué ves tú?

Ella clavó sus ojos verdes en el cielo despejado y oscuro. Pequeñas luces brillaban con fuerza.

Quiso hablarle a Adam de lo fascinantes que resultaban las matemáticas para darle sentido al caos que los rodeaba, en vez de intentar juntar estrellas para formar animales o, en el caso del chico que estaba tumbado junto a ella y que la miraba con sus ojos cálidos, instrumentos musicales.

—Estrellas. Matemáticas. Problemas que resolver.

—¿Y te asombra que yo vea música?

—Tú siempre ves música.

Ella se rio y él le regaló una sonrisa antes de besarla para no decirle que su risa era la mejor canción de todas las que conocía.

Lágrimas para Adam

No vemos las cosas como son,
vemos las cosas como somos.

ANAÍS NIN

«LEWIS CAMPBELL», rezaba el cartel dorado clavado en la puerta del despacho.

April lo leyó por tercera vez antes de entrar mientras se decía a sí misma en voz baja: «A veces las personas cometemos errores. No pasa nada. Saldrá bien».

Llevaba diez minutos haciendo guardia en el despacho de Lewis con la intención de entrar y conseguir la dirección de los Clayton, y por fin se había atrevido. No es que le gustara el riesgo, y sabía que por aquello podrían prohibirle la entrada al centro para siempre, pero ya había intentado buscarlo en la guía y el resultado fue decepcionante para alguien escaso de paciencia.

¿Para qué iba a llamar o visitar tantos hogares hasta dar con el correcto si podía asaltar información privada y confidencial y en solo un minuto tenerlo en su poder?

Abrió el archivador y lo encontró enseguida. Tuvo que contenerse para no leer alguno de los informes, porque eso sí que supondría una violación de su intimidad, y no se refería a Lewis, sino a Adam. Lo que quisiera que ella supiera se lo tenía que contar él mismo.

Al terminar y cerrar la puerta sin hacer ruido, se dijo a sí misma que debía comentarle a Campbell la poca seguridad que tenía en su despacho, y después se marchó como si nada, aunque le palpitaba el corazón con desenfreno.

La casa de los Clayton era bonita; de color azul cielo, con flores en las ventanas y dos mecedoras blancas en la entrada. April frunció el ceño levemente al darse cuenta de que la inquietaba llamar al timbre sin haber sido invitada. Cruzó los dedos al hacerlo, deseando que la señora Clayton no estuviera en casa, porque habría sido incapaz de inventarse alguna excusa creíble para estar allí que no fuera la verdad, que estaba preocupada por Adam.

Sus plegarias fueron escuchadas cuando vio el rostro del propio Adam al abrirse la puerta; este se quedó congelado en el sitio, pálido y ojeroso como nunca antes lo había visto.

—Hola. ¿Cómo te va todo? Hace semanas que no nos vemos. Pensé que igual te habías roto una pierna, o las dos, o el coxis. Vete a saber. Algo que te impidiera caminar por ti mismo, pero ya veo que no.

April lo miró de arriba abajo. Calcetines de deporte. Pantalones grises de chándal. Una camiseta bastante vieja con un agujero en el hombro y manchas de café. Despeinado, y juraría que con el pelo sucio. Olía a tristeza y a humo de cigarrillos.

Sí, todos aquellos eran indicios de que Adam Clayton había decidido hibernar en su propia casa. O peor, que había vuelto a tirar la toalla.

Sin embargo, había algo que a April le dijo mucho más que todo aquello, y fue la expresión de su rostro. Eso y lo vacíos que estaban sus ojos, como dos canicas opacas.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Por primera vez, su voz sonó cortante. Seca. Más como la de un hombre que como la de un chico asustado.

Adam no quería verla. Estar a su lado y sentirse tan bien había sido el motivo de verse caer de nuevo en esa espiral de autodestrucción y, de repente, April estaba allí, frente a él, cuando llevaba días sin pronunciar una palabra y sin salir de la cama.

—Quería verte. Me parece de una indecencia brutal que no aparezcas por

el centro el día que he conseguido mi mejor receta de todas.

—No tengo hambre. Y no estoy para tonterías, April.

Ella frunció el ceño, molesta, pero cogió aire y habló sin pensar, haciendo un último intento por él, porque sabía que no era Adam el que hablaba, sino sus monstruos.

Lewis siempre decía que las recaídas son el peor enemigo de las personas rotas como Adam, que cuando parece que han mejorado y dado pasos hacia delante, caen, provocando que las grietas sean todavía más visibles que antes, más duras, más permanentes.

April lo sabía bien, lo había visto infinidad de veces en el centro; incluso en su propia casa.

—Seguro que no tienes hambre. Ni sueño. Ni sed. Ni ganas de compañía. Pero ¿sabes qué? Que me estoy haciendo pis. Y yo sí que tengo sed. Y creo que tu madre te educó lo suficientemente bien como para dejarme pasar y ser un buen anfitrión, Adam Clayton.

El chico la miró como se miran esas cosas que no comprendes, pero que te gustaría llegar a entender; como el porqué de los sueños que tenemos dormidos, el concepto de un universo infinito o la muerte. Como si April fuese una incógnita enorme de ojos grandes, dentro de los cuales pudiera encontrar las respuestas a las grandes preguntas de todos los tiempos.

Él quería seguir tumbado en su cama; contando las grietas del techo y no las que le dolían en el interior; pensando en todo lo que pudo ser y no fue; reflexionando sobre todos los motivos que tenía para no desear continuar sin Ella a su lado; interiorizando que no solo era eso, sino que buscaba motivos para lo contrario, para seguir adelante sin Ella, y no encontraba ninguno.

Sin embargo, no lo hizo. Porque April Harper lo miraba con una expresión que era una mezcla inquieta de deseo e ilusión, y, si Adam tenía una debilidad mayor que todas las demás, esa era la de no poder negarle a nadie aquello que nacía de la esperanza.

Él ya no creía en nada, pero suficiente condena era como para negar a otro

que lo hiciera.

—¿Ni siquiera quieres saber de qué son? —Le mostró el plato tapado con film que escondía una nueva receta en forma de lágrima—. Coca-Cola, Adam. ¿Te lo puedes creer? Galletas de Coca-Cola, ¿no es flipante? En realidad iban a ser de pistacho, pero se me cayó el vaso encima de la masa y dije... ¿por qué no? —Se encogió de hombros y los labios de Adam se curvaron en un amago de sonrisa, la primera que le nacía en dos semanas—. Nunca menosprecies el poder de un desastre.

No sé qué fue, si el hecho de que Adam se olvidó por un momento de todo el peso del mundo que cargaba gracias a la espontaneidad de April, si de repente sus tripas rugieron por culpa de un hambre que no había despertado en días y se dijo que aquello tenía que significar algo, si seguía siendo una persona curiosa y por lo tanto viva dentro de un alma convertida en piedra, y dejar pasar la posibilidad de probar galletas de Coca-Cola fuera algo impensable, o que nadie puede soportar durante demasiado tiempo el sentirse tan solo; el caso es que lo hizo. Se apartó de la puerta y la dejó pasar, sintiendo que le vibraban los dedos por primera vez desde hacía tanto, que le cosquilleaban como solo le ocurría antes de crear música con ellos.

—¿Agua o zumo? No hay mucho más.

—Agua, gracias.

Pasaron a la cocina y April preparó una bandeja con una familiaridad que hacía pensar que ya había estado allí antes.

—Y, bueno, ¿qué planes tenías para hoy? Déjame que adivine, ¡dormir! Soy buena, ¿eh?

—Yo... —titubeó él, despeinándose con los dedos.

Era un día de esos en los que hasta respirar costaba.

—Te propongo un plan alternativo. Te duchas. —Él alzó una ceja—. Lo siento, pero creo que se te ha olvidado, y me acompañas a ver a miss Daisy.

—¿Miss Daisy? ¿Como la de la película?

—Siempre dice que ella llegó primero, así que la de la película se llama

como ella. Es una vieja amiga de la familia.

—No... no es buena idea. Agradezco tu visita, April, de verdad, pero hoy... no es una buena idea. —April frunció el ceño y él rectificó, porque no quería salir, pero tampoco le apetecía que ella se fuera, y mucho menos ofenderla—. Salir, digo. No... no me apetece demasiado, April.

Entonces, ella le dedicó una sonrisa grande y plena, y Adam sintió ese cosquilleo de nuevo entre los dedos, como si sus manos estuvieran congeladas y comenzaran a revivir bajo el calor de un sol que no veían.

—¿Me estás invitando a que nos quedemos aquí? Bueno, podemos ver una película o algo, pero te digo desde ya que espero que esta no sea una proposición indecente, porque hasta que no te duches no te quiero a menos de un metro de mí.

Y Adam se dio la vuelta, subió la escalera que le llevaba al piso de arriba y se encerró en el baño con obediencia, asumiendo una verdad innegable que le recordaba más al joven que un día fue que al que era. Y es que, da igual lo deprimido, roto y vacío que estés, oler a rayos al lado de una chica nunca debería ser ni siquiera una opción.

Marie había ido a visitar a su mejor amiga, Jeanette. Llevaba dos semanas asfixiándose en su propia casa y comenzaba a tener miedo de empezar a gritar y no poder parar. Esta le había dicho que el chico solo necesitaba tiempo, que era normal que tuviera recaídas y que tenían que centrarse en aquellos avances que habían logrado en los últimos meses gracias a la terapia y a la medicación bajo el ala protectora de Lewis.

No obstante, Marie pensaba a menudo que era demasiado sencillo decir cosas como aquellas cuando no se tenía ni idea de lo que se sentía realmente al soportarlo. Al tener que ver a tu hijo deambular como un fantasma por los pasillos. Al tener que vivir en un silencio sepulcral que nadie osaba romper por miedo a que él se derrumbara todavía más. A tener que tragarse el propio

dolor para evitar aumentar el suyo. A soñar cada vez que cerraba los ojos con su cuerpo sumergido en una bañera de sangre.

Todos esos pensamientos la hacían sentirse una madre horrible, pero, cuando todo el mundo le decía: «Marie, tu hijo tiene depresión, no es para tanto; ni siquiera es una enfermedad terminal, como la nieta de los Coleman. Solo ha perdido a su novia, ya conocerá a otra», ella estaba tentada de chillarles que era imposible que lo comprendieran, porque aquello era igual de duro de sobrellevar. Que daba igual el motivo, porque su hijo ya no estaba y no sabía si algún día volvería con ella.

«Se le pasará», decían todos.

«Solo es una etapa», comentaban algunos.

«Criarlo tú sola hizo que nunca fuera demasiado fuerte para soportar los hachazos de la vida», opinaban otros.

Marie entonces los odiaba a todos. A todos. Sin excepción.

De vez en cuando necesitaba un respiro y, cuando eso ocurría, visitaba a Jeanette, que tenía un don especial para calmar los ánimos. Eso, junto a las infusiones de plantas de su jardín, había conseguido que Marie Clayton regresara a su casa flotando y con una sonrisa tonta en la cara.

Cuando abrió la puerta, la sorprendió ver la luz del salón encendida. Un ramalazo de esperanza le llenó el pecho ante la posibilidad de que su hijo hubiera comenzado a dejar atrás esa recaída que había estado a punto de volver a situarlos en la casilla de salida.

Se asomó de puntillas, para no hacer ruido y que su presencia no fuera un estorbo para Adam, pero frenó en seco y se tapó la boca con la mano al descubrir que, a su lado, se encontraba alguien más.

Al principio pensó que se trataría de alguno de esos amigos a los que él había cerrado las puertas tantas veces. Pensó en Benjamin, aquel chico que tantos ratos había compartido con él en el pasado y al que parecía que se lo hubiera tragado la tierra. Pensó en muchos otros.

Pero no.

Se trataba de una chica.

De nada menos que de April Harper.

Se había quitado los zapatos y estaba sentada con las piernas cruzadas, mirando concentrada la televisión, desde la que se oía a un grupo de adolescentes que gritaba y huía de un asesino en serie con una motosierra, presos del pánico.

—¡Venga ya! No tiene ningún sentido. Es estúpido que se separen del grupo. Se merecen ser degollados con el hilo de pescar —exclamó ella alterada—. Dilo, Adam. Di que se lo merecen.

—Se lo merecen —repitió él, sin apartar los ojos de la pantalla.

Escuchar la voz de su hijo le provocó a Marie un escalofrío. Fue su tono, su dejadez, fue... la normalidad con la que pronunció las palabras, sin resultar forzadas, sin que pareciese estar obligándose él mismo a hablar para complacer a nadie, como le sucedía habitualmente.

—¿Ves? Son tan estúpidos que se merecen sufrir por ello. Tú y yo nos hubiéramos aliado y hubiésemos convertido la cubertería del comedor en un arma letal. En un..., no sé. No se me ocurre nada, maldita sea.

—En una ballesta —susurró Adam.

April, a su lado, dio un brinco de satisfacción y le pellizcó el brazo con complicidad.

—Dios, eres bueno. ¡Me encanta la idea de la ballesta!

El silencio los envolvió; April asintió con aprobación ante la respuesta de Adam; él la miró de reojo y sonrió; y Marie, una madre que pensaba que había perdido a su hijo de la peor forma que alguien se puede imaginar, haciéndolo incluso en vida, sintió que se le encogía el corazón y se dijo a sí misma que quizá aún había lugar para la esperanza.

Piel de naranja y mantequilla

El mundo es un lugar demasiado grande como para estar tan solo.

Miss Daisy vivía en Tremé, uno de los barrios considerados peligrosos en Nueva Orleans. Una zona muy dañada por el huracán Katrina, marcada por las diferencias raciales y más aún por la desigualdad económica y social, pero que había conseguido resurgir poco a poco de aquel desastre que se había llevado tanto.

A April le gustaba ese barrio. Quizá fuera por su decadencia alegre, como cuando veía a los niños jugando y riendo descalzos y con las rodillas peladas; por cómo brotaba la creatividad a expensas de la supervivencia, en forma de inventos de sus vecinos para optimizar recursos, o quizá fuese porque allí no se sentía diferente, sino una igual que solo buscaba su sitio en el mundo.

La semana había pasado rápidamente y se había sentido viva gracias a la emoción de la novedad. Y la novedad había llegado con la compañía de Adam, que no se había quejado en ningún momento de sus constantes visitas. April sabía que esa tampoco era una señal muy fiable, porque Adam en apariencia no sentía nada, aunque ella intuía que lo sentía todo de un modo devastador y que por eso lo ocultaba, para no quebrarse y desaparecer.

El caso es que había hecho caso de ese instinto y se habían visto cada tarde en su casa. Al día siguiente, April había vuelto a llamar al timbre con una película de su propia colección bajo el brazo. Marie le había abierto la puerta en aquella ocasión y le había dado un pequeño abrazo antes de dejarla pasar y decirle que estaba en su casa.

Se habían sentado frente a la televisión cada día y comido buñuelos de

crema que Marie les había ofrecido con el café.

April le había hablado de su madre y de su hermano, del insectario de Audubon, que a Otto le fascinaba y que habían visitado juntos hacía poco, y de la tristeza de los ojos de su madre, que le calaba a ratos los huesos, se le agarraba y le producía dolor.

Adam la había escuchado. También le había contado que era alérgico a las abejas y que su madre no entendía que la tristeza pudiese alojarse dentro de uno y echar raíces para no marcharse.

Se comprendían. Y eso basta cuando sientes que nadie más lo hace.

El viernes, April había esperado en la puerta la llegada del ferri en el que iba Adam y ambos habían ido juntos hasta la terapia grupal del señor Campbell. Después, ella le había propuesto visitar a miss Daisy al día siguiente y Adam había aceptado, porque no solo no tenía otra excusa que no fuera encerrarse en su cuarto y lamentarse, sino que además sentía curiosidad por saber quién era aquella mujer de la que April tanto hablaba.

—La pequeña Harper, pasad. —Abrazó a la chica y después clavó sus negros ojos en los del joven—. Hola, Adam.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Cariño, yo sé todo lo que conviene saber.

La mujer que les había abierto la puerta era bajita pero robusta. De piel negra y pelo crespo. Llevaba un ancho vestido de flores que parecía una túnica y olía a piel de naranja y a mantequilla. Una mezcla extraña, pero que a Adam le resultó reconfortante, como las cosas que te recuerdan a tu hogar.

La sala de estar estaba llena de trastos, recargada con cientos de figuritas de cerámica y no tenía televisor. Tampoco fotos, aunque sí algunos retratos pintados a mano.

Les ofreció una infusión de achicoria y los instó a que se sentaran en un sofá estampado en tonos marrones que parecía tener cien años.

Adam pensó que era posible que los tuviese. April, simplemente, lo sabía.

Hablaron del tiempo, de los planes para la Navidad que se aproximaba, de

la madre de April y de la última visita de ella al insectario de Audubon. Hasta que miss Daisy cortó la conversación repentinamente y se dirigió a la chica en un tono dulce, pero que no admitía réplica.

—April, ¿puedes salir un momento?

Ella obedeció, pero antes de hacerlo los ojos de Adam le gritaron cosas; le dijeron que no lo dejase solo, como un crío asustado que tiene que enfrentarse a uno de sus mayores miedos.

—Sí. Tranquilo, Adam. No muerde —dijo April mientras su risa se perdía en la cocina.

Adam lo dudó. Y es que aquello era cómodamente extraño; como cuando los protagonistas de esas películas que April le obligaba a ver se confiaban y acababan siendo descuartizados. Era una familiaridad sin sentido, un sentir que Adam no comprendía, y las cosas que no comprendemos nos suelen dar miedo.

Miss Daisy lo miró y después le cogió la mano y la tocó, colocándola boca arriba para acariciarle la palma, como si en ella pudiese observar toda su vida. Adam se sintió levemente intimidado, como si fuera verdad que en su piel viese reflejados todos sus secretos.

—No quieres estar aquí.

La voz de aquella mujer que parecía leer los pensamientos y saber demasiado rompió la tensión.

—¿Y le sorprende? Ni siquiera sé a qué hemos venido.

—Pero tampoco quieres estar en ningún otro sitio. —Adam apartó la mirada; ella captó enseguida su pesar, su carga, su mayor secreto; el motor que desde que todo ocurrió guiaba su vida; sus ganas de morir, que seguían atadas a cada paso que daba—. No quieres estar.

Entonces ambos se miraron. El chico lo hizo con los ojos mucho más abiertos que nunca, porque daba igual que no conociese a esa mujer con aires de bruja, puesto que el hecho de sentirse comprendido a un nivel que nadie más lo hacía ya conseguía que estuvieran conectados de algún modo.

Compartían algo, sin más.

Y era cierto, Adam seguía allí, pero no lo deseaba. No quería estar en ningún sitio más que al lado de Ella, y eso nunca volvería a ser posible.

—No, pero lo hago, lo estoy intentando.

—¿Sabes que en algunos idiomas los verbos «ser» y «estar» tienen un significado diferente? Tú aún estás, pero ya no eres. ¿Cómo se llamaba?

Ella apareció en su mente con absoluta claridad. Sonriéndole. Retirándose el pelo de la cara con coquetería. Alargando la mano y colándola por debajo de su camiseta, acariciándolo.

Adam quiso hacerse una bola y desaparecer.

Seguía siendo incapaz de pronunciar su nombre.

—Eso no importa.

—Es cierto. Sientes que te llevó consigo, pero no es verdad. Sigues aquí. En algún lugar. Y acabarás encontrándote, Adam. Solo es cuestión de esperar.

Esperar.

«¿Esperar a qué?», se preguntaba él en silencio. Porque esperar podía resultar fácil o imposible, dependiendo del día.

En eso se había convertido su vida, en una espera que rara vez soportaba. Y nadie lo entendía. ¿Cómo hacerlo sin estar en su piel?

—¿Y si no lo consigo? Es como si no me quedara nada por dentro. Como si me hubiera exprimido hasta la última gota y solo fuese un vaso vacío.

Eso era Adam. Un vaso vacío en mitad del desierto. Una nada inmensa.

—Y, entonces ¿qué haces aquí? April no te ha obligado, tú has querido acompañarla, por la razón que sea.

—Porque ella sí que cree en usted. ¿Quién soy yo para quitarle eso?

—April cree muchas cosas, pero no todas son ciertas. Por ejemplo, cree que tiene un don.

—¿Cuál? —preguntó con escepticismo, porque Adam no era una persona que creyera en las cosas que no se podían ver; de hacerlo, quizá su vida tras el accidente hubiese sido más sencilla.

—Cree tener el don de romper el corazón de la gente.

—Qué tontería. April no sería capaz de hacerle daño ni a una mosca.

La mujer sonrió.

—Puede ser, pero creer en él es lo que le da realidad a sus ojos. ¿Cuál es tu don, Adam?

Meditó la pregunta. Le parecía una bobada, pero también una falta de respeto no decírselo.

Pensó en ello. ¿Qué había tenido él a lo largo de su vida que lo hiciese especial? ¿Diferente ante los otros?

Y, de nuevo, vio sus ojos verdes.

—Ella era mi don.

—No —negó miss Daisy con convicción—. Todos tenemos uno propio. Ella solo fue un modo de explotarlo, quizá, de hacerlo visible. Puede que fuese el conducto de tu don.

¿Y qué había tenido Adam antes de que todo se torciera?

Entonces lo recordó.

A veces le ocurría eso, veía su vida como si fuera la de otro, como si su pasado se hubiese convertido en un espejismo de algo que tuvo un día, pero que había perdido hacía décadas; como si hubiera sido un mal sueño y su estado actual una constante.

Le solía costar recordar quién había sido él antes de perderla, como si intentarlo ni siquiera mereciese la pena.

Pero lo hizo.

En aquel salón lleno de jarrones de porcelana china y recuerdos de tiempos mejores, Adam se acordó de la sensación de crear con sus manos. De ponerle voz a las emociones enterradas. A los sueños.

—La música. Pero lo he perdido.

Miss Daisy asintió en silencio y después palmeó su mano, grande y cálida, sobre la del chico, fría y un poco áspera.

—Volverá. Siempre vuelven. Y ahora mi consejo.

—¿No me ha dado ya suficientes?

Ella sonrió. Él sintió miedo, porque los consejos siempre hacen que abramos los ojos, lo queramos o no. Una vez dichos, es imposible hacer como que no existieron.

—No, esos ya los sabías, solo te los he recordado.

—Claro —susurró, con una risita de incredulidad.

—Adam, aférrate a tu pasado si quieres, es tuyo y siempre formará parte de ti, pero recuerda que el mundo es un lugar demasiado grande como para estar tan solo.

Adam no dijo nada.

Después, April volvió y comieron patatas asadas y bebieron té.

Ella parloteó con miss Daisy sobre personas que Adam no conocía, mientras, él las observaba y comía en silencio.

Con la excusa de recoger los platos, ambas se quedaron solas en la cocina y las preguntas no tardaron en llegar.

—¿Por qué lo has traído?

—Quería que te conociera. Necesita ayuda.

—Está roto. Ambos lo estáis.

—Lo sé.

April quiso decirle que no eran un juguete ni una de sus figuras de cerámica, pero en el fondo sabía que miss Daisy tenía razón. Siempre la tenía. Y las piezas rotas sonaban en su interior cada día al despertar y el segundo antes de quedarse dormida.

Frunció el ceño y pensó en mariposas de color lima que la calmaron al instante.

—Pero eso no es malo, April. ¿Sabes qué hacemos por aquí cuando perdemos un calcetín?

—¿Tirarlo?

—No. Guardar el otro y juntarlo con uno también desemparejado. Podríamos tirarlo, pero solo necesita encontrar otro como él para volver a ser

lo que un día fue.

April sonrió.

Adam y ella no serían juguetes ni figuras a las que les faltaban trozos, pero sí podían ser calcetines.

Se despidieron de la mujer con la promesa de verse pronto y echaron a andar en silencio hasta llegar al paseo que bordeaba el Misisipi para que Adam cogiera el ferri que lo llevaría de nuevo a su casa, al otro lado del río.

A April le encantaba la sensación del agua en la piel sin tocarla, solo mecida por la brisa.

—¿Qué te ha parecido miss Daisy?

—Interesante. Peculiar.

—¿Rara?

—No. Más bien especial.

La chica sonrió.

—Me gusta tu forma de ver a la gente, Adam.

—Sabes que la magia no existe, ¿verdad? No me hagas explicarte eso.

April no sabía si existía o no, pero lo que sí que conocía era la magia que habitaba en las pequeñas cosas. En la capacidad del agua del río para tocarle a través del aire. En la música que Otto creaba con los cubos de basura. En las personas que hacían del mundo un lugar único.

—¿Lo que te ha dicho te ha ayudado?

—Supongo que al menos me ha servido para pensar más allá, cosa que la terapia aún no ha logrado. Eso tengo que reconocérselo.

April asintió y después sonrió.

—Pues eso es lo que importa. ¿Qué más da si es una pirada o una bruja?

—No sé cuál de esas dos opciones me desagrada menos. —La risa de la chica puso música al momento.

—¿Sabes, Adam? A veces no hay que analizar tanto las cosas. No todo es visible a nuestros ojos. Hay cosas por debajo que no se ven, pero laten. Dos

tercios del planeta son agua con sus profundidades y creemos que el mundo es solo el tercio restante. Llamamos «mundo» a la Tierra cuando existen otros planetas capaces de albergar sus propios mundos. Pues con miss Daisy funciona un poco así. Ella regala consejos sobre eso que ve en ti que nadie más es capaz de ver. Puede que esté loca o puede que no, pero seguir su consejo solo depende de ti. Está en tus manos. Como la vida.

Adam reflexionó sobre eso mientras estudiaba el perfil de la chica y por primera vez veía algo en sus ojos que nunca antes había visto. ¿De qué se trataba? De algo vivo. De secretos. Quizá de esa magia en la que April creía y que para él no era más que la manera de justificar las cosas que no comprendemos. Quién sabe. Lo que sí supo con seguridad es que le gustaría volver a verlo, ese halo mágico que había visto brillar en los ojos de April.

—¿A ti qué te ha dicho? —le preguntó curioso.

Ella se volvió y sonrió. Su sonrisa era sincera y llena de cosas que Adam hacía tiempo que no experimentaba; ilusión, deseo, esperanza.

—Que no tire los calcetines sin pareja.

—¿Y qué diablos significa eso?

—Más de lo que parece. —Y antes de que él le confesara las palabras que miss Daisy le había regalado, April habló—. Y deberías guardarte tu consejo; es tuyo, no mío.

Tréboles glaseados

Y ya que estamos dejando de creer en la suerte podríamos empezar a creer en las personas y recordar, alguna vez, que si se juntan dos tréboles, acaban siendo uno de cuatro hojas.

IRENE X

Rosie llevaba quince años trabajando de enfermera en el ala de psiquiatría de un hospital y estaba acostumbrada a ver casi de todo. Es lo que tienen los hospitales, que muestran las vulnerabilidades del ser humano de cien modos diferentes. Pero había algo a lo que aún le costaba acostumbrarse, y era ver enfermar a chicos jóvenes como Adam Clayton, con los ojos negros como el carbón por la tristeza insondable que llevaba a una persona hasta querer quitarse la vida.

—Adam, ¿has vuelto a sentir deseos de hacerlo? —preguntó el doctor Fray, su psiquiatra.

—Sigo pensando que sería lo más fácil, pero ahora ya no me obsesiona.

Se remangó la camiseta y se rascó las cicatrices que poblaban sus muñecas. Siempre le pasaba eso. Cuando recordaba lo que había intentado hacer le picaban con fuerza, con saña, como diciéndole: «¡Eh, Adam, seguimos aquí, nunca podrás olvidarte de tus errores, ni del dolor, ni de todo lo malo que llevas por dentro!».

—Eso es bueno.

—Supongo que sí. Cada vez me cuesta menos hacer cosas sencillas. Como ayudar a mi madre con las tareas de casa y charlar con ella, o salir por ahí sin

la intención de pensar, sino a dar un paseo o a tomar algo.

—¿Aún recuerdas en ocasiones aquel día?

Tragó saliva y se rascó las cicatrices de nuevo, porque quemaron como si albergaran fuego.

—Sí. Cada vez que me meto en la bañera, siento las cuchillas en los brazos.

Era cierto.

La primera vez que entró en el baño tras el alta del hospital, sintió un dolor lacerante en las muñecas, como si le estuvieran clavando un trozo de cristal y dibujando en la piel; como si las cicatrices se le abrieran solas y, al hacerlo, de ellas brotara el dolor, los recuerdos, la imagen de Ella muerta sobre el asfalto. Después se agachó sobre la taza del váter y vomitó lo poco que había conseguido comer en todo el día.

Había vuelto a ocurrir durante todo el primer mes. Y durante el segundo, aunque en este ya había sido capaz de ducharse con los ojos abiertos.

—Es habitual. Es una asociación que tu cerebro ha hecho. Quizá deberías intentar sustituirlo por un nuevo recuerdo.

Adam sonrió con picardía y por un momento volvió a ser el joven que había sido un día no hacía tanto tiempo.

—¿Qué me está proponiendo que haga en la ducha, doctor? —El hombre sonrió y apuntó algo en su cuaderno.

—Hay gente que se mete en la bañera vacía con algún ser querido y charla. O leen su libro favorito. O aman a su pareja. Busca algo que te llene ahora mismo y haz que le gane la batalla a ese otro recuerdo.

—¿Y si sigo sin encontrar nada que me llene?

—Siempre hay algo, Adam. Búscalo. —No lo tenía tan claro—. ¿Qué tal duermes? ¿Sigues notando el efecto de las pastillas?

—Duermo poco, pero al menos duermo mejor.

—Aquí tienes las recetas, hemos bajado la dosis de benzodiazepinas un poco; si te encuentras raro o ves que empeoras, ven a verme. Ahora Rosie va a

sacarte sangre, ¿de acuerdo?

—No me drogo.

—Ya sabes que son controles rutinarios, Adam. —Él se encogió de hombros.

Le tendió un papel garabateado y él se lo guardó en el bolsillo. Rosie a su lado sonrió de manera maternal y le dio un apretón en el brazo. Adam se levantó y la siguió hasta la sala de extracciones.

Allí sentado, observó cómo la aguja sacaba sangre de su cuerpo mientras las franjas de piel abultadas latían bajo la mirada de ambos.

—Te has cortado el pelo.

Rosie le dedicó una sonrisa espléndida. Siempre había sido su enfermera favorita. En realidad era la única persona de ese hospital que le despertaba algún tipo de emoción; quizá porque le recordaba un poco a su madre; o quizá por todo lo contrario.

—Eres un encanto por darte cuenta, Adam. ¿Cómo va todo? No voy a decirte que por aquí te echamos de menos, porque ojalá no volviéramos a verte, pero me alegro de poder comprobar con mis propios ojos que es cierto que estás mejor.

—Yo también. ¿Qué tal tu marido?

—Lo ascendieron.

—Eso es fantástico.

—¿Y tú? ¿Alguna novedad?

—El otro día fui al cine —soltó sin más, y después se dio cuenta de cómo eso sorprendía a Rosie, porque hablar de algo sobre él, y ajeno a su ingreso, resultaba una novedad para los dos.

—¡Oh! Eso está fenomenal. ¿Con tu madre?

—Con April.

—No te había oído hablar de ella.

—Es una amiga, es voluntaria en el centro de terapias. Le gusta mucho el cine de terror y me llevó a ver una de esas sagas de asesinos en serie. Mucha

sangre y vísceras.

—¿Te gustó?

—Para nada, yo soy más de dramas, ya sabes...

Señaló sus cicatrices con la mirada y Rosie le respondió dándole un manotazo en la nuca por el doble sentido que tenían esas palabras, pero la conmovió ver con sus propios ojos que Adam incluso era capaz de bromear con lo que le había ocurrido, lo que suponía un paso enorme en su recuperación.

—¿Lo pasasteis bien?

—Sí. Fue buena idea ir.

—Claro que sí. ¿Volveréis a salir?

—Sí. Supongo que sí.

Se quedaron en silencio mientras ella etiquetaba los botes rojizos y escribía en su informe.

Adam pensaba en lo fácil que le había resultado decir que sí. Demasiado fácil. Tan fácil como sentirse culpable en el acto por lo que implicaba. Porque Ella no estuviera y él sí. Por querer sonreír al pensar en April. Por lo triste que era todo. Por el picor en las muñecas.

—¿Te gusta? —Alzó la mirada, confundido—. Esa chica.

Se rascó las cicatrices con tanta fuerza que la piel enrojeció y se le levantó.

—Rosie, no... no se trata de eso.

—No hay que poner nombre a las cosas, Adam. ¿Te gusta su compañía? No es nada malo.

Necesitaba salir de allí. Le faltaba aire y le sobraban sentimientos que dolían. Le sobraba vida de nuevo. Esa sensación de culpabilidad, de desprecio por sí mismo.

—Rosie, yo... No puedo.

La enfermera lo agarró por los hombros y consiguió que Adam enfocara la mirada en su rostro. Ella respiraba con calma, obligándolo a él a hacerlo a su

mismo ritmo, relajándolo, alejando a Adam de los pensamientos oscuros. De la espiral de autodestrucción. Del vacío.

Comenzó a sentir que respiraba con normalidad, que todo se iba y que allí solo quedaban él, una enfermera y el recuerdo de lo que había perdido.

—Lo sé, cariño. Lo sé, y no es nada malo. Algún día, te lo prometo.

April estaba sentada en el jardín trasero de su casa cuando Adam llegó.

Miraba los tréboles intentando encontrar uno de cuatro hojas.

A Otto le gustaba hacerlo, aunque con escasos resultados. Una vez, April había intentado engañarlo juntando dos rotos hasta que sumaran cuatro lados, pero Otto no era fácil de embaucar y no había conseguido más que un manotazo por su parte y que las hojitas volaran hasta quedar solas y muertas sobre el césped mal cortado.

Hacía frío y la hierba estaba mojada, pero April prefería pensar que las pequeñas gotas que cubrían los tréboles eran granitos de azúcar, como si estuvieran cubiertos del glaseado de una de sus galletas.

Suspiró para sí y sacudió la cabeza por tener esa clase de pensamientos más propios de una niña que de una chica de veinte años, pero estaba tan acostumbrada a ver así el mundo que a veces sentía que le costaba distinguir la realidad de sus invenciones tontas.

—¿Qué estás haciendo?

—Busco la buena suerte.

Adam se sentó a su lado y April sonrió al descubrir que se quedaba mirando al suelo, buscando con ella, aunque dudaba mucho de que Adam Clayton creyera en el poder de la suerte. Pensó que, de encontrar un trébol mágico, debería regalárselo a él; quizá así comenzaría a creer en algo.

Tras un rato de búsqueda decepcionante, April comenzó a palpar la inquietud de Adam y supo en el acto que aquella visita espontánea tenía un fin justificado.

—¿Qué has hecho hoy?

—Tenía consulta con el doctor Fray. Es mi psiquiatra.

—¿Cómo ha ido?

—Bien. Creo. Es un buen tipo.

—Siento decirte que no parece que haya ido muy bien.

—Ya... —susurró, colocándose ambas manos en la nuca.

—¿Qué te apetece hacer? —le preguntó April, con la intención de echarle una mano o de desviar el tema a uno que no produjera en Adam aquella inquietud tan insana.

Y, por primera vez, él fue directo, conciso, sin mostrar ni un leve temblor en la voz.

—Había pensado que quizá te gustaría ayudarme.

April entonces alzó la mirada y se dio de bruces con la de Adam.

Él tenía los ojos oscuros, de un tono marrón que en ocasiones daba la sensación de que casi rozaba el negro, ella ya lo sabía, pero nunca hasta ese momento había podido estudiarlos de ese modo, tan seguros, tan sinceros, tan clavados en sus pupilas, como si por fin él estuviera más dentro de este mundo y no fuera, ajeno y solo.

Como si estuviera despertando agarrándose a los ojos de ella.

Y April no pudo más que asentir, diciéndose a sí misma que quizá la suerte no consistía en encontrar un trébol de cuatro hojas, sino en encontrar a una persona capaz de prestarte sus lados rotos para que tú completes los tuyos.

Pompas de mandarina

Hay un pájaro azul en mi corazón que quiere salir pero soy duro con él, le digo quédate ahí dentro, no voy a permitir que nadie te vea.

CHARLES BUKOWSKI

Adam Clayton nunca hubiera imaginado ser una persona capaz de intentar quitarse la vida. Había leído en la prensa casos que le habían hecho sentir lástima por esas víctimas, aunque también incompreensión y un ligero desprecio por rechazar con tanta soltura el regalo que supone vivir. También en la televisión había insultado a aquel chico de su instituto que había querido volar como un superhéroe sin capa desde un octavo piso de oficinas, porque creía no tener nada importante que le hiciese querer anclar los pies al suelo.

Yo creo que rara vez alguien tiene esos pensamientos, pero, de repente y sin venir a cuento, llegan y debes afrontarlos. Huir, pelear o resignarte y aceptarlos.

Las posibilidades siempre son inmensas y dolorosamente incompatibles.

Él, al menos, no los había tenido tan claros hasta aquella tarde de mayo en la que el calor del sol primaveral quemaba la piel y seguir respirando no tenía ningún sentido. Porque le dolía. Con cada bocanada. Con cada partícula de polvo que se le colaba por la nariz.

Había pasado la mañana tranquilo; tan calmado que después se había odiado por ello. Eso le pasaba continuamente, cada vez que Ella desaparecía de su cabeza dándole una tregua, se odiaba por sentir alivio, así que decidió castigarse sacando la caja. Esa caja de zapatos forrada con hojas viejas de

periódico que albergaba todo su pasado condensado en instantes congelados para siempre, inservibles, dolorosos.

Los regalos. Los detalles. Los recuerdos.

Aquellas viejas Polaroids que retrataban sus piernas enredadas en el suelo de la cocina, sus sonrisas acompañadas y una noche mirando estrellas junto a una tienda de campaña. Aquella entrada de cine, de un festival de música y de una adaptación moderna del *Hamlet*, de Shakespeare, que los hizo reír a carcajadas.

Una galaxia con su nombre que había dejado de brillar hasta apagarlo todo. Todo.

Lo vio todo, lo rememoró, lo sufrió y sangró, pero, aquella vez no cicatrizó. Y se ahogó.

Se ahogó hasta necesitar escapar de una vez por todas.

Hasta encontrarse al cerrar la caja de esos recuerdos con una noticia en la hoja desgastada del periódico que cubría la tapa y pensar que era una señal. Una noticia sobre héroes cobardes sin capa que le hizo recordar que algunos habían decidido volar en vez de seguir caminando, y de repente sentir que era una solución tan buena como cualquier otra.

Hasta comprender lo que había resultado incomprendible hasta ese momento.

Que quizá estaba en su mano poner el punto final a una historia en la que, sin Ella, no tenía sentido continuar forjando capítulos.

Y lo hizo.

Solo necesitó abrir el armario del lavabo y allí mismo la vio, brillando, gritándole que con el dolor que le produciría en la piel se acabaría el otro, el de dentro.

—Adam, ¿qué hacemos aquí?

April miró los azulejos rosados. Los botes de cosméticos que llenaban las baldas. La cortina de la ducha, con peces de colores. Las toallas esponjosas en

color blanco. Un cuarto de baño como otros miles que podían existir en otras casas. No muy grande y que olía a desinfectante de limón.

—No lo sé.

Pero sí lo sabía.

Por eso había ido a buscarla.

Cerró los ojos, sintiendo de nuevo el sudor que le perlaba la piel aquel día de hacía ya siete meses. Rememorando cada segundo. Cada paso que lo llevó hasta el armario que se escondía tras el espejo. Hasta las cuchillas de afeitarse. Cada movimiento mientras se quitaba los zapatos y la camiseta, dejándola caer al suelo. El sonido de cada gota cuando abrió el grifo de agua fría despacio, hasta que esta se convirtió en una cascada que se perdía por el desagüe y desaparecía, porque se le olvidó poner el tapón.

Tragó saliva, sintiendo nuevamente, y con la misma intensidad de aquella vez, cómo su piel se erizó ante el contacto del agua al sentarse bajo el chorro, con los pantalones aún puestos, empapándose hasta pegarse a él como una segunda capa; cómo la carne se abría con dolor cuando la cuchilla se internó en ella con demasiada facilidad; cómo ese dolor lacerante sustituía al otro; al grande; al que lo era todo, disipándolo por un instante; haciéndolo desaparecer y consiguiendo que Adam se sintiera libre y feliz por un momento.

Sonrió mientras la sangre le brotaba de las muñecas tiñéndolo todo. Un color rojo precioso y espeso; una placidez desconocida; un vacío... pero uno que no suponía tristeza, sino todo lo opuesto.

Un vacío que era libertad y sosiego.

April le posó una mano sobre el brazo y Adam despertó al sentir ese contacto desconocido.

Seguían allí los dos, frente a esa bañera en la que Adam un día había sido cobarde pero feliz. La misma en la que su madre lo había encontrado casi muerto. La misma que desde entonces era incapaz de mirar sin sentir ganas de vomitar.

Como en aquel instante, en el que, sin saber muy bien por qué, había

llevado hasta allí a una chica que seguía a su lado, observándolo sin cuestionar nada, mientras Adam percibía todas aquellas sensaciones que siempre que ponía un pie allí dentro regresaban hasta odiarse a sí mismo de un modo demasiado doloroso.

Y era mentira; sí sabía por qué estaban en ese lugar. Porque había comenzado a respirar de nuevo cada día un poquito más, a abrir los ojos y a interiorizar que una vez había sido un cobarde feliz, pero que intentar ser un valiente infeliz quizá tampoco estaría del todo mal.

Al menos habría intentado hacer todas esas cosas que Ella ya no podía, trayéndolo de vuelta a la única realidad que existía.

Se lo debía.

La mano de April se agarró con más fuerza a la camiseta de él.

—Yo tampoco lo sé, Adam, pero quizá puedas ayudarme a entenderlo.

El chico asintió y se quitó los zapatos. Sin más. No pensó.

Quizá llevaba demasiado tiempo haciéndolo, pensando, cuando en ocasiones es mejor actuar.

April miró cómo se desnudaba Adam. No del todo ni de un modo que indicara algo más carnal, no; solo vio cómo dejaba los pies descalzos y se despojaba de la camiseta, dejando al descubierto por primera vez la partitura tatuada de una canción inacabada que le cubría parte del pecho y del costado, y también las cicatrices blancas y ligeramente abultadas, unas marcas que contaban un capítulo de la vida de Adam que ojalá ella se hubiera podido saltar; o borrar. Compartiendo aquello con ella, lo que significaba tanto, April no necesitó ninguna explicación para hacer lo mismo, dejando a un lado sus zapatillas, imitándolo y esperando el siguiente paso.

Adam temblaba.

Sus manos. Sus piernas. Su corazón.

—Ayúdame, April —susurró.

—¿A qué?

—A olvidarlo.

Ella asintió y corrió la cortina de la ducha, haciendo que las anillas hicieran un sonido que pareció estruendoso en medio de aquel silencio.

—¿Fue aquí?

—Sí.

Ambos se quedaron mirando la bañera, como si al hacerlo vieran mucho más.

—¿Qué quieres que hagamos? —le preguntó April, tragando saliva con fuerza y apartando el pensamiento repentino que la azotó: de que sabía que haría cualquier cosa que le pidiese él en ese instante.

—No lo sé. Solo quiero...

Ni siquiera pudo continuar.

Solo quería escapar de aquel recuerdo. Que las ganas de vomitar cesasen. Que su casa siguiera siendo un lugar seguro y que no le hiciese sentir cada vez que pasaba por delante de esa puerta un asco profundo por sí mismo.

Olvidar.

Olvidarse de en quién se había convertido.

Olvidar lo cobarde que había sido.

La decepción y el sabor del fracaso.

Solo eso...

April se metió en la bañera vacía. No era demasiado grande, pero sí lo suficiente para apoyarse en un lateral y dejar espacio para él. Después alzó la mirada y clavó los ojos en los suyos, invitándolo a dar el paso, uno que parecía pequeño, pero que en realidad era inmenso.

Adam la observó como quien advierte algo que no cuadra de repente en una imagen, algo nuevo recién descubierto. Y es que, de algún modo, en eso consistía, en que April rompiera la barrera que aquel lugar suponía para él.

Cogió aire.

Tragó saliva hasta hacerse daño.

Pensó en Ella.

Y April le sonrió.

Se sentó frente a la chica y cerró los ojos unos segundos, asimilando que el mundo seguía girando, pese a que pareciese haberse congelado en aquel lugar hacía meses.

O en una carretera.

Asimilando que tenía que comenzar a dejar salir todo eso que tenía guardado bajo llave. Que debía volver a vivir. Porque respiraba. Debería ser motivo suficiente.

Sus piernas se tocaron. Se enredaron sin nudos. No había agua, ni música, ni nada más que sus respiraciones cada vez más acompasadas según la de Adam comenzaba a ralentizarse.

Aun así, April creyó oír *Superheroes*, de The Script, de fondo, ver pompas de jabón a su alrededor y aspirar un olor a mandarina sutil y dulce rodeándolos a ambos. Como un baño de espuma compartido en una realidad paralela en la que todo era posible y perfecto.

No hablaron. Solo crearon nuevos recuerdos dentro de una bañera que en algún punto se convirtió en un agujero para Adam y que esa tarde pasó a ser un puerto seguro.

Cerezas de jabón

¿Cuánto tiempo es para siempre?

A veces, solo un segundo.

LEWIS CARROLL,

Alicia en el país de las maravillas

Zachary Davis paseaba a menudo por los alrededores del cementerio de San Luis. La mayor parte de los días no se atrevía a entrar, pero no podía evitar salir caminando de casa sin rumbo fijo y acabar allí, frente a sus imponentes muros.

Algunos podían pensar que era por respeto a los muertos o por miedo a todas aquellas leyendas que se contaban sobre los paseos que se daban estos de vez en cuando entre las tumbas, pero nada más lejos de la realidad.

Zachary era incapaz de entrar sin echarse a llorar como un niño. Era poner un pie en ese lugar y sentir las lágrimas por las mejillas sin control. Era acercarse a lo que quedaba de Ella y desear morir en su lugar, porque creía que no había nada más desolador para un padre que no haber podido proteger a su única hija.

Aquel miércoles no fue diferente, al menos al principio. Dudó mucho en la entrada, hasta que cogió aire y comenzó a andar entre los pasillos mientras sentía la humedad salada rozar sus labios. Hasta que llegó a su lápida y se dejó caer de rodillas, desvalido por el peso de la vida. O de la muerte. O de ambas.

Su nombre estaba escrito sobre el mármol blanco. Y las flores que descansaban sobre él aún no estaban secas del todo, detalle que le indicó que

su mujer había pasado por allí hacía pocos días. Tuvo que imaginárselo, porque la dura realidad era que llevaban semanas sin hablarse.

Sustituyó los lirios blancos por unos rojos y le habló durante unos minutos. A su niña. A su amor.

Después se dio a sí mismo un beso en la palma de la mano y la apoyó allí, sobre el trozo frío que la refugiaba, deseando que aquel beso le llegara a Ella como una caricia.

Dio la vuelta, secándose las lágrimas, y entonces fue cuando la oyó. Una voz familiar que hacía mucho tiempo que no oía.

—No puedo.

—Sí puedes.

—Así, no.

—¿Así cómo?

—No contigo.

Era él. Era Adam. El vecino de la música. El chico por el que Ella había dado un giro absoluto a su vida y se había dejado llevar por el amor juvenil, hasta abandonar su techo y crear un hogar junto a él.

Deseaba odiarlo, siempre lo había deseado, pero no podía, porque a su lado Ella había sido feliz como no lo fue con nadie más. Nunca la había visto sonreír tanto como cuando el chico de los Clayton aparecía caminando por el jardín, y eso ya era suficiente para tenerle aprecio, aunque nunca lo había confesado bajo esa fachada de padre recto y poco dado a las muestras de afecto.

Qué tonto se sentía al pensarlo. Qué tarde era para poder cambiarlo.

Cuando todo ocurrió, solo lo vio una vez, en el entierro. Fue una ceremonia sombría y triste, muy diferente de las que habitualmente se podían ver en la ciudad, llenas de música y color. Su madre lo llevaba agarrado del brazo como si fuese un crío de ocho años y no un hombre, y sintió pena por él, pero también una profunda decepción cuando después se enteró por los vecinos de lo que había hecho. De lo que se había intentado hacer.

El chico había vuelto a vivir en la casa de su madre, pero no se habían cruzado ni una vez, porque los Davis se habían mudado tras la pérdida, ya que eran incapaces de seguir bajo el techo de un hogar que, sin Ella, ya no existía.

—Adam, puedes hacerlo. Debes hacerlo. Piensa en la bañera.

La voz correspondía a una chica. Eso lo sorprendió.

Zachary Davis pensó que quizá debería haberle molestado que el único amor de su hija muerta se paseara delante de su tumba con una nueva novia, pero no lo hizo. Sintió una cosa muy distinta. Sintió esperanza, porque si Adam podía conseguir vivir sin Ella a su lado, él y su mujer quizá un día también pudiesen hacerlo. Volver a sonreír. A reír. A disfrutar. A amar. A amarse como un día hicieron. Quizá incluso a perdonarse.

—La bañera.

—Sí, esto es como lo de la bañera.

No entendía nada de lo que decían, como si fuese un lenguaje extraño el que hablaban entre ellos; aun así, Zachary se escondió tras unos arbustos y los observó. Observó las dudas de él, sus miedos, que fue como mirarse por un instante en un espejo y ver los suyos propios, y la determinación y la fuerza de ella, que lo arrastraba un poco sin remedio. Una chica morena, de ojos felinos, que no tenía nada en común con su niña en apariencia, pero que parecía encajar con el chico de los Clayton igual que lo hizo Ella en su día.

¿Cómo era eso posible?

¿Cómo una misma pieza puede cuadrar con dos sustancialmente distintas?

Quizá porque Adam ya no era el mismo. Porque nunca volvería a serlo. Porque la pérdida de Ella había modificado tanto de él que ahora era una pieza nueva.

—April, sé que no debería, pero...

Entonces, ella le agarró la mano y entrelazaron los dedos, mirándose a los ojos, y echaron a andar hacia esa lápida que Adam no había vuelto a visitar.

Se mantuvieron allí quietos como estatuas unos minutos, sin decir nada. Solo sus cabellos bailaban por el frío viento que se había levantado.

April leyó el nombre. Era la primera vez que lo veía, porque Adam era incapaz de pronunciarlo sin querer matarse. Le gustó. Era bonito. Delicado. Especial siendo solo un nombre. Tenía sentido. Y lo sintió. De la mano de ese chico que había aparecido en su vida para formar parte de ella, sintió ese amor que corría por sus venas, esos sentimientos guardados, condenados, porque ya no tenían ningún destino, porque solo quedaba una lápida, un nombre escrito y unos lirios rojos sobre el mármol.

April podría haber llorado, pero no lo hizo. Se lo guardó para sí.

Adam tampoco lo hizo. Se le enquistó por dentro.

Sin embargo, muy cerca de ellos, escondido detrás de unos arbustos, un hombre sí que sollozó al interiorizar de nuevo la realidad más dura a la que se tendría que enfrentar en toda su vida. Lloró hasta desgarrarse al ser consciente otra vez, viendo a Adam Clayton sacar la cabeza de su propio agujero, de que era cierto.

Real. Inamovible. Para siempre.

Que Ella nunca volvería.

Regresaron a casa de Adam sin decir nada.

April paró a comprar unas flores al salir del cementerio bajo la mirada de sorpresa de Adam, a la que respondió concisa, haciéndolo sonreír.

—No solo los muertos merecen flores.

Después se mantuvo callada y un poco ausente, pero Adam estaba tan sumido en su propia batalla personal que no se dio cuenta.

Se habían visto durante toda la semana.

Tanto el viernes en la terapia, como en su casa o en salidas que se alargaban hasta tarde paseando por la ciudad, Adam cada vez se adaptaba más a la sombra del chico que había sido, y April comenzaba a descubrirlo.

También habían repetido lo de la bañera. Pero no como un recurso terapéutico que funcionaba, no, más bien como una rutina que compartían y que

les hacía bien y un poco de gracia. Me atrevería a decir que hasta les gustaba, como un secreto recién descubierto que ambos disfrutaban.

—¿Alguna vez has pensado en la muerte? —le preguntó él una tarde.

—Claro. Tantas veces como en la vida.

—¿Y a qué conclusión has llegado?

—A ninguna. Es la muerte. Puedes buscarla, como hiciste tú, o puede encontrarte. Y si no eres del primer grupo..., ¿qué sentido tiene pensar en algo que no depende de ti?

—¿Te da miedo?

April lo meditó y se dio cuenta de que no era precisamente miedo lo que le provocaba pensar en ese tema. Al menos no miedo a morir, quizá sí a lo que dejaba por el camino.

—No mucho. Solo pienso en que ojalá cuando venga a por mí lo haga mientras esté haciendo algo que realmente me guste. Como cocinando galletas o riéndome de un buen chiste.

—Eso estaría bien. —Adam sonrió.

Después se mantuvieron un rato en silencio, reflexionando sobre algo tan abstracto como la muerte.

Cuando Adam estaba a punto de quedarse dormido dentro de aquella bañera convertida en refugio, ella lo devolvió a la realidad.

—¿Sabes qué, Adam?

—Dime, April.

—Lo he pensado mejor. Ojalá la muerte me pille bailando mi canción favorita.

Se rio, pensando que April sabía ver el lado bonito e intenso de las cosas, incluso del hecho de morir.

—Ojalá sea así, April. Sin duda, es una gran frase para tu epitafio.

—Eres bastante idiota cuando te esfuerzas un poco.

Ella abrió el grifo en un movimiento rápido, mojándolo como castigo y haciendo que las ropas se le pegaran al cuerpo. Adam le agradeció en silencio

que hasta esa sensación de la tela pegada a la piel ya no le recordara a su intento de huida, sino que lo asociase con ella, con April riendo a carcajadas en una bañera.

—Ojalá cuando venga a por mí esté en esta bañera. Pero esta vez contigo, hablando de la muerte y de lo grande que sigue siendo el universo, pero sin sentirme tan solo como antes.

—Y ojalá a mí me lleve contigo.

Sonrieron.

—Bailando.

—Sí, bailando.

Habían mantenido largas conversaciones como esa dentro de ese trozo de cerámica convertido en refugio, vestidos y sin agua que los rodeara, como si fuese un búnker propio en el que solo entraban ellos.

Las duchas posteriores para Adam habían pasado a ser un placer que hacía mucho tiempo que no se permitía, porque ya no había en ellas dolor ni recuerdos bañados en decepción y sangre, sino risas, palabras compartidas, la voz dulce de April hablando de su hermano, de mariposas de color lima y de recetas de repostería.

La idea se había cocinado una noche en la que, después de cenar una pizza y ver una película, ambos habían decidido encerrarse en el baño bajo los ojos suspicaces de Marie, que no entendía nada de lo que suponía aquella relación, pero que solo podía traducirla en las primeras sonrisas y risas que llenaban esa casa desde hacía demasiado tiempo, así que ese fin justificaba cualquier loca decisión. Incluso el haber visto a su hijo robar una botella de vino de la nevera.

—Sabes que esto no es muy normal, ¿verdad? —le preguntó Adam.

—¿El qué?

—Que estemos aquí. Hablando en mi bañera. Es posible que mi madre pida a Lewis que me encierren para siempre.

April se rio. Era cierto, no era muy normal pasar el tiempo encerrados en

un baño, pero a ella le fascinaban las cosas que se salían del camino y que se convertían en extraordinarias por ello; que brillaban de forma especial.

—¿Qué más da esto que un sofá, una cama u otro sitio? Solo es una bañera. Solo una bañera. Solo una lápida.

Adam asintió y torció la boca en una sonrisa. Cada vez le costaba menos.

—Cierto, solo es una bañera. —Después susurró, clavando sus ojos en los de ella con sincera gratitud, porque April ni siquiera podía imaginarse el valor incalculable que tenía lo que había hecho por él colándose a su lado ahí dentro; colándose en su vida—. Gracias por ayudarme a comprenderlo.

—De nada. Las cosas solo son cosas. Igual que los lugares. Solo depende del valor y del peso que queramos darles.

—Gracias por hacer que desapareciera —insistió él; ella se sonrojó—. Ahora cada vez que entro aquí, sonrío. —April lo hizo por los dos; después él cambió de tema—. Háblame de tu don.

Ella se tensó y frunció el ceño. Él volvió a sonreír, porque la incomodidad de April le resultaba graciosa.

—¿De qué estás hablando?

—Venga, April.

Posó la mano sobre su pie y ella se desinfló ante el leve contacto.

—Voy a matar a esa bruja de miss Daisy por contártelo, te lo digo de verdad.

—Cuéntamelo.

—Está bien —suspiró—. Antes de nada tengo que avisarte de algo, porque deberías saber que, de seguir viéndonos, podría romperte el corazón.

—¿Y eso por qué?

—Es mi don, no hay más. Es algo innato. Aunque quizá sea más un castigo.

Echó la cabeza hacia atrás, apoyándola en el borde de la bañera, y miró al techo, pensando en Cory Graham, en su madre y en Jason Newell. Y de que ya habían pasado cinco años de la última vez.

Frente a ella, Adam la observaba risueño, pensando en lo bonita que podía

resultar la excentricidad en una persona como April Harper.

—Sinceramente y sin ánimo de ofenderte..., no creo que debas preocuparte por eso, April.

—¿Por qué no? No estoy bromeando. Deberías tomarme más en serio, Adam.

Se cruzó de brazos con indignación.

Los dedos de Adam no se movieron de donde estaban, sobre el empeine de ella, haciendo dibujos sobre la piel que a April le parecieron círculos orbitando sobre sí mismos. Planetas. O quizá burbujas.

Cerró los ojos y aspiró el olor a cereza del jabón que descansaba a su derecha.

—Lo hago, créeme.

—¿Entonces? ¿No crees que pueda conseguir que te enamores de mí? No me infravalores.

Sus ojos permanecieron cerrados. Los de Adam, abiertos.

—No es eso. Podrías hacer enloquecer a cualquiera, incluso a alguien que ya esté un poco loco, como yo.

—Entonces ¿por qué lo dices?

Él suspiró y dijo, en voz baja:

—Porque yo ya no tengo corazón, April. Hace tiempo que se convirtió en piedra. —Pero a ella le llegó casi a gritos.

El silencio fue denso, palpable, tangible.

Fue un momento extraño, porque Adam supo que irradiaba tristeza, pese a que su rostro permanecía igual, impassible ante sus palabras, pero lo notó. Sintió que en April había algo creciendo y no estaba seguro de si algún día sería capaz de entenderlo siquiera.

Ella saboreó ese silencio con los ojos aún cerrados, intentando comprender qué era aquello que corría por sus venas a toda velocidad y eclosionaba en su corazón, haciendo daño. Después se incorporó un poco y abrió solo un ojo, encontrándose con los de él clavados en su rostro.

—Eres demasiado intenso.

Él se encogió de hombros, quitándole importancia al momento.

—Creo que es por las pastillas —bromeó.

—¿Sabes, Clayton? Quizá por eso nos hayamos encontrado. Una chica que rompe corazones y un chico que lo tiene tan duro que es imposible romperlo de nuevo. Es perfecto.

April le quitó la botella y le dio un trago largo. Estaba un poco amargo, pero no le importó.

—Pero nosotros no lo somos. Estamos hablando de corazones rotos y bebiendo vino en una bañera.

—Y eso lo hace más perfecto aún.

—Lo es.

Se miraron. Se dijeron cosas, pero no las pronunciaron. Y, al final, Adam aceptó que April tenía razón y que, de algún modo retorcido, que un chico deprimido y una chica un poco peculiar se conocieran en una bañera era perfecto en sí como pocas cosas lo eran.

—Háblame de Ella.

—April...

Su expresión se rompió un poco.

—¿Qué os gustaba hacer?

—No sé si... —Adam dudó y se pasó la mano por la nuca; hacía eso constantemente cuando algo le daba miedo, April ya lo había aprendido.

Se levantó y lo abrazó por las rodillas, apoyando la barbilla en ellas y mirándolo con esperanza.

—Por favor, Adam. Necesito conocerla. No —rectificó—. Necesito conocer el que eras a través de Ella.

Y no sé qué fue, si la expresión de April y sus ojos soñadores, casi como si esperase de él escuchar la mejor historia de amor de todos los tiempos, o que en realidad había llegado el momento de hacerlo, de dar ese otro paso que le acercaba un poco más al que esperaba volver a ser algún día o que algo dentro

de Adam se resquebrajó al notar su tacto en las piernas, cercano, cálido, haciéndolo sentir casi vivo; haciéndole sentir cosas que hacía mucho que no se permitía..., pero lo hizo.

—Le gustaban las estrellas, pero no por una cuestión sentimental o mágica, sino porque era una enamorada de las matemáticas. Para Ella, el universo era una gran ecuación por resolver. Yo creo que no me sé ni las tablas de multiplicar y Ella podía resolver funciones y algoritmos en un parpadeo. — Sonrieron y April lo abrazó más fuerte—. Era muy inteligente. No entiendo cómo nos comprendíamos si veíamos el mundo de modos tan diferentes, pero lo hacíamos. Le gustaba patinar, y a veces íbamos al Airline Skate Center, aunque yo lo odiaba y nunca se lo dije.

—¿Por qué no?

—Porque le gustaba, y a mí verla feliz.

April pensó en Otto y en todas esas veces que lo había llevado a ver el lago en invierno o al insectario de Audubon, pese a que a ella no le hacía ninguna gracia ver a los animales encerrados y separados de su hábitat natural. Pero lo hacía por él, por verlo feliz, y aquello lo compensaba todo.

—Supongo que es razón suficiente.

Adam asintió y cerró los ojos un segundo al ver su rostro con total nitidez frente a él; sus ojos verdes; su pelo; su sonrisa.

—Era preciosa. No... no en plan qué chica más guapa, sino..., ya sabes.

—No, no lo sé.

Abrió los ojos y se encontró con el rostro de April. Tan diferente. Tan radicalmente opuesto... Sacudió la cabeza.

—No sé explicarlo.

—Inténtalo.

Adam suspiró y no pensó ni en el pudor que siempre le había provocado hablar de sentimientos ni en nada, porque con April resultaba así, fácil, casi natural y menos doloroso que con cualquier otra persona.

—Destacaba en un salón lleno de gente. Solo con estar. Con existir. Y le

daba igual, porque Ella solo me miraba a mí.

—¿Cómo es?

—¿El qué?

—Que te quieran. De ese modo. Que te miren como si nada más existiera.

—Es... es único.

Los ojos de April brillaron. Pensó que ojalá algún día llegase a descubrir el significado de esas palabras.

—Deberías decírselo.

—¿A qué te refieres?

—Recordárselo. Deberías ir a verla y contarle todo esto, le encantará oírlo de nuevo.

—April, no...

Porque eso sí que no podía hacerlo. ¿Hablar de Ella? Sí, ya comenzaba a estar preparado, pero ¿ir a verla? Era incapaz. Solo de pensarlo le faltaba el aire.

—¿No... no has vuelto nunca?

—No puedo.

April se separó de él y Adam sintió frío. Lo miró con incredulidad y una ligera decepción que ella no quiso ocultar.

—Adam..., recuerda, los lugares solo son lugares, depende del valor que nosotros les demos.

—Pero es duro.

Ella sacudió la cabeza y suspiró.

Por supuesto que lo era; nunca dejaría de serlo. Cada mañana, al despertar, lo sentiría durante el resto de su vida, pero no hacer nada tampoco era una opción.

—Lo evitas, Adam, porque te duele, y lo entiendo. Sin embargo... —lo señaló y después se señaló a sí misma—, ¡mírate!, estás con una chica que has conocido en terapia hablando en una bañera y bebiendo vino. Ni siquiera tengo edad legal para beber. Esto está mal, lo mires como lo mires.

—Chica, vino y bañera. A mí todo eso me suena muy bien —dijo él, intentando bromear.

—Con ropa y recreándote en el dolor, Adam. Es patético. —Él le retiró la mirada—. Las cosas no van mejor por no ir a verla y llevarle unas flores.

Y al final lo habían hecho, pero sin flores. Y había estado bien.

Unas horas antes, si le hubieran preguntado a Adam a qué lugar no iría ni por todo lo bueno del mundo, hubiera respondido que al cementerio de San Luis sin dudarlo. Y, sin embargo, había resultado hasta fácil. Porque April hacía que sus pasos fueran más ligeros. Que el dolor se cubriera de una capa de algo a lo que no sabía ponerle nombre.

Se había sentido un poco frustrado por seguir siendo demasiado cobarde al no ser capaz de acercarse solo; pensaba en Ella, en lo enfadada que estaría al verlo allí con otra chica, aunque no fuese esa clase de relación y los celos careciesen de sentido, pero imaginársela enfurruñada le gustó. Quizá porque eso le insuflaba algo de vida, aunque no fuera más que la fantasía tonta de un chico deprimido.

Al entrar en casa, April le había pedido un jarrón para poner las flores y se había quedado en la cocina colocándolas. Supuso que a su madre le encantarían y que había sido buena idea comprárselas a ella y no para que acabaran secándose sobre una tumba.

Con demasiada frecuencia nos olvidamos de los que siguen vivos.

Después, Adam había subido un minuto al lavabo, pero, al cerrar la puerta y mirarse al espejo, lo notó subir por sus piernas a la velocidad de la luz, arrasando con todo a su paso, consumiéndolo de repente.

Abrió el grifo y se mojó la cara con agua helada para calmarse; no funcionó.

El corazón le iba a mil, y cada vez que cerraba los ojos veía su nombre en letras doradas sobre la fría lápida de mármol.

«Te queremos. Para siempre.»

Unas palabras que eligieron sus padres, pero que significaban mucho para

él. Para Ella. Para ambos.

Era demasiado.

Y todo volvió de golpe.

Cada «para siempre» que se habían susurrado entre las sábanas, a gritos, a risas, con lágrimas de por medio y en silencio.

Un «para siempre» que ya no existía.

Los ojos se le llenaron de manchas negras; la furia, el dolor, la tristeza infinita.

Dio un puñetazo al espejo del baño hasta ver su rostro desencajado, roto, hecho pedazos que nunca volverían a ser los mismos.

Gritó al verse la sangre en los nudillos e intentó liberarlo todo golpeando, tirando los botes que llenaban las estanterías, haciendo un ruido estruendoso.

Hasta que April abrió la puerta, desconcertada, y lo miró, con la boca abierta y los ojos más limpios que él había visto en su vida.

Adam pensó que ni siquiera se merecía que ella estuviera allí, sosteniéndolo.

Deseaba que se fuera a su casa y no volver a verla, pero también que se quedase para siempre a su lado, haciéndole todo más sencillo, más llevadero.

Solo entonces cesó.

April le quitó la camiseta sin apartar la mirada de la suya, más vacía que nunca, menos Adam que nunca.

Lo ayudó a desprenderse de los zapatos, como si fuera una marioneta inerte.

Después hizo lo mismo con los suyos. También se quitó el jersey, quedándose con una camiseta fina de tirantes.

Le cogió la mano y lo guio hacia la bañera, corrió la cortina y se perdieron dentro de aquel mundo inventado que habían convertido en propio.

Aquella vez fue como las anteriores, pero diferente.

Adam se apoyó, dejando caer la cabeza contra los azulejos y cerrando los ojos, y April se colocó entre sus piernas, como si fuera más pequeña que

minutos antes, abrazando su costado desnudo por primera vez y hundiendo el rostro en su cuello.

Respirando contra el pulso que le saltaba frenético con la intención de calmarlo.

Sintiendo ambos los latidos del otro en los huesos.

La piel contra la piel.

Las cicatrices visibles de Adam acariciando las invisibles de ella.

Y sucedió.

Adam rompió a llorar, con lágrimas grandes que empaparon el pelo de April, con sentimientos fuertes y desgarradores que le cayeron a ella encima, como si pudiera lavarse con ellos, abriendo por primera vez una compuerta en su interior que gritaba en silencio que él ya no podía más, que algunos «para siempre» no podían durar eternamente. Más aún cuando se habían evaporado en solo un segundo.

April no derramó ni una sola lágrima; ninguna que él pudiese ver. Solo se dedicó a abrazarlo con todo lo que era, consolarlo, decirle sin palabras que ya no había remedio, porque ella ya había aceptado que era su destino. Que había encontrado algo en Adam Clayton que hacía que su vida resultara diferente.

Él era para ella lo mismo que había sido la música para él.

Que los bichos para Otto.

Que un día fueron los planetas.

April ahora tenía a Adam.

Solo cruzaba los dedos para que su don no actuara y le rompiera el corazón.

O algo peor, para que él no entrase en el suyo sin pedir permiso y lo descubriera todo.

Ojos de avellana

Si nada nos salva de la muerte, que al menos el amor nos salve de la vida.

PABLO NERUDA

Ella se enamoró de su vecino una tarde de primavera. Y no lo hizo como consecuencia de un deseo pedido a una estrella fugaz o del soplido de la vela de una tarta, porque Ella no quería hacerlo. En realidad, la primera vez que lo miró, lo odió, pensando al estudiarlo que parecía tener ojos de avellana y pecas de chocolate, por todos esos lunares que lo cubrían, y Ella odiaba el chocolate.

No obstante, no pudo evitarlo, porque, simplemente, sucedió. Como las cosas que siguen un curso natural que no puede ser de otra manera, y hay que resignarse y aceptarlo como propio.

No pudo parar la inevitabilidad del proceso, el mirar sus ojos y leer en ellos todas las historias del mundo, el sentir un cosquilleo al notar su piel sobre la suya la primera vez que se rozaron, el escuchar su risa y convertirse en canción.

Por mucha rabia que le diera.

Por mucho miedo que sintiera al ser consciente de que ese chico de ojos oscuros y lunares en el rostro se había convertido en un eje sobre el que giraban todos los planetas de su universo.

Por eso, aquella tarde, con el sol poniéndose a lo lejos dándole a esa ciudad que la había adoptado un aspecto anaranjado, cuando iba camino al trabajo en un restaurante asiático, escuchando *Us*, de Regina Spektor, de fondo

y sintiendo aún su beso de despedida en los labios y sus brazos acariciándole la espalda por debajo del jersey, cuando percibió una sombra repentina alzándose sobre su vehículo y giró el volante bruscamente sin meditar lo que estaba haciendo, como un acto reflejo, no fue su vida la que pasó delante de sus ojos como una secuencia de fotogramas que formaban la película de sus días, sino que fue él.

Fue Adam Clayton.

Fueron las noches en las que la había abrazado hasta quedarse dormida. Fueron las veces que le había dicho «te quiero». Fueron las risas, las lágrimas, los recuerdos, los planes futuros aún por cumplir, las ganas de tocarse que nunca menguaban, la sensación cálida de dormir con una de sus camisetas, el olor que dejaba en la almohada compartida, la plenitud de sentirse en casa cuando entrelazaban los dedos.

Aquella otra tarde de primavera en la que no había ninguna nube en el cielo, cuando el coche patinó a toda velocidad dando vueltas sobre sí mismo y acabó estampándose contra aquel árbol, que parecía haber sido puesto allí de repente para que eso sucediera como una gran broma del cosmos, cuando sintió sus huesos rompiéndose en mil pedazos como si fuesen trocitos de cristal, cuando el sabor metálico de la sangre y el olor a quemado y a muerte lo inundó todo, Ella se dio cuenta de que sus últimas palabras para Adam habían sido vacías. Solo un «no me esperes despierto», y eso sí que no podía permitirlo.

No era justo.

No hacía justicia a todo lo vivido a su lado.

No podía permitir que su historia tuviese ese final.

Por eso, Ella abrió la puerta como pudo.

Por eso, Ella consumió sus últimas energías en liberar su cuerpo roto del amasijo de metales.

Por eso, Ella cayó al suelo de bruces, sintiendo cómo se le abría el labio al golpearse contra el asfalto.

Por eso, Ella se arrastró por la acera, envuelta en llanto, sin ni siquiera oír los gritos de auxilio de las personas que la rodeaban, ni el sonido de la ambulancia que se acercaba para asistirle, ni percibió el olor nauseabundo que lo teñía todo.

Por eso, Ella agotó la poca vida que le quedaba en recorrer unos metros que la acercaran más a él, a su hogar, y susurrar un «te quiero» suave y sencillo que murió en su boca antes de sonreír y dejarse ir, sabedora de que las dos palabras viajarían por el aire frío de su Nueva Orleans aleteando hasta llegar a su destino, como en el vuelo de una mariposa.

Por eso.

Por Él.

Bollitos de anís

Había una vez, pero ya no.

JAIME VILLANUEVA

Gema se había acostumbrado a verlos juntos. De alguna forma era como si siempre lo hubieran estado. Había sucedido poco a poco, pero al final solía ser Adam el que la buscaba con los ojos al entrar en el centro y el que estaba pendiente de cada movimiento que April hacía, como una especie de guardián o sombra, que la protegía y cuidaba.

Gema se alegraba por eso, porque hacía mucho tiempo que aquella niña remaba sola en una dirección que no era la más adecuada.

Llevaba muchos años trabajando allí y había sido testigo de infinidad de situaciones, pero, sin duda, las que más le gustaban eran las que predecían un final feliz. Las que irradiaban esa energía propia de las cosas pequeñas que terminan por ser inmensas.

Y Gema veía algo especial en Adam y April recorriendo los pasillos, hablándose en susurros que respondían con sonrisas, acompañándose en silencio.

Aquel viernes en concreto era la víspera de Nochebuena. Lewis lanzaría su pregunta de siempre e intentaría que los usuarios del centro se plantearan pequeños objetivos para pasar las fiestas del mejor modo posible, ya que, habitualmente, eran días difíciles.

Y así fue.

La diferencia abismal residió en que aquel día habló alguien que no lo había hecho en meses.

—Sé que son días complicados, señora Monty. Las ausencias se hacen más patentes, pero no deberíamos tirar los progresos del día a día por la borda, ¿no le parece? —Ella asintió, apretando un pañuelo entre las manos hasta que los nudillos se le pusieron blancos—. ¿Quiere contarnos cómo fueron las Navidades pasadas? Haremos eso, quien quiera relatará en alto su experiencia y después se planteará objetivos que hagan que este año sea mejor que el anterior, ¿de acuerdo? Objetivos realistas, por favor —aportó el señor Campbell con un guiño—. Somos humanos, no superhéroes.

Y lo hicieron. No todos, porque Adam ya había aprendido que allí cada uno llevaba un ritmo interiorizado que se respetaba, pero quien no lo hizo en alto reflexionó en silencio.

April incluida, que recordó que su madre se había pasado toda la semana de Navidad del año anterior encerrada en su habitación, sin comer, llorando a ratos, y que aquello no debería repetirse. No era justo. Y ninguna de las dos lo merecía.

Cuando estaba rememorando con una sonrisa la imagen de Otto bailando con los brazos en alto bajo el abeto lleno de luces, escuchó su voz y se hizo el silencio. Fue como ese murmullo que viene de lejos y no sabes muy bien si es real o producto de tu imaginación. Pero lo era, inmensamente real.

—Fue la primera vez que pensé en matarme.

Todos los rostros se volvieron hacia él y lo observaron, sorprendidos y levemente conmocionados, porque nunca es plato de buen gusto escuchar una afirmación así, y menos de un chico joven con toda la vida por delante.

—Adam, ¿puedes repetirlo? Para que te oigamos todos —pidió Lewis, con voz calmada.

Adam alzó la mirada. Parecía incluso asombrado de haber dado ese paso. Como si las palabras le hubieran salido solas sin control.

—Fue... —Tragó saliva hasta hacerse daño—. Fue la primera vez que pensé en matarme. No en morirme, eso lo deseaba cada mañana, sino en hacerlo yo mismo.

—¿Qué fue lo que te hizo llegar a ese pensamiento?

Adam recordó aquellos días.

Primero los buenos, los sermones de Ella sobre el consumismo irracional propio de esas fechas, cuando salían a bailar y compraban panecillos que después untaban de mermelada y se prohibían darse regalos (aunque Adam nunca cumplía), haciendo de esos pequeños actos sus propias tradiciones navideñas.

Después los malos, la Navidad anterior, cuando había sido incapaz de salir de la cama, porque sin Ella a su lado nada tenía sentido. Ni las luces. Ni las canciones. Nada.

—No lo sé, porque Ella odiaba estas fiestas, supongo. Nunca las celebraba, sino que hacíamos planes que se convertían un poco en solo nuestros y el año pasado me levanté sin nada que hacer. Quizá fue por eso. O porque le compré un regalo en un impulso estúpido para hacerla rabiar, por costumbre, sin pensar y sin darme cuenta de que no podría entregárselo, porque estaba muerta.

April sintió una oleada extraña que le recorría el cuerpo. No fue pena. No fue desesperanza. Ni tristeza. Fue otra cosa que le era desconocida. Eso y la necesidad de nuevo de entender lo que Adam parecía conocer tan bien; deseó que alguien alguna vez la quisiera de ese modo, aunque tuviera que morir ella misma después para poder vivirlo en su piel.

Ese pensamiento la desconcertó.

—Es habitual esa sensación, Adam. El darnos cuenta a través de pequeñas cosas de que es una realidad lo que estamos viviendo y no una pesadilla.

—Yo a veces aún pongo su plato en la mesa, es inevitable. Me sale solo — confesó la señora Thomas, hablando de su marido.

April miraba a Adam desde el otro lado del círculo. Lo estudiaba a conciencia. Su pelo negro algo despeinado bajo la gorra. Sus ojos oscuros y cada día un poco más vivos. Sus cicatrices que, aunque las tapara la tela de la sudadera, ella percibía cómo latían con insistencia haciéndose visibles.

De pronto tuvo la necesidad de saberlo.

—¿Qué hiciste con el regalo? —preguntó, y dejó de oír las voces que conversaban a su alrededor.

—¿Qué importa?

—Sí que importa.

Adam clavó los ojos en los de April y vio tanta vida que se asustó y, por primera vez desde que la había conocido, se sintió incómodo. Porque aquello era solo de Ella y de él, y tenía la sensación de que April cada vez le arrebatara más. Siempre que le contaba detalles de su pasado, que le hablaba de la vida que habían compartido y que habían perdido, que se abría..., sentía que se alejaba de Ella.

Así que se enfrentó a todo eso que le provocaba y a la ira que sentía en aquel momento, y habló con voz cortante.

—No, April, no importa una jodida mierda el regalo. Importa que no pudiera dárselo, porque está bajo tierra.

Y al instante lo vio, el modo en el que sus palabras llegaban a la chica como si fueran cuchillos afilados y le hacían daño. Hacían daño a April, la única persona desde que Ella se marchó que lo había comprendido, respetado, provocado sonrisas.

El desprecio por sí mismo regresó con fuerza y apartó la vista.

Lewis cortó la tensión que se había formado entre ellos, observando el muro invisible que se alzaba entre ambos.

—Adam, ¿cómo quieres que sea este año? Márcate un objetivo.

—Este año no he comprado ningún regalo, creo que ya es más que suficiente.

Gema se despidió de cada uno de los usuarios con deseos de que pasaran buenos días con sus seres queridos, mientras recogía la recepción. Estaba contenta, porque su hijo había venido de visita con su mujer y le habían dado la feliz noticia de que esperaban un bebé para el verano.

Hizo lo mismo cuando vio salir a Adam como una exhalación, solo e irradiando ira y esa tristeza que siempre llevaba encima. Él no le contestó.

También lo hizo cuando April salió poco después cabizbaja y con su eterna sonrisa menguada. Ella susurró un adiós tenue.

No le pasó desapercibido el hecho de que, por primera vez en semanas, no se iban juntos, y suspiró con pesar, sintiendo que su alegría se disipaba, porque daba igual lo que hicieran, nunca resultaban días fáciles para todas esas personas rotas a las que tanto apreciaba.

El día antes de Navidad, April se levantó pronto. Tenía una misión. Un objetivo.

Había pasado mala noche pensando en Adam y en la manera tan fea de despedirse en la última sesión. No entendía qué había ocurrido, pero se había sentido terriblemente sola de repente. La había tratado con cierto desprecio después de todo, y eso a ella la había cabreado, sí, pero sobre todo entristecido. Como si él la hubiera dejado de lado.

Y odiaba estar triste, y más cuando toda su casa expresaba alegría, con los adornos, el abeto y las luces que ella y Otto habían colocado un par de días antes.

Tenía que funcionar. Era su objetivo; su madre se levantaría de la cama, se alegraría por el buen trabajo que April había realizado en la casa, pasarían el día los tres juntos y la semana siguiente volvería a la terapia y les contaría a todos que había cumplido su objetivo; la felicitarían y repartiría galletas sin dejar de sonreír.

No obstante, su madre aún no había salido de la habitación.

Llevaba una semana rara, igual que el año anterior, pero April había tomado la decisión de confiar en ella y en que su actitud se debía a que estaba cansada.

Lo que no sabía era que para Pauline festejar algo, lo que fuera, ya no tenía ningún sentido.

April preparó comida. El guiso se le quemó ligeramente y las verduras asadas le quedaron un poco crudas, pero los bollitos de anís, los favoritos de su madre, habían quedado deliciosos.

Dejó la cena preparada y dedicó la tarde a envolver los regalos que había comprado. Una guitarra hecha con materiales reciclados para su hermano, un collar de perlas para su madre, una bufanda para Lewis y un pequeño detalle para Adam. Un regalo que no sabía ni siquiera si le entregaría, pero que no había podido evitar comprar.

Cerca de las ocho llamó con los nudillos al cuarto de Pauline.

Nadie contestó.

A la tercera, April abrió y se encontró con el cuerpo de su madre encogido bajo las mantas. Olía a cerrado, a polvo y a algo más turbio, más oscuro.

Un bote de pastillas abierto descansaba en la mesilla.

—Mamá...

—April, vete. —Su voz salió temblorosa y quebradiza por debajo de las sábanas—. ¿Qué haces aquí?

—Mamá, hoy es la víspera de Navidad. He hecho la cena.

—Cariño, no...

—Y tenemos regalos —insistió, cruzando los dedos por que ella dijera que sí, por que lo intentara al menos.

—¿En serio? —preguntó Pauline, asombrada de que April se hubiera encargado de todo. Aunque no sabía por qué le sorprendía si siempre había sido así. Era una madre horrible.

—¡Claro! Tienes que ver lo que le he comprado a Otto.

Las palabras cayeron como un jarrón contra el suelo, haciéndose añicos tan pequeños que sería imposible recomponerlo. April notó que su madre se estremecía dentro de la cama y que esa sombra que siempre la cubría regresaba, asentándose en el techo de la habitación.

No lo iba a hacer. No le iba a hacer ese regalo; el único que April quería.

Se tuvo que clavar las uñas en las palmas para no llorar.

—Márchate.

—Pero, mamá...

—April..., no puedo, esto es...

—Por favor... Solo...

—¡He dicho que te largues! ¡Fuera!

El grito fue tan tangible que April lo sintió golpeándole el pecho. Después cerró los ojos para evitar dejar libres las lágrimas y se marchó.

No iba a permitir que la viese llorar.

Cerró la puerta y corrió escaleras abajo, con todo el dolor que llevaba dentro saliendo hacia fuera en forma de ruido, de ira, de incompreensión.

Tiró la comida a la basura sin pensar, arrancó los papeles que envolvían los regalos con furia y gritó, lanzando patadas al aire y rompiendo dos adornos de cerámica, que se hicieron añicos en el suelo. Lo destruyó todo, haciendo que la imagen de una Navidad idílica solo fuera una fantasía y que la realidad de su vida se impusiera con fuerza, hasta que no quedó nada que no estuviera hecho pedazos.

Incluso ella.

Después le pidió perdón a Otto y se acostó.

En cuanto apagó la luz, el silencio de ese hogar roto lo llenó todo.

Bueno, todo no.

April pudo escuchar el sonido que hacían los planetas que colgaban del techo de la habitación de Otto y que le llegaba del otro lado de la pared; chocando entre ellos, girando sobre su órbita una y otra vez.

Una y otra vez.

Una y otra vez...

Solo entonces se lo permitió.

Solo entonces rompió a llorar.

Adam estaba bien. Bien dentro de lo que esa palabra podía significar para él.

Había pasado el día con su madre, los dos solos, celebrando el comienzo

de la Navidad de un modo que nunca se hubiera imaginado que fuera posible.

Habían hecho unos bocadillos y se habían ido a pasar el día al City Park, a ver los grandes robles que siempre iluminaban durante esas fechas, paseando sin más entre ellos y hablando de tonterías, como si nada importara, como si no hubiese pasado nada de gravedad en sus vidas, casi como si hubieran retrocedido en el tiempo y Adam volviese a tener doce años y su madre fuese su mejor amiga.

Después habían cenado en casa el menú especial de Marie para ese día.

Cuando Adam vio los tomates verdes fritos en la bandeja, sonrió. Le encantaban, y pensó en lo raro que era que hasta ese instante ni siquiera lo recordara. Era una buena señal, supuso, el ser consciente cada vez más a menudo de todas las cosas buenas que lo rodeaban, que tanto le habían gustado en algún momento y que había llegado a olvidar.

Escucharon los villancicos que llenaban las calles; las risas de sus vecinos de dos casas más abajo, los Wilson, que tenían por costumbre salir después de medianoche y cantar a voz en grito todas las canciones tradicionales que se sabían acompañadas por instrumentos.

Adam echó de menos la música; su música.

Incluso se permitió tararear alguna de las melodías que reconocía.

Antes de irse a dormir, Marie le dejó un regalo sobre la cama y le dio un beso en la mejilla. Adam no pudo evitar ver las lágrimas que surcaban los ojos de su madre, pero por primera vez en mucho tiempo supo que estaban provocadas por algo bueno y aquello lo hizo sentir bien.

Abrió el paquete en la soledad de su habitación y observó el pequeño cuaderno. Era una especie de álbum hecho a mano y lleno de instantes; de recuerdos. Era la vida de Marie y de Adam, primero con su padre y después sin él. Una muestra de que la vida sigue y que es posible ser feliz sin esa persona que para ti un día lo es todo, hasta el aire.

No pensó demasiado, solo se levantó, recorrió los pasos que lo separaban del dormitorio de su madre y entró. Ella alzó la mirada, aún acuosa, y la fijó

en el rostro de su hijo. A Adam en aquel momento le pareció más menuda que nunca, con sus rizos claros y sus ojos azules, tan diferente físicamente a él.

Y, de repente, la vio de un modo nuevo.

La vio abrazarlo con una fuerza sobrehumana y sacarlo sola del lugar del accidente para que dejara de tocar a Ella, a la que ya no le quedaba ni un poco de aliento. La vio al otro lado de la habitación de su infancia, esperando que él volviera en sí y aceptase lo que había ocurrido. La vio llorando a escondidas, cuidándolo, aguardando, pese a que Adam no viera nada, porque todo era de un color negro oscuro y denso. La vio sacándolo de la bañera, metiendo sus delgados brazos por debajo de los suyos y manchándose de su sangre, gritando desesperada y prohibiéndole morir. La vio a los pies de su cama del hospital cada día. La vio en todos esos momentos en los que Adam no veía, porque estaba ciego, sordo y mudo, y se dio cuenta de lo que había hecho; de todo el daño que su propio dolor le había provocado.

Se acercó a la cama y se tumbó a su lado, colocando la cabeza en su regazo, como cuando era un niño pequeño y creía que ese lugar lo mantendría a salvo de todos los monstruos que habitaban en el armario de su habitación.

La abrazó por la cintura y susurró.

—Lo siento mucho, mamá.

—Lo sé, cariño.

Marie le acarició el pelo y sonrió, aunque las lágrimas cada vez eran más espesas.

—De verdad. Siento lo que te he hecho. Lo que nos he estado haciendo.

—No importa, todo pasa y lo estás consiguiendo.

—Siento no haberte comprado un regalo.

Ella se rio y Adam también, porque no podía creerse tan egoísta como para no haber pensado siquiera en eso.

—Ya me lo has hecho. Hoy ha sido el mejor regalo de todos.

—¿Crees que...?

No hizo falta que terminara la pregunta, porque era su madre, sabía de

sobra qué albergaban sus dudas.

—Claro que sí. La querías, pero seguir no significa olvidarla.

Adam meditó esas palabras y asintió. Porque sí, quizá seguir adelante no haría que todo lo demás desapareciese.

—Sí que la quería... —susurró.

Después se quedaron así un rato, con la televisión de fondo encendida en el cuarto, disfrutando de un momento compartido que para ambos pasaría a formar parte de cualquier álbum de recuerdos futuros.

Al día siguiente se levantó diferente. Más calmado. Más él.

Salió pronto de casa y fue a los puestos callejeros a comprar un ramo de flores inmenso para su madre. Sabía que le encantaban las flores. Le escribió además una nota con un simple «Gracias» y mandó que se lo llevara un mensajero, que eso siempre hace más ilusión, y después se dirigió a Bourbon Street, al local de Benjamin, el que un día fue su mejor amigo, a pedirle un pequeño favor.

April se levantó mal. Tenía los ojos rojos y ligeramente hinchados por haber llorado y le dolía algo en la parte central del pecho. Algo que no se iría ni con mil analgésicos, porque venía de muy adentro.

Recogió el estropicio que su ataque de cólera había provocado la noche anterior y se dedicó a deambular por casa, sin cruzarse con su madre, que solo salió de la habitación para ir al baño y que ni siquiera la miró.

La odiaba. En días como aquel, April odiaba a su madre, y después sentía un desprecio horrible por sí misma por pensar algo así.

¿Quién es capaz de odiar a una madre? Ella lo era, sin duda, lo que le hacía creer a ratos que era un monstruo sin corazón.

A media tarde, el sonido del timbre la sorprendió dando una cabezada en el sofá. Se había quedado dormida sin querer mientras la televisión emitía uno de sus clásicos preferidos, *Desayuno con diamantes*.

Cuando el timbre sonó una segunda vez, reaccionó y se dio cuenta enseguida de que estaba sola en casa, lo que la hizo sentirse peor al ser consciente de que su madre prácticamente había huido de ella en cuanto le había sido posible. Ni siquiera se atrevía a mirarla a la cara.

—¿Quién es? —preguntó a través de la puerta, sin abrir.

—April, soy yo.

El corazón le dio un vuelco.

Adam. Era Adam. Y ella tenía una pinta horrible. Y el último día que se habían visto no había resultado muy agradable. Y era Adam. En su casa. El día de Navidad.

Se miró en el espejo de la entrada y suspiró. El pelo lacio y sin vida. Los ojos igual de inertes.

—¿Qué quieres, Adam? No es buen momento.

—Quiero verte.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Pensó en Otto y en que ojalá estuviese a su lado para darle la mano en aquel momento, pero no estaba. En días como ese, su madre solía llevárselo junto a todo lo malo que arrastraban, con el arrepentimiento, con la tristeza, y la dejaban tan sola que era imposible soportarlo.

—Vete, Adam.

Él se tensó al otro lado. Algo iba mal. Era un presentimiento, pero lo sabía.

La voz de April estaba distinta, no solo amortiguada por la puerta que los separaba, sino por algo más profundo y más dañino; algo que él conocía bien.

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal?

Suspiró, apoyando la frente contra la madera.

Él hizo lo mismo.

—¿A qué has venido?

—Primero, a pedirte perdón.

—¿Y segundo?

—¿Qué? —preguntó Adam sorprendido por la pregunta.

—Has dicho «primero, a pedirte perdón». Eso indica que hay un segundo. Quizá hasta un tercero.

Adam sonrió; ahí estaba la April que él conocía y que siempre conseguía que viese el mundo desde otra perspectiva.

—Segundo, a desearte feliz Navidad.

—¿Y tercero?

—Y tercero, a darte mi regalo.

—¿Me has comprado un regalo?

—Algo así.

April frunció el ceño y se separó de la puerta, confundida y un poco asustada por ese Adam que parecía cada día más distinto del que había conocido meses atrás casi muerto en la sala de espera de un centro de terapias.

—¿Qué significa eso?

—Ábreme.

April no lo pensó, ya que la curiosidad le pesaba demasiado. Lo hizo y, al verla, el rostro de Adam se desencajó y se le cayó el mundo a los pies. Quizá porque se dio cuenta de que el mundo era algo más que él, y Ella, y su dolor.

—Hola... —susurró April.

Él la observó y no supo qué pensar al respecto.

Solo lo sintió.

La preocupación. El miedo a que le hubiesen hecho daño. El sentido de protección. El cariño inmenso. La ternura infinita. La dulzura que se escapaba en cada parpadeo de la chica mientras ocultaba las lágrimas.

—¿Qué...? ¿Qué te ha pasado? ¿Estás bien, April? Dime algo.

Le tembló el labio y no pudo aguantarlo más; April se echó a llorar y él se pasó la mano por la nuca, sin saber muy bien qué hacer. Buscó dentro, en los recuerdos del chico que había sido y, entonces, la atrajo hacia su cuerpo y la abrazó.

—Ven aquí. Tranquila.

Ella se agarró a él como si fuera un bote salvavidas. Hundió la cabeza en

su cuello, sintiendo sus latidos, su respiración, su calor, su olor. Sintiendo a Adam de una forma nueva que nunca antes había sentido. Sus brazos la rodearon por la espalda, cobijándola, dándole justamente lo que necesitaba en ese momento para no derrumbarse.

No sabría decir cuánto tiempo estuvieron así, si minutos, horas o siglos enteros, solo que no fue bastante y a la vez fue justo lo que necesitaban.

—Gracias por tu regalo —susurró ella contra la tela de su cazadora.

—¿Qué? Si aún no te lo he dado.

—Oh. Pensé que era este.

—¿Un abrazo? —preguntó, pero lo hizo sonriendo.

—Sí, Adam, un abrazo. ¿Cuándo aprenderás las cosas importantes de la vida?

—Vale, pues entonces tengo dos regalos para ti. ¡Qué afortunada! —exclamó con sarcasmo.

April alzó su mirada llorosa y se encontró con los ojos de Adam. Estaban... Eran... No sabía, había algo que no comprendía. Adam parecía diferente. Más lejano y más cercano a la vez. No sabía explicarlo.

Él también la miró y le secó una lágrima de la mejilla, pensando que, en ocasiones, lo bonito se encuentra en las cosas más tristes de la vida, como ver a una chica llorando y sujetarla entre los brazos.

—¿Me lo vas a dar ya o vas a seguir incomodándome?

—¿Te incomodo?

April apartó la mirada, porque sentía los ojos hinchados y la piel húmeda.

—Teniendo en cuenta que estoy horrible..., creo que a veces se te olvida que soy una chica, Adam —lo increpó, fingiendo estar molesta, pero sin soltarse de su abrazo.

—No se me olvida. Nunca podría olvidarlo. Y no estás horrible.

—¿De verdad?

—Tampoco muy guapa, pero no horrible —bromeó.

—Oh, mierda.

April intentó taparse la cara con las manos, pero las de él las atraparon, impidiéndoselo.

—Eh, estaba bromeando. —Después le sonrió como un chiquillo y a April le faltó el aire—. Cámbiate, hoy salimos.

Y lo hicieron. Y rieron. Y soñaron. Y crearon música.

Y, aquella noche, lo cambió todo.

Cerveza y pasas

Lo que me gusta de la ayuda recíproca y desinteresada entre dos personas es la incertidumbre de no saber, al final, quién tuvo la suerte de conocer a quién.

ANÓNIMO

Benjamin había conocido a Adam hacía diez años. Se habían peleado dos veces hasta hacer sangrar por la nariz al otro y se habían enfadado por una chica siendo aún unos niños que no tenían ni idea de la vida. Era tres años mayor que Adam, pero eso nunca había supuesto un impedimento. También habían llorado y pasado el tiempo juntos sin hacer nada y sintiendo que lo tenían todo. Lo que significaba que era una amistad de las de verdad, de esas que se tienen y punto, sin buscarles explicaciones ni sentido ni motivos.

Por eso a Benjamin le había dolido profundamente el silencio prolongado de Adam.

Lo había intentado. Los primeros meses había ido a verlo a casa de su madre con asiduidad, pero al final se había cansado de sus desplantes y de la impotencia de no poder hacer nada para ayudarlo; básicamente, porque Adam no quería que lo ayudaran. Solo deseaba desaparecer y Benjamin no estaba dispuesto a presenciárselo. Hasta lo había intentado y, en el fondo, sabía que nunca lo perdonaría por eso.

Y por esa razón también le había sorprendido tanto su visita de esa misma tarde, pidiéndole un hueco para salir al escenario en torno a las diez de la noche, como había hecho tantas veces en el pasado; eso y hacer la vista gorda por llevar a una persona sin la edad legal para beber.

No sabía si había sido su curiosidad por la chica, su cariño por él o la ilusión de poder ser partícipe directo de su aparente mejoría, el caso es que Benjamin había aceptado y allí estaba, apoyado al final de la barra y observando a Adam entrar en su local de la mano de una chica morena que nunca antes había visto. Una chica con un vestido negro y un pañuelo rojo atado al cuello.

Sintió hasta un estremecimiento, porque el recuerdo de verlo entrar casi cada tarde por allí del mismo modo fue real, pero también doloroso.

Nada volvería a ser lo mismo sin Ella.

En cuanto Adam soltó a April de su abrazo, ella corrió escaleras arriba emocionada y, al instante, oyó el sonido del agua de la ducha.

Se sentó a esperarla en el sofá del salón, después de observar las fotos enmarcadas que decoraban cada rincón de aquella estancia. Había algunas de sus padres, de April y Otto de pequeños y ya no tan pequeños, de los cuatro siendo ella una enana y estando su hermano en la tripa de su madre, de otras personas que Adam no intuía quiénes podían ser. Un montón de fotos familiares de gente que parecía feliz, pero Adam sabía desde hacía tiempo que resultaba fácil mentir a una cámara.

Se preguntó dónde estarían su madre y su hermano y por qué habrían dejado a April sola en casa, llorando y sintiéndose tan triste el día de Navidad.

No lo comprendía.

Desde el primer día en que sus caminos se habían cruzado, Adam había pensado que April era una chica feliz, sin preocupaciones, sin ataduras de ningún tipo ni más cargas que algún desencanto amoroso propio de la juventud, pero de repente estaba seguro de que eso no era del todo cierto. Que ella escondía algo que le provocaba lágrimas que él quería secar.

Se dio cuenta una vez más de lo poco que conocía a aquella chica y que, incluso sabiendo eso, tenía la certeza de que la conocía más, y en tan poco tiempo, que a muchas personas que lo habían acompañado durante años.

Quizá eso era lo que sucedía cuando conectabas con alguien, cuando alguien te comprendía de verdad.

No tardó mucho en bajar y, cuando lo hizo, Adam no pudo evitar levantarse y sonreírle con ganas. Estaba guapísima, con un vestido negro corto y botas de cordones. El pelo suelto, la cara aún con restos de esas horas pasadas entre lágrimas, pero tapadas con una ligera capa de maquillaje que agrandaba aún más sus ojos. Adam nunca la había visto en una versión más adulta, más atrevida, más como una mujer. Como lo que era, vaya, lo que pasa es que a veces estamos tan centrados en nuestro propio mundo interior que miramos, pero no vemos, y eso le había sucedido a él.

—Estás perfecta. Vámonos.

—Seguro que eso se lo dices a todas —bromeó ella para sentirse más segura, porque bajo el escrutinio de Adam se había sentido vulnerable.

—Teniendo en cuenta que solo hablo contigo y con mi madre... Sí, se lo digo a todas.

—Estás hecho un galán.

La noche era fría, pero no tanto como para que les costase caminar, así que habían decidido hacerlo despacio, disfrutando del paseo y charlando hasta llegar a su destino, el local de Benjamin, uno de tantos que ocupaban Bourbon Street y que llenaban las noches de Nueva Orleans de música y fiesta. Ella lo había hecho sin parar de preguntar adónde se dirigían, y él dándole largas y regocijándose en su incertidumbre.

Estaba inquieto, pero era de esa clase de nervios buenos que acompañan a los pequeños placeres de la vida. Adam los conocía, los había sentido muchas veces antes y le agradaba reencontrarse con ellos. Como cuando la montaña rusa de la feria llega al punto más alto antes de comenzar la caída, como el primer paso antes de subir a un escenario y regalar música a un público entregado, o como caminar por la calle al lado de una chica un tanto triste pero bonita.

April también sentía una opresión en las tripas, pero se trataba de otra cosa

muy distinta. Una ilusión mezclada con miedo y aderezada por todo eso que la había hecho llegar al límite bajo el techo de una casa que ya no podía llamarse hogar.

Al abrir la puerta, sintió el calor golpeándole las mejillas y el bullicio de la gente. Estaba bastante lleno, lo cual era lógico ya que se trataba de un día festivo en el que la ciudad salía a las calles sin tener que buscar ninguna excusa, pero tampoco lo bastante para que resultase incómodo. No era la primera vez que salía de bares, aunque tampoco era algo a lo que estuviera acostumbrada ni que le llamara especialmente la atención.

April era más de soñar despierta por sus rincones favoritos de la ciudad; con Otto; sola; con Adam de un tiempo a esa parte.

Sin embargo, aquel lugar le gustó. No sé si porque se imaginó a Adam en una de las mesas riendo y bebiendo con sus amigos, si porque lo vio en un rincón besando a Ella y siendo feliz o porque de verdad tenía un encanto especial, pero le gustó.

Adam sintió que su inquietud se intensificaba. Hacía más de un año y medio que no pisaba ese suelo, que no miraba esas paredes, que no escuchaba los sonidos que envolvían el lugar de un modo casi mágico.

Y es que los muros parecían sudar música.

Sin darse cuenta de lo que hacía, cogió la mano de April entre la suya y la apretó con fuerza antes de dar el primer paso hacia el fondo, hacia aquella conexión con su pasado a la que había renunciado el último año de su vida.

Se acercaron a la barra, donde los recibió la sonrisa de un chico de tez negra y pelo trenzado. Su piel era tan oscura que a April los ojos le parecieron de un blanco casi irreal. Su expresión irradiaba alegría, esperanza, casi agradecimiento.

—Benjamin, ella es April. Una amiga.

April sonrió algo avergonzada y le tendió la mano. No era una persona especialmente pudorosa, pero sí que sentía que estaba entrando en un mundo que no le pertenecía, y por eso lo hacía con tiento.

Hasta aquel momento, April y Adam habían sido eso, solo April y Adam; en un paseo, en una bañera o frente a una lápida. Así que aquello suponía para ella salir de aquella burbuja que había creado para ambos en la que estaban protegidos, seguros y cómodos. En la que solo existían sus límites y sus normas.

Él le estrujó la mano, sonriendo ampliamente.

—Encantado de conocerte. ¿Qué te apetece beber?

—Yo...

Se mordió el labio, pero Benjamin le guiñó un ojo al comprender que sus dudas se debían a que aún no tenía edad legal para beber alcohol y le susurró con complicidad. Un día era un día. Además, aquel era Adam, era Navidad y estaban en Nueva Orleans, donde las leyes solían pasar más desapercibidas; le parecía totalmente lícito.

—Lo que quieras, April.

—Una cerveza estaría bien.

—Yo agua. —Y ante la mirada extrañada de su amigo, se explicó con una naturalidad que poco tiempo atrás hubiera sido imposible—. Las pastillas, ya sabes.

En cuanto Benjamin se alejó, April le recriminó:

—El otro día bebimos vino. Yo sin la edad legal para hacerlo y tú drogado. Adam se rio.

—Bueno, pero eso solo lo sabemos tú y yo.

—¿Como un secreto?

—Exacto.

Y se sonrieron, cómplices.

April se dio cuenta de que él cada vez lo hacía más a menudo. Que en algún momento Adam había despertado de su letargo y que solo era cuestión de ir avanzando hasta que encontrase un equilibrio entre su pasado y su futuro.

Estaba muy orgullosa de él.

Adam fue consciente de que, desde que la había conocido, las sonrisas de

April habían ido menguando. Sonreía, sí, pero no tan habitualmente y, lo que era más determinante, no con tanta fuerza, sino casi como si le costara.

Antes de que pudieran comentarse nada, Benjamin regresó con sus bebidas y palmeó el hombro de Adam con cariño.

—Cuando quieras, colega. Todo tuyo.

Se miraron unos segundos, que a April le parecieron décadas, sin llegar a comprender lo que estaba ocurriendo, hasta que Adam dejó salir el aire contenido en un suspiro profundo y asintió. April pensó que con aquella exhalación había dejado salir mucho más; demonios y fantasmas de los que él había comenzado a despedirse poco a poco, a su lado.

—Vale.

—¿Qué vas a hacer?

Benjamin se alejó guiñando de nuevo un ojo y April sintió la mano de Adam sobre la suya. Le gustaba eso. Sentirlo. Y no le daba miedo, había sido natural desde el principio; las caricias en la bañera, los abrazos improvisados, las miradas que hablaban.

—Te dije que tenía un segundo regalo. Lo vas a ver ahora mismo. A escuchar, más bien.

Los ojos de Adam volaron hasta el escenario del otro lado del local y April entonces lo entendió todo.

Así que se trataba de eso.

Adam estaba recuperando su don, su vida.

—No hace falta que lo hagas —le dijo, porque no quería que se viera empujado por el ímpetu de ella. Él negó con la cabeza.

—Sí hace falta. Además, no es solo para ti. También es para mí.

Se miraron fijamente, como si se sujetaran por medio de esa conexión invisible que los guiaba.

April quiso transmitirle lo contenta que estaba por él, por lo que estaba consiguiendo; todo lo que lo admiraba; decirle lo fuerte y valiente que era, y pedirle que le enseñara a serlo.

Adam quiso gritarle «gracias» con los ojos, pero, como no supo, le dio un beso en la mejilla, casi inexistente, y la dejó sola, sentada en un taburete, dando sorbitos a una cerveza y observándolo marchar, sintiendo en su interior que aquella acción implicaba mucho más; implicaba que Adam comenzaba a alejarse de ella en todos los sentidos, porque, si todo mejoraba..., ¿dejaría de necesitarla a su lado? Y se sintió egoísta por pensar aquello, pero es lo que tienen los sentimientos, que se agarran y tiran de nosotros, impulsivos e incontrolables, un tanto locos.

Adam subió al escenario.

April observó en silencio y sin parpadear cada uno de sus movimientos.

El modo en el que cogía el saxofón apoyado en la pared y lo acariciaba con los dedos. Después lo dejaba de nuevo en su sitio. Hizo lo mismo con el clarinete y con el resto de los instrumentos situados en el escenario, esperando que alguien les diera vida; alguien que no era él.

Observó su manera de respirar con profundidad, templando sus nervios en ese momento que era tan importante para él. La forma en la que se olvidaba de todo lo que lo rodeaba, del bullicio del local, de tantos ojos que lo observaban con expectación, de la propia April, de Ella, de todos sus fantasmas y solo quedaban él y el instrumento frente al que se sentó haciendo que la chica contuviera el aliento.

Se mantuvo quieto unos segundos bajo el foco, pensando, palpando cada sensación que le provocaba ese reencuentro con su música, moviendo los dedos por encima de las teclas, y después cerró los ojos y lo hizo, sintiendo que los dedos le cosquilleaban de nuevo.

Notando que estaba vivo.

En cuanto la primera nota salió liberada de aquel piano, April dejó escapar una bocanada de aire.

Reconoció la melodía enseguida, pero en manos de Adam era distinta de todas las versiones que hubiera escuchado con anterioridad.

Él la hacía suya. Era suya.

Summertime voló por el local, llenando cada rincón, incluso aquellos recovecos que April sentía en su interior. Nunca se lo hubiera imaginado con un piano y no sabía por qué, pero después de verlo hacer magia con los dedos supo que Adam Clayton no podía tener mayor conexión con nada en el mundo que no fuera ese piano; y que tenía un don y era una privilegiada por que él lo compartiese con ella.

Él no tuvo ni que abrir los ojos para que todo volviese, para sentirse de nuevo en la piel del Adam que tiempo atrás tocaba día sí día también en aquel local, que reía, que soñaba, que vivía. Fue un subidón, una recarga de energía inmensa que hizo que por primera vez sintiera el poder de la esperanza.

Únicamente al final abrió los ojos, cuando intuyó lo que iba a ocurrir y, al ver a Benjamin salir de la barra y dirigirse al escenario con él, esa intuición se confirmó.

Solo entonces dirigió la mirada hacia el fondo, hacia los ojos de una chica que lo observaba maravillada, con la boca entreabierta y sin pestañear, y con los ojos brillantes por una capa de agua salada que no pudo ocultar a tiempo.

Y, solo entonces también, Adam sonrió y sintió que comenzaba a respirar de verdad.

Por fin.

Benjamin le puso una mano en el hombro justo cuando pulsaba la última tecla y los aplausos ocultaron todo lo demás. Adam lo miró de reojo y asintió; su amigo cogió el saxo y juntos tocaron como tantas veces lo habían hecho. Sonriendo, dedicándose guiños cómplices que albergaban recuerdos bonitos de muchas sesiones de jazz que no tenían por qué pertenecer solo al pasado.

Otro de los músicos habituales se animó y, así, de pronto, aquel concierto improvisado se convirtió en una noche de música y reencuentros, en una fiesta y en el mejor regalo que nunca le habían hecho a April Harper.

El corazón le dio un vuelco.

—¿Qué te ha parecido?

Adam volvió a su lado en cuanto lo dejaron escapar entre risas del escenario. Al final habían tocado media docena de canciones y regresaba un poco sudado, pero tan despierto que a April el corazón comenzó a latirle frenético.

—Ha sido... ha sido increíble —confesó, titubeante, pero no por las dudas, sino por otra cosa. Esa cosa que no comprendía.

—¿De verdad? Estoy un poco oxidado, pero ha sido... —suspiró y se pasó la mano por la nuca antes de lanzar un bufido—. Guau. No tengo palabras.

—De verdad, Adam. —Y le sonrió, agradecida de verdad por todo lo que él le estaba ofreciendo, ayudándola a escapar de sus propios demonios—. Me has regalado un concierto.

—La verdad es que he sido bastante egoísta, porque necesitaba hacerlo por mí, pero te necesitaba a mi lado.

April sintió de nuevo que sus ojos se cubrían con una capa de agua.

No le importaba llorar delante de él; siempre había pensado que lo cobarde es esconder los sentimientos, no exteriorizarlos, pero sí que se sentía un poco demasiado vulnerable. Pequeña. Débil.

Él le limpió una lágrima que se escapó hasta deslizarse por la mejilla, y ella le dio a cambio una sonrisa más grande que cualquiera de las que le hubiera visto antes.

No hacían falta palabras, porque ya hablaban por sí solos los hechos, pero April dijo lo único que deseaba que él tuviera claro en esos momentos. Aquello que Adam necesitaba oír y marcárselo bajo la piel hasta convertirlo en la mejor de sus cicatrices.

—Adam Clayton, es usted un ser excepcional.

Y él pensó que era posible; que todos lo somos; que todas las personas, por muy rotas que estén, merecen serlo; merecen saberlo.

—¿Qué haces?

April observaba el cuenco de frutos secos con excesiva concentración y

separaba algunos de ellos con los dedos.

—Separo las pasas.

—¿No te gustan?

—No. El mundo sería un lugar mejor si las cosas ricas no llevaran pasas. Como el muesli del desayuno. O esto. Hay mezclas imposibles.

—Estoy de acuerdo.

Adam sonrió y después se metió el puñadito de pasas que April había separado en la boca, lo que hizo que ella pusiera una expresión de asco que le resultó adorable.

Benjamin sonrió al verlos juntos, riendo, buscándose con los ojos, compartiendo algo ajeno a todo lo que les rodeaba, observando la peculiar mezcla que resultaba de ellos dos.

«Es mentira que haya mezclas imposibles —pensaba mirando a su viejo amigo—. Existen algunas extrañas que suponen la mayor verdad con la que pueden toparse unos ojos.»

—¿Sois amigos desde hace mucho? —preguntó April, mirando de reojo a Benjamin.

—Más de diez años. Vivíamos en la misma manzana.

—Es guapo.

—¿Ah, sí?

—Sí, pero tú también.

—Está bien saberlo.

Se rieron, pero April tuvo la necesidad de explicarle el significado oculto que aquella afirmación tenía.

—Te lo digo en serio. Antes se veía, pero estaba eclipsado por todo lo demás que cargabas. Sin embargo, te has ido soltando de cosas y ahora se aprecia enseguida.

Y Adam asintió, porque lo comprendía. Lo entendía, porque April tampoco era solo lo que se veía, lo que mostraba a los demás, en el grupo de terapia, en

su casa, cuando estaba con él. April era mucho más de lo que escondía y que él deseaba sacar a la luz.

—¿Tocas algún otro instrumento?

La pregunta le hizo volver a centrar la atención en el local.

—Sí, me manejo con la guitarra, pero con el piano... es diferente. Lo echaba de menos. En realidad, ese es mi piano. Cuando todo ocurrió, no soportaba verlo en casa, así que Benjamin lo trajo aquí. Creo que tenía miedo de que me deshiciera de él.

—¿Vas a volver a hacerlo? —Él la miró como si no supiera a qué se refería, aunque lo sabía perfectamente—. Tocar.

—Puede.

Entonces, April le cogió la mano igual que había hecho él esa misma noche en varias ocasiones y la entrelazó con la suya, encajando a la perfección. Después lo miró a los ojos y lo vio de nuevo, el miedo, la incertidumbre, las partes ocultas de April encerradas en su mirada; sus profundidades.

—Hazlo. Prométemelo. La vida te arrebató a Ella, no permitas que te quite también esto.

—Te lo prometo.

Se lo prometió a April y también a él mismo, porque era cierto. No era justo que quien fuera que rigiera el universo le hubiese quitado lo que más quería en el mundo y además también se llevara lo que mejor lo definía.

Y, de ese modo, Adam permitió que la música volviera a formar parte de él, como siempre había sido.

Hablaron mucho. Y no solo April, que estaba acostumbrada a cotorrear llenando los silencios de Adam, sino también él. Más que ella, quizá. De sus vidas, de sus inquietudes, de sus miedos. Hasta de Ella. Una sombra que se cernía sobre ambos y que formaba un poco parte de esa relación que se había forjado, como un nexo que los había unido sin ser conscientes de ello.

—A veces es como si la conociera —le dijo April, pensando en esa chica

de pelo rubio y ojos verdes que en su cabeza era la más hermosa de todas las que hubiese visto a lo largo de su joven vida—. Creo que si entrara por esta puerta, la reconocería enseguida, y eso que ni siquiera sé cómo es.

—Guardé todas las fotos. No soportaba verlas y a la vez soy incapaz de desprenderme de ellas, ni de muchas otras cosas.

Los ojos de Adam se desviaron al viejo pañuelo gris atado a su muñeca. Estaba tan gastado que se había convertido en una fina tira de tela.

—Era suyo, ¿verdad? —Alzó la mirada y sostuvo la de ella; las cicatrices le latían debajo, pero hacía días que solo era un pequeño sentir, casi como un eco de aquellos otros en los que las venas parecían saltar debajo de su piel—. El pañuelo no es para taparte las marcas, lo llevas porque era de Ella.

—Sí. ¿Dónde están tus marcas, April?

Aquella pregunta tan impulsiva los pilló a ambos por sorpresa.

—Yo no...

Adam levantó las manos pidiéndole disculpas y ella negó con la cabeza, perdida en aquel instante en recuerdos, miedos y monstruos que encerraba bajo llave, porque así resultaba más fácil.

Marcas ocultas bajo sus mundos de fantasía.

April recordó que un día, hacía lo que parecía una eternidad, le había prometido a Adam contestar todas sus preguntas cuando él respondiera las suyas, y él había cumplido. Pero ella... ella no podía.

—No importa. No me lo digas. Solo cuando estés preparada.

—Quizá nunca lo esté.

—Tenemos todo el tiempo del mundo.

—¿Estás seguro?

—Sí. —Adam suspiró, asumiendo por fin que su sitio no estaba bajo tierra, que allí poco podía hacer, pero que en vida aún podía servir para algo; incluso descubrir el motivo de las lágrimas de April Harper—. No pienso irme a ninguna parte.

Y no. No lo hizo.

Po-boy y batido

¿Cómo vas a ser feliz con alguien que te trata como a una persona normal?

OSCAR WILDE

Adam siempre había sido una persona curiosa. La primera vez que vio a Ella se preguntó un montón de cosas, como por qué era tan arisca con él, como una gata, o por qué se sonrojaba cuando la miraba fijamente. Años después obtuvo las respuestas en forma de sentimientos liberados, pero durante los primeros tiempos se le acumulaban las preguntas.

No obstante, con April no había sentido nada más que alivio, consuelo por tener a alguien al lado que no cuestionaba sus actos, su estado, sino que lo aceptaba tal y como era él, incluso estando enfermo.

Y, de pronto, algo había cambiado y deseaba saberlo todo.

Quería saber qué significaba el tatuaje de su brazo. Cuál era su canción favorita. O el viaje de su vida. O qué opinaba de cualquier tema que a él le resultara mínimamente interesante.

Ella se mantenía más callada que de costumbre. Se lo estaba pasando muy bien, pero el recuerdo de lo sucedido en casa comenzaba a llenarlo todo de nuevo.

Eso es lo que ocurre con los conflictos sin resolver, que empiezan siendo un hilo fino que va formando un ovillo, hasta que es tan grande que te pasa por encima si no tienes un poco de cuidado.

Y April lo había tenido, pero ya era demasiado. Todo le resultaba de una intensidad desmedida.

—¿Vas a contarme qué te ha pasado hoy?

—No estropees mi regalo.

—El regalo ya se ha terminado.

April negó, porque eso no era cierto. El regalo se había convertido en algo más grande sin que Adam se lo hubiera propuesto. Eso también había hecho que el ovillo fuese más denso, porque la aparición de Adam en su vida había sido una sorpresa más que agradable al principio, pero que poco a poco comenzaba a enredarse.

Sentimientos. Miedos. Nudos.

—Estás equivocado. No ha hecho más que empezar. —Dio un último trago a su botellín y se levantó de un salto—. Vamos, te invito al mejor *Po-boy* que habrás probado jamás.

—¿Bocadillos? Me parece perfecto.

Salieron y recorrieron las calles. Estaban animadas, repletas de gente brindando, festejando, con los balcones iluminados y rezumando vida.

Caminaron hasta un pequeño local escondido entre portales del que salía un olor delicioso. April saludó al dueño con alegría, porque ya lo conocía, y después pidieron dos *Po-boys*, los bocadillos típicos de la comida criolla de la zona, y un batido de vainilla.

—¿*Po-boy* y batido? ¿No es una mezcla un poco rara?

—Pruébalo, vas a enamorarte.

Lo hizo y tuvo que aceptar que la chica tenía razón, y que le supo como la mejor de las cenas, los dos sentados en un bordillo, bajo la noche de diciembre y con el jazz que se escapaba de los locales de fondo.

A veces, los planes más sencillos consiguen que todo sea fácil, que la vida parezca lucir una eterna sonrisa.

April se quedó pensativa, dándole vueltas a que el amor quizá se pareciera un poco a eso, a la sensación tan buena que te alberga cuando mezclas un bocado de algo tan rico con el batido. A esas pequeñas cosas que producen un placer indescriptible en la base del estómago; pero, en realidad, no lo sabía.

Solo conocía el amor por Otto, y él vivía en otra galaxia en la que todo cobraba un significado distinto que ella no llegaba a entender por ser solo una simple humana.

Así que se lo preguntó:

—¿Cómo es, Adam?

Él se volvió y la observó: los ojos perdidos en algún punto, el perfil delicado, los mechones de pelo meciéndose por el viento que los despeinaba, los labios rosados fruncidos en una fina línea.

April Harper le pareció en aquel instante la persona más fuerte y más débil del mundo a la vez. Si es que eso era posible. Pensó que con ella todo lo era.

Y susurró:

—¿El qué?

—El amor.

—Dios, April...

—Venga, cuéntamelo.

Cogió aire y sintió un escalofrío, porque lo recordó.

¿Cómo definirlo? ¿Cómo poner palabras a algo tan intangible como todo lo vivido? ¿A algo tan fuerte que casi había acabado con él?

—Es... es inexplicable.

—Eso no me vale.

—No puedo decirte más.

—Inténtalo, Adam. Lo necesito.

April tragó saliva, aún con la vista lejos de la de él, y Adam lo supo; entendió que aquel día April necesitaba todo lo que él pudiera darle, y que se lo merecía más que nadie que hubiese conocido.

Así que lo intentó, aunque le doliera.

—Es... todo y nada en un segundo. Delicado y fuerte. Egoísta y desinteresado. Calma e inquietud. No lo sé. El amor... —Meditó de nuevo, y entonces supo la respuesta de inmediato, porque era tan simple que hasta asustaba; era eso, sin más—. Era Ella. No sé explicártelo mejor.

—Lo has hecho perfectamente.

April se abrazó las rodillas. Tenía un poco de frío, pero hacía tiempo que no sentía nada que no fuera interno; tan de dentro que librarse de ello le costaba mucho.

La envidió, a Ella.

Envidió a Adam.

Quiso que él la quisiera, aunque solo fuera un segundo.

Quiso que todo cambiara, que los planetas parasen su trayectoria y giraran hacia el otro lado un instante, llevándolos a una realidad paralela donde la muerte, el amor y la vida no fueran más que fichas con las que jugar, como en una partida de ajedrez.

En la que Adam la abrazara, la besara y le regalara eso.

—¿Nunca te has enamorado? —preguntó él.

—No.

—Algún día.

April sonrió.

—Recuerda lo de mi don.

—Es cierto. ¿Con quién fue?

—¿De qué hablas?

—¿A quién le has roto el corazón, April? Si ese don existe, será porque ya lo has visto actuar.

April recordó su infancia. Rememoró esos instantes en los que fantaseaba demasiado y creía vivir dentro de un cuento en el que era una chica con un poder peculiar que provocaba que los corazones se agrietasen cuando ella hacía algo mal. Un don que no existía, pero que la había ayudado a lo largo de los años a que todo doliese menos.

Vivir en aquel mundo de dones inventado había sido más fácil que hacerlo en la vida que le había tocado.

—¿Te cuento un secreto?

—Dicen que soy bueno guardándolos.

—En realidad... me lo inventé. Soy una chica de lo más normal. No tengo nada en especial, Adam. Nada. Por eso lo hice.

Se miraron y él tuvo miedo por ella, por todo eso que comenzaba a descubrir en las profundidades del océano inmenso que era April.

—Yo creo que eres realmente especial, Harper.

Un sollozo los envolvió y ella lo tapó con su mano.

—¿En serio?

—En serio. Con don y sin él. No quiero que llores más. —Se secó las lágrimas con premura y apartó la vista para que él no las viese—. No he querido decir eso. Lloro si lo necesitas, April, pero me encantaría saber qué hacer para que no sintieras esas ganas de desahogarte.

Ella volvió la cabeza y se encontró con el rostro de Adam, tan igual al de siempre y tan diferente...

Los dedos de Adam se movieron sobre sus mejillas, haciendo desaparecer ese dolor que había expulsado por los ojos. Después cogió aire y se dijo que ya estaba bien, que ninguno de los dos merecía acabar la noche de esa manera, que se tenían el uno al otro y que ese ya era motivo suficiente para sonreír.

—¿Sabes? Ahora mismo no encuentro ninguna razón para seguir estando triste.

—Bien. ¿Qué te apetece hacer?

—Quiero ir al río. Vamos.

Cruzaron las vías del tren y caminaron hacia el Woldenberg Park, disfrutando del paseo que rodeaba el Misisipi.

La noche estaba preciosa; o quizá era que se sentían mejor, y cuando te encuentras bien todo parece tener otro color.

Llegaron a una zona sin vallar y se sentaron en el césped cercano a la orilla, con los codos tocándose, y observaron el agua, oscura y en apariencia impenetrable a esas horas.

A ella le parecía un universo infinito.

A él, un agujero negro.

April cerró los ojos y percibió que allí respiraba mejor. El viento le traía el olor del río, del vapor de los barcos, de la comida de los locales de la zona, de la Navidad y el de Adam.

Apoyó la cabeza en su hombro y sonrió.

Adam notó la presión que la cabeza de April hacía sobre su cuerpo y le gustó, porque cada vez era capaz de sentir más cosas, lo que le confirmaba que era cierto, que volvía a estar vivo por dentro.

Inevitablemente, recordó otros momentos allí mismo, con otra persona. Mirando la ciudad, hablando de las criaturas que vivirían ajenas a ellos bajo esas aguas, paseando, riendo.

No supo por qué ocurrió, pero abrió la boca y parpadeó sorprendido al darse cuenta de que, por primera vez, aquellos recuerdos no dolían, solo sentía una leve nostalgia por ellos, por haberlos perdido, pero también se sintió afortunado por haberlos tenido.

Eran suyos. Y eso nadie podría arrebatárselo nunca.

Se miró la muñeca y acarició aquella tela vieja con los dedos. Rememoró el tacto que un día había tenido y lo poco que se parecía al de entonces; ahora la tela estaba áspera y algo sucia. No tenía nada que ver con la sensación de rozarla cuando Ella la llevaba atada al cuello.

Eso ya solo era un recuerdo. Y le pertenecía solo a él.

Comenzó a deshacer los fuertes nudos con la otra mano.

April sintió el movimiento y alzó la cabeza al darse cuenta de las intenciones de Adam.

—¿Qué estás haciendo?

—Quitármelo.

—¿Por qué?

—No significa nada.

—Eso no es verdad.

—Solo es una tela.

—No es solo una tela, Adam. No tienes por qué hacerlo. Hoy ya has hecho

bastante.

Era verdad, habían sido dos días llenos de nuevas experiencias, pero además habían ayudado a Adam a abrir aún más los ojos y a comprender ciertos aspectos de la vida que se le escapaban. Y todo había sido gracias a ella, a April.

—Pero... me apetece. Solo son cosas, April, tú me lo enseñaste. Da igual que las tire, siempre me quedarán los recuerdos. Son míos.

—Eso es muy inteligente.

—Además, siento que cada día me presiona más. Me ahoga. Y casi no noto las cicatrices.

Adam deshizo el último nudo y el pañuelo se meció por el viento frente a ambos. Después se pasó los dedos por las marcas.

—Pero ¿no sentir las es bueno o malo?

—Está bien olvidarse un rato de ellas, pero no quiero hacerlo del todo. Prefiero recordar cada día lo que estuve a punto de hacer. Quiero mirarlas y verlas como un error y no como una salida, como estoy haciendo ahora. Por fin me doy cuenta de lo que hice y no quiero olvidarlo nunca.

—Eso está muy bien.

April estiró la mano, casi pidiéndole permiso, y posó los dedos sobre los del chico, tapando y acariciando junto a él aquellas señales de un Adam que ya no estaba, que había logrado sobrevivir a sí mismo.

Él apartó los suyos y la dejó dibujar con sus yemas cada marca, cada sendero, cada bulto que con el paso del tiempo se notaría menos, pero que nunca olvidaría que estaba allí. Y April lo hizo, leyó las cicatrices de Adam como si fueran un cuento, o un lenguaje propio que le relataba un episodio de su vida que siempre formaría parte de él, pero que ya nunca permitiría que lo guiara.

—Vamos.

—¿Adónde?

—A deshacernos de él.

Adam cogió la mano de ella y comenzó a andar rápido por el paseo. April no pudo evitar echarse a reír cuando los pasos se convirtieron en una carrera por ese camino hasta llegar a una pequeña entrada que servía de amarradero para los barcos; durante el día solía estar abierto, pero a esas horas estaba cerrado por seguridad por una verja metálica de solo un metro de altura. Adam miró a los lados y saltó en un segundo, haciendo reír aún más a April, que lo siguió, ayudándose de sus manos para pasar al otro lado.

Los únicos testigos cercanos eran un barco de vapor descansando en el siguiente embarcadero y las notas de un saxofonista que ponía música al momento desde algún punto del paseo.

Adam la acompañó, riéndose también y sintiendo cómo sus pulmones se llenaban de algo nuevo con cada carcajada. Respiraba entrecortadamente, pero April sabía que no era solo por la carrera ni por lo que significaba ese gesto ni los muchos otros que comenzaba a hacer, sino por la sensación de euforia, por compartirlo con ella e, incluso, porque estaba siendo hasta divertido.

Estiró el brazo, dejando que la tela volara frente a ellos sobre las aguas marrones del Misisipi, solo sujeta por dos dedos, después volvió la cabeza y miró a April. Lo hizo como si únicamente estuvieran ellos dos en toda Nueva Orleans; al menos así se sintió April, que le sonrió y le pasó la mano por la cintura, abrazándolo.

Adam suspiró al notar a la chica rodeándolo, haciéndole sentir menos solo que en toda su vida, pese a que allí solo estuvieran ellos haciendo algo tan tonto como tirar un viejo trozo de tela al río.

Después lo hizo. Lo soltó.

Y vio cómo otro trocito de su pasado se perdía en las ganas de vivir un futuro que cada vez veía más cerca.

Y se sintió... se sintió liberado.

Pasó un brazo por encima del hombro de April y la atrajo hacia sí, devolviéndole ese abrazo, aspirando el aroma de su pelo, parecido al de la

fruta fresca, y se quedaron allí un tiempo indefinido. A la orilla del río. Observando la noche que los observaba a su vez. Respirando. Sonriéndose sin mirarse. Queriéndose y dejándose querer.

—Ya está.

—Sí. Ya está.

Adam se separó del cuerpo de ella y April lanzó una pregunta.

—¿Y ahora qué?

—Ahora te toca a ti.

Le apartó un mechón de pelo que se le había pegado a los labios por la brisa que tan cerca del agua parecía golpear con más fuerza, y sonrió cuando April bajó la mirada hasta sus pies, repentinamente incómoda.

—Es tarde..., quizá debería volver a casa.

El chico negó con la cabeza y sonrió más ampliamente.

Ella notó que se le secaba la boca y le temblaban las piernas.

Adam se dijo que había estado muy bien, él se sentía realmente bien, pero seguía sin saber qué hacer para que April también se soltara de eso que la tenía agarrada y que le hacía daño. Debía ayudarla. Quería hacerlo. Así que pensó y pensó, hasta que se le ocurrió una idea.

—¿Te apetece cantar?

Parpadeó sorprendida, hasta que la expresión de Adam la conmovió, porque estaba calmado, casi aliviado, y exultante a la vez, como si derrochara energía por cada poro de la piel. La miraba deseando escuchar un sí, con ilusión en sus ojos y deseo en su sonrisa. Nunca lo había visto tan... tan... tan... feliz. Así que April no pudo más que asentir, diciéndose a sí misma que esa mirada bien valía cantar o lo que él quisiera.

—Dime una canción.

—No.

The Cat's Meow estaba cerca del local de Benjamin, en la famosa Bourbon Street.

April no había entrado nunca, pero había oído hablar de él un montón de veces. Y allí estaban, en una mesa alta y sentados en taburetes, ambos con un refresco.

Adam sonreía sin parar, llevando con los pies el ritmo de la canción que un joven estaba interpretando con bastante decencia.

A su lado, April temblaba, sudaba y pensaba en formas de desaparecer.

—Necesito un título —insistió el chico.

—No voy a volver a hablarte jamás.

—Dímelo, April.

—No pienso cantar.

Adam se acercó a ella y le susurró pegado a su oído hasta hacerla estremecer.

—Necesitas soltarte.

—¿Y quién te ha dicho a ti que a mí lo que me sirve es subirme a un escenario como a ti?

—Nadie, pero al menos será divertido. Liberarás tensión. Hazme caso.

Le guiñó un ojo y April quiso odiarlo, pero no pudo. Deseó hacerlo, porque ella nunca lo había presionado a hacer nada que no deseara, y allí estaban, frente a un público bastante animado y a punto de hacer el ridículo de su vida, y todo porque Adam Clayton sonreía y ella se nublaba.

—Me voy a casa.

Hizo amago de levantarse, pero él la agarró por el brazo y la obligó a sentarse de nuevo.

—April...

Se miraron. Muy cerca. Tan cerca que April pudo descubrir sobre uno de sus párpados dos lunares que hasta entonces no conocía. Tan cerca que Adam pudo leer el miedo en los ojos de ella, pero también ver su valentía arrasando con ellos antes de que ese miedo tomara el control.

—¡Vale! ¡De acuerdo! —aceptó, refunfuñando por lo bajo.

—Buena chica.

—*Human*, de Christina Perri.

No pensó demasiado; Adam asintió.

—Me gusta.

Desapareció unos segundos a hablar con el camarero, segundos en los que April pensó en huir, pero no lo hizo, porque en el fondo quería estar allí y escapar por unas horas de todo eso que cada vez le pesaba más, pero haciéndolo con Adam a su lado.

Él volvió sonriente y se sentó junto a ella. Se mantuvieron en silencio, contemplando ese escenario por el que fueron desfilando diferentes personas, hasta que su nombre apareció en una pantalla y cogió todo el aire que sus pulmones fueron capaces de albergar.

Adam le cogió la mano y le susurró al oído, antes de darle un beso en la mejilla, pero que April percibió más íntimo, más sentido, más en la comisura de los labios como un reflejo.

—Ahora sube y déjalos boquiabiertos.

Dio los primeros pasos, nerviosa. Subió y agarró el micrófono con fuerza; más aún cuando la música comenzó a sonar.

April no sabía cantar. Bueno, todo el mundo sabe hacerlo, pero no lo hacía especialmente bien. Ella lo sabía, y su madre, y Otto, y de repente también Adam y un montón de desconocidos que la observaban desde sus mesas.

Sin embargo, nada de eso importó, porque April escapó. Se soltó de todo eso que la mantenía en un estado de tristeza que comenzaba a mandar en ella. Se dejó llevar. Se olvidó de lo malo que la vida le había hecho afrontar y sonrió cuando la canción subió de tono y tuvo que alzar la voz. Sonrió también cuando vio la sonrisa de Adam frente a ella y cuando cogió el micrófono y comenzó a pasearse por el escenario, como si hubiera hecho eso mismo miles de veces. Lo hizo también cuando sus caderas comenzaron a moverse, a mecerse al ritmo de la canción y los aplausos de ese público que pareció comprender lo que estaba sintiendo la acompañaron de fondo. Sonrió más ampliamente cuando Adam silbó por encima de las voces y aplaudió como un

loco, y cuando ella le guiñó un ojo, igual que él había hecho antes. Y lo hizo más aún y como nunca antes lo había hecho cuando dobló el cuerpo hacia delante en una reverencia antes de bajar y después echó a correr hacia su mesa, en la que Adam la recibió con los brazos abiertos y la acogió en un abrazo que para April lo significó todo.

—¡Deja de reírte! —exclamó ella, con el rostro aún perdido en el cuello de él y sintiendo las carcajadas de Adam en su cuerpo.

—Perdona. Has estado genial.

—Canto fatal.

—Es cierto.

April le dio un puñetazo en el estómago y se llevó las manos a la cabeza al darse cuenta de lo que había hecho.

Podría parecer que no tenía tanta importancia; al fin y al cabo, solo era una chica cantando en un karaoke, pero para ella significaba mucho más. Significaba que, incluso cuando las cosas iban mal, siempre había motivos para reírse a carcajadas.

—Dios..., ¡ha sido impresionante! Podría robarte el don de la música si me esforzara un poco.

—Podrías.

—¿En serio?

—No lo creo —bromeó él—. Pero ha sido increíble. De verdad. Te has comido el escenario.

—Gracias.

—¿Por qué? Es verdad. Los tenías a tus pies.

April alzó la mirada y de repente se puso seria, porque necesitaba que él fuera consciente de lo que había hecho, de lo que le había regalado.

—Por eso no. Por el regalo de hoy. Por todo. Lo necesitaba.

—Ha sido mutuo.

—Ahora sí que debería volver, Adam.

Él asintió.

—Vamos. Te acompaño.

—Vives lejos.

—Benjamin me acercará a casa en coche cuando cierre, no te preocupes.

Regresaron a casa de April paseando despacio. Demasiado despacio, como si quisieran que esa noche no terminara nunca. Como si les hubiera sabido a poco.

Supongo que nadie quiere salir de un paréntesis de realidad cuando esta no es como deseamos. Y eso le pasaba a April, que entrar en aquella casa le suponía un esfuerzo inmenso después de sentirse liberada de sus propios fantasmas aquella noche de la mano de Adam.

Pero, lamentablemente, el tiempo no se congeló y llegaron a la puerta.

Las luces estaban apagadas.

Se quedaron uno frente al otro y entonces una neblina extraña los rodeó.

No se querían despedir.

No querían que aquella sensación acabara.

No querían...

—Bueno, pues nos vemos el viernes.

Ambos suspiraron. Adam se pasó la mano por la nuca. April supo que iba a decir algo más, pero le dio miedo.

—Sí. Yo...

—No digas nada, Adam.

—Vale.

Se acercó a él y, por primera vez, fue ella la que posó sus labios en su piel y le dejó un beso, cálido y sentido.

—Gracias por hacerme sentir especial.

—Gracias a ti por serlo, April.

Café con jengibre

El mundo es redondo y aquel sitio que parece un final podría ser también un comienzo.

IVY PARKER

Marie se echó a reír. La sorprendió darse cuenta de que no se había olvidado de cómo hacerlo. Supuso que hay cosas que nunca se olvidan, como andar en bicicleta, como nadar o como reírse con ganas con su hijo.

Como amar.

Si le hubieran dicho meses antes que eso volvería a ser posible, reírse hasta liberar lágrimas que no albergaran tristeza, no se lo hubiese creído y, sin embargo, ahí estaban, sentados uno junto al otro en las mecedoras del porche, con una taza caliente de café en las manos y compartiendo un cigarrillo de esos que supuestamente ninguno de los dos fumaban.

—Pensé que lo habías dejado —le dijo Adam a su madre; después soltó el humo formando círculos, que se perdieron frente a ambos.

—He vuelto a fumar.

—¿Cuándo? —Ella dudó y él enseguida lo comprendió; sin ser consciente de ello, en el último año toda su vida había girado en torno a una única cosa, así que ¿cómo culpar a una madre de agarrarse a un vicio olvidado al encontrar a su hijo más cerca de la muerte que de cualquier otro lugar?—. Lo entiendo, mamá. De verdad. No te estoy riñendo. Ni siquiera tengo derecho a hacerlo —comentó, señalando el cigarro que sostenía entre los dedos.

Asintieron y siguieron contemplando el cielo despejado.

Habían comido juntos y después salido al porche con dos tazas de café con

jengibre y un par de mantas. Una rutina que Adam había disfrutado con Ella infinidad de veces cuando eran vecinos y que, de repente, había recuperado con su madre.

No dejaba de descubrir cosas que le encantaban por sí mismas, no solo porque le hubieran venido dadas de la mano de Ella. Había aprendido, gracias a April, que el mundo no giraba en torno a un solo eje, que había mucho más allá y que dejar todo en manos de una sola persona no era sensato ni medianamente inteligente.

Y menos cuando esa persona ya no está.

—Hoy tengo terapia. Llegaré tarde.

—¿Saldrás después con April?

—Sí. Quiero llevarla a un sitio.

—Me parece muy bien.

Las cosas habían mejorado para Adam. Los días habían pasado a tener un color nuevo, como si, de pronto, Adam se hubiera quitado unas gafas que le impedían ver lo que de verdad lo rodeaba.

Había descubierto un propósito en las sesiones con Lewis. Pasar tiempo con los suyos volvía a tener sentido, como aquellos ratos que su madre le agradecía con una felicidad casi palpable; también con Benjamin, volviendo a tocar de vez en cuando y sintiendo un placer en todo ello que había olvidado que podía percibir. Compartiendo los minutos con April, aunque llevaba una semana sin verla y eso lo inquietaba un poco.

Se había acostumbrado a verla aparecer por el jardín de su casa con una película bajo el brazo, una bolsa llena de dulces o simplemente con una sonrisa. Se había acostumbrado a su cercanía, a sus comentarios un tanto excéntricos sobre la vida, a las conversaciones sin filtros, a mirarla cuando ella no sabía que estaba siendo observada.

Se había acostumbrado a ella, sin más, y asumía que la echaba en falta; que ya formaba parte de esa nueva etapa que estaba comenzando para él y que por fin le agradaba.

Por las mañanas, cuando abría los ojos, recordaba el punto exacto en el que estaba su vida; era automático. Cada día lo veía pasar todo como en una secuencia de una película dramática en la que él era el protagonista; el accidente, la caída a sus propias profundidades, el intento de suicidio, el levantarse poco a poco de aquel agujero y volver a tocar el cielo con los dedos.

No podía evitarlo, ni tampoco quería, porque hacerlo sería un poco como olvidarlo.

Sin embargo, después de todas esas imágenes que sentía como quemaduras por dentro de su cuerpo, aparecían otros momentos. Instantes. Nuevos recuerdos que habían nacido como consecuencia de todo ese dolor, pero que no deseaba que se esfumaran jamás.

Veía a April, animándolo a entrar en el centro, cuando parecía uno de los niños perdidos de Peter Pan, como ella, tan Wendy sin proponérselo, le había comentado en una ocasión. La veía ofreciendo galletas a personas rotas, sonriendo para consolar. La veía a su lado, dándole la mano sin tocarlo, y después agarrándose a sus dedos como si lo hubieran hecho siempre. Veía a April abrazándolo en una bañera y convirtiendo ese rincón en sitio seguro; en casa. La veía llorando, mostrándole que ella también era débil y más humana que ninguno. La veía en la orilla del río, ayudándolo a ahogar sus monstruos, y sobre un escenario, gritándole que también tenía los propios, aunque aún no los hubiese hecho visibles.

Adam terminó el cigarro, lo apagó en el cenicero y se despidió de su madre dándole un apretón en el hombro que ella aceptó poniendo una mano sobre la suya unos segundos.

«Todo va bien —se dijo Marie, aún sin creerse el cambio que había dado Adam—, por fin respiramos.»

April salió de casa con el plato de galletas en las manos y dando un portazo. Las paredes no se movieron, pero ella sintió que sí, que temblaron los

cimientos de arriba abajo como consecuencia de su ira; hasta percibió que una teja se caía y se hacía añicos contra el suelo.

Se imaginó a su madre con la cara oculta entre sus manos, aún sentada a la mesa de la cocina, y llorando, decepcionada por tener una hija como April Harper.

No se volvió, pero percibió la carita de Otto pegada al cristal de la ventana de su habitación, con el ceño fruncido y decepcionado también por no llevarlo aquella tarde con ella. No obstante, cuando ellas discutían, Otto se alejaba.

Al llegar al centro, Lewis la abordó.

—Entra un segundo, April, tenemos que hablar.

—Claro.

Lo hicieron.

Dentro de ese despacho se dijeron verdades, pero April no escuchó.

Estaba bloqueada. Estaba cayendo en una espiral propia, que había visto en infinidad de ocasiones en otras personas, en todas las que formaban parte de ese círculo, pero no en ella. Ella siempre había resistido, era tenaz, podía con todo lo que la vida le diera y, si flaqueaba, siempre podía mudarse a vivir a esa realidad alternativa que nacía en su imaginación y en la que sí que podía ser feliz.

El problema era que eso solo funcionaba a ratos, ratos que cada vez eran menos, porque la realidad acababa siendo más fuerte.

Además, en esa realidad de la que a veces huía estaba Adam; vivo, de carne y hueso, con todo lo que implicaba.

—Me ha llamado Pauline. Me ha contado vuestra discusión de hoy. Esto no está funcionando, April.

—No creo que ella esté en disposición de dar consejos ni de hacer suposiciones —escupió con desprecio, pensando en las últimas semanas con su madre. Después se sintió fatal por ello.

—Volveremos a retomar las sesiones individuales.

—No será necesario.

La expresión de Lewis mutó en una que April conocía bien, pero que nunca antes había utilizado con ella. Lo percibió alejándose de esa figura paternal que solía ser para ella y convirtiéndose en el terapeuta.

April notó que el corazón se le resquebrajaba un poco más al darse cuenta de que no solo decepcionaba a su madre y a Otto continuamente, sino que también lo acababa de hacer con Campbell.

—Puedes cuestionar el juicio de tu madre, pero no mi profesionalidad. — Ella agachó la cabeza y quiso echar a correr—. ¿Estás tomando la medicación?

—Sí —mintió. Él también lo supo.

—Bien. Nos reuniremos la semana que viene, volveré a preguntártelo y espero que entonces me digas la verdad.

Al salir, pensando en cómo el círculo de aquella espiral que comenzaba a asfixiarla sin solución se cerraba sobre ella casi del todo, atrapándola, se dio de bruces con Adam.

Él llevaba una de esas gorras que le tapaban los ojos. A April le daban ganas de quitársela de un manotazo para verlo mejor y poder leer en ellos todo eso que escondían, pero luego se decía que no, porque eran parte de esa versión del Adam que ella había conocido y que tan perfectamente imperfecta le parecía. Con sus luces y sombras. Sus taras. Sus partes más rotas.

Sus camisetas de manga larga tapando las cicatrices que ella sentía latir como si fueran suyas. Sus pecas dibujando mapas en su piel. Sus sonrisas, cada vez más frecuentes, que a April le daban motivos para olvidarse de su mundo y crear uno en el que solo estuviese él.

—Hola, estrella —la saludó, refiriéndose con ese término a la última noche en que se habían visto, cuando ella se enfrentó a su tristeza cantando sobre un escenario; April se forzó por sonreír, aunque le salió a medias—. ¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

—Estupendamente.

Se alejó por el pasillo y entró en el aula, dejándolo solo y casi con la

palabra en la boca, pero no podía soportar en aquel momento decepcionar a nadie más, así que April prefirió huir de esa posibilidad.

Si llegaba a decepcionar a Adam, se hundiría del todo; no podía permitirlo.

La sesión transcurrió con normalidad, aunque con demasiadas miradas de Adam hacia ella que April no comprendía del todo. Estaba preocupado, lo sabía, pero no entendía por qué no la dejaba en paz; él más que nadie debía de saber qué se necesita al encontrarse en ese estado.

Al terminar, se puso la cazadora y salió entre el tumulto, disimulando para pasar desapercibida, pero Adam fue más rápido y la agarró del codo.

—Oye, ¿tienes prisa?

—No.

—Entonces ¿por qué huyes de mí?

—No huyo de ti.

—Pues de lo que sea que estés huyendo. —April se mordió el labio y suspiró; se sentía tonta, porque daba igual lo rápido que corriera, en realidad huía de sí misma y eso era un imposible—. ¿Tienes planes?

—No.

—Bien.

Y Adam sonrió. Y April se dijo que quizá así era mejor; al fin y al cabo, prefería estar con él en el lugar más oscuro del mundo que volver a su casa.

Salieron y se dirigieron a la parada de tranvía más cercana. Adam sacó dos pases de un día para poder moverse sin problema de una línea a otra, y se sentaron en uno de los bancos.

April se asomó a la ventana abierta y se abrazó, porque con el movimiento sentía la brisa fría colándose bajo el abrigo.

—¿Adónde vamos?

En realidad no le importaba; solo quería irse lejos, lo más lejos posible de esos monstruos internos que la perseguían sin descanso.

—A ninguna parte.

—¿Cómo que a ninguna parte? Siempre se va hacia algún sitio, Adam.

Miró al chico confundida y percibió cómo se sonrojaba un poco.

Él pensaba que aquello era una tontería descomunal, pero por un momento le había parecido una buena idea. April gritaba en silencio que necesitaba escapar, igual que la noche anterior en la que acabaron en un karaoke, así que él solo quería ayudarla por unas horas. Devolverle al menos una pequeña parte de todo eso que ella le había regalado a él sin pedir nada a cambio. Y se le había ocurrido hacerlo repitiendo eso que él había hecho tantas veces a solas y que únicamente una persona como April podía llegar a entender.

—No lo sé. Simplemente... hacía esto muchas veces. Antes. Me montaba en el tranvía y daba vueltas por la ciudad, pensando en mis cosas. Después me bajaba en cualquier punto y volvía andando a casa. Te juro que no estoy tan loco como parece a ratos.

April no pudo evitar reírse. Tuvo la sensación repentina de que hacía siglos que no lo hacía. Después meditó sus palabras y lo entendió al instante. Aquello era como un paréntesis. La sensación de viajar por un túnel hacia ningún lugar que pudiese hacer daño, pero sin salir de la ciudad. Una especie de descanso de uno mismo.

¿Cómo no iba a comprenderlo? No hacerlo sí que era de locos.

—Es bonito. La ciudad se ve diferente desde aquí.

—Quería compartirlo contigo. A mí me solía calmar cuando nada iba como esperaba.

Entonces, la chica se tensó, porque se lo imaginó con Ella, recorriendo la ciudad de noche y espantando a los monstruos, y por primera vez aquello la enfadó.

¿Por qué? Porque April respetaba los sentimientos de Adam, pero no quería ser un segundo intento, una repetición, el bis de una canción bonita, no. Ella quería ser una canción única en la vida de Adam. Fea o no, le daba igual, pero diferente. Con su propio espacio y peso ganado. Así que la posibilidad

de que estuvieran haciendo aquello que él había hecho con Ella con anterioridad le dolió.

—¿Venías con Ella?

—¿Qué? No. —Adam soltó una risa y sacudió la cabeza, como si le hiciese gracia pensarlo siquiera; como si fuese imposible que a Ella le gustase aquello; April se relajó, apoyándose sobre su hombro, y le rodeó el brazo con la mano—. Esto era algo... era algo mío. No sé por qué dejé de hacerlo. Se está bien aquí.

April sonrió y Adam sintió el gesto dibujado sobre la tela de su cazadora.

—Gracias. Por compartirlo solo conmigo.

Hubo un silencio largo como respuesta. Un silencio en el que ambos pensaron lo que significaba aquello. Un silencio en el que Adam se dio cuenta de la importancia de ese «solo conmigo»; porque la tenía. Su camino seguía bifurcándose y alejándose de un pasado que siempre dolería, pero que no tenía por qué interferir en un futuro feliz.

Bajaron del tranvía y caminaron un rato, hasta la parada de otra línea diferente, y repitieron aquel viaje que parecía no tener ningún sentido, pero que para ambos lo tuvo, como si los acercara a un destino que llevaban mucho tiempo esperando.

Adam mirando por la ventana, con los pies descansando en el respaldo del asiento de delante, y April con la cabeza apoyada en su hombro, casi abrigada por todos esos pequeños detalles que Adam le daba y que iban formando en su interior algo grande; tan grande como cualquier universo de los que los rodeaban.

Quizá hasta uno propio que habían ido creando con el paso de los días.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro. Otra cosa es que yo te conteste —bromeó ella.

—¿Por qué te acercaste a mí el primer día?

April se incorporó y lo miró a los ojos.

No se podía creer que Adam no lo entendiera. Que la vida hacía cruzarse a

personas que se necesitaban y que conectaban al instante, y eso habían sido ellos, piezas que encajaban, notas de una partitura de la que compartían la escala.

—Porque era obvio que lo necesitabas. Necesitabas que alguien te dijera que era decisión tuya entrar o largarte. Yo solo lo dije en alto para que lo tuvieras en cuenta.

—Pero... ¿por qué, April? Quiero decir...

—Sé lo que quieres decir.

Lo sabía, pero ¿cómo le confesaba que en cuanto lo había visto había tenido un presentimiento extraño? ¿Un impulso? ¿Una necesidad de encontrar la manera de que él comprendiese que no podía morir?

Como esa sonrisa que te sale en el acto al cruzar la mirada con un desconocido por la calle. Como una gran casualidad que se convierte en lo más posible de una vida. Como esas pequeñas cosas tontas que tienen mucho sentido si les prestas la atención que merecen. Como una locura que se convierte en lo mejor de tus días.

—Me cuesta creer que alguien sea tan bueno, lo siento.

—Y lo entiendo. ¿Sabes? Quizá lo hice por egoísmo.

—Eres la persona menos egoísta que conozco, Harper.

—Te equivocas. Quizá lo hice porque ya intuía que tú acabarías ayudándome a mí.

—¿Lo estoy haciendo?

Y April asintió, asumiendo que quizá ella había ayudado a Adam a salir de ese agujero, pero él a ella le estaba enseñando que podía ser fuerte.

—No te imaginas cuánto.

Volvieron caminando despacio hacia casa de April. Lo hicieron de la mano y hablando sobre esos objetivos que siempre se marcaban en cada comienzo de año y que nunca cumplían, como Adam dejar de fumar o April encontrar

trabajo. También hablaron de otros más profundos relacionados con aprender a vivir al día y asumir que nadie muere de amor.

—Espera aquí.

Al llegar a la puerta ella entró y Adam se quedó en el pequeño porche. Él tocó los móviles que colgaban del techo; estaban hechos de conchas y hojas secas y se imaginó a April construyéndolos con su hermano.

—Toma, es tu regalo de Navidad. —Lo cogió, notando una emoción que hacía mucho que no sentía; la ilusión. Al romper el papel se encontró con una pequeña caja negra—. Igual ya no tiene mucho sentido, pero pensé que...

Lo tenía.

Ya lo había recuperado una semana antes, pero April había querido recordarle su don. Devolvérselo. Regalárselo. Y lo había hecho de muchas maneras distintas.

La abrió y se encontró con el interior de una caja de música.

Se veía el artilugio metálico con puntos grabados. Adam giró la pequeña manivela que lo hacía moverse y cobró vida. La melodía de *Strangers in the night* comenzó a sonar a su alrededor al ritmo que sus dedos marcaban, y Adam pensó en la capacidad que poseían algunas personas de ofrecerte un mundo en algo que entraba en la palma de la mano. Como en una caja de música.

—Me encanta. Gracias. Y sí que lo tiene.

—Bien.

—Bien.

Se miraron fijamente.

Adam no pensó en nada que no fuera en cuánto brillaban los ojos de April bajo la luz de esa luna que los había acompañado esa noche. En nada más que en las ganas que tenía de volver a tener una oportunidad de salvar a April de esos demonios que no comprendía ni conocía, pero que cada vez tenían más visibilidad. En las ganas de volver a hacerla reír.

April deseó que la cogiera de la mano y echaran a correr entre las calles,

alejándola de su propio agujero.

Así que esperó, pero allí no ocurrió nada. Hasta que Adam encontró una excusa para que no tuviese que transcurrir otra semana para volver a tenerla cerca.

—Oye, April..., había pensado..., ¿te apetecería venir a casa mañana? He decidido limpiar el desván. Creo que ya es hora de seguir deshaciéndome de más recuerdos.

Sus labios dibujaron una sonrisa como respuesta.

—¿Quedar para deshacer más nudos? Me parece perfecto.

Entonces, fue Adam el que sonrió.

Recuerdos de calabaza

Tan lejos. Tan cerca.
Como enero y diciembre.

ANÓNIMO

Pauline oyó a April llamar a la puerta de su dormitorio, pero fue incapaz de abrir la boca. Aparentaba eso constantemente, hacerse la dormida cuando apenas era capaz de conciliar el sueño si no era gracias al efecto de las pastillas.

Llevaba demasiado tiempo sintiendo que flotaba en una neblina de autocompasión y no podía más. Sobre todo porque, cada mañana, al despertar y pensar en sus hijos, la decepción que sentía como madre volvía a golpearla con fuerza.

No lo había conseguido.

Echaba la vista atrás y se veía esforzándose, pero nunca llegando a ser la madre que ellos habían merecido. Como si hubiera vivido en una carrera constante en la que cada vez la meta estaba más lejos.

Y ya era tarde.

Minutos después, oyó la puerta de la calle cerrarse con fuerza.

Solo entonces Pauline se levantó. Se puso una bata encima del pijama y bajó a la cocina. Todo estaba recogido, tan limpio y reluciente que le daba la sensación de estar en el plató de uno de esos anuncios de la televisión en los que promocionaban un set de cuchillos o una nueva salsa especiada.

Vio la nota encima de la mesa y parpadeó antes de centrar la vista en las letras torcidas de April.

Voy a casa de Adam. Es un amigo del centro, te dejo abajo su dirección. No creo que te importe, pero a mí sí me sigue importando que sepas dónde estoy por si acabo descuartizada en una cuneta.

APRIL

No pudo evitar sonreír ante su explicación, antes de que sus ojos se llenaran de lágrimas. Después sacó la botella de ginebra que escondía en el fondo de un armario y se llenó un vaso. Pensó en que allí estaba de nuevo, haciendo balance del último año y sintiéndose desgraciada. Se bebió el vaso de un trago y se sirvió otro; solo entonces, gracias a la placidez del alcohol en su organismo, pudo recordar otras fiestas, unas de hacía muchos inviernos, cuando él aún vivía, cuando Tom Harper la besaba cada noche y su mirada era lo primero que veía cada mañana. Y llegaron otros, ya con la sombra de su ausencia, cuando April, Otto y ella bailaban frente al abeto lleno de luces y reían a carcajadas.

Y lo había perdido todo.

¿Cómo podía continuar haciendo aquello?

¿Cómo podía vivir como si no importara?

¿Cómo podía April fingir que sus vidas eran diferentes cuando estaban cortadas por un mismo patrón?

Por eso no lo hacía.

Y por eso se llenó otro vaso, subió al dormitorio y se tumbó en la cama.

Supo que las horas pasarían despacio, tristes y vacías.

Cuando April llegó a casa de Adam, él la esperaba ya en el desván.

—Hola, April.

—Hola, señora Clayton.

—Sabes que puedes llamarme Marie —le contestó con una sonrisa maternal.

Marie se había acostumbrado a verla por allí y le gustaba. Era una chica educada, algo impulsiva y con demasiados pájaros en la cabeza, pero había

llegado a la conclusión de que prefería eso que a su hijo encerrado en una jaula autoimpuesta.

—Perdón, Marie. He traído unas galletas.

—Oh, la chica de las galletas. ¿De qué son hoy?

—De calabaza.

—Me encantan. Adam está arriba. Cuidado con la escalera.

April subió al piso superior y se encontró con una trampilla en el techo abierta, de la que colgaba una escalera plegable.

—Adam...

—¡Sube!

Lo obedeció y se encontró con una buhardilla del mismo tamaño que toda la planta de abajo, pero en la cual el tejado hacía formas que obligaban a ambos a agacharse para llegar a algunos rincones. April pensó que era un sitio con mucho encanto, de esos que guardan secretos. Estaba lleno de cajas y de objetos viejos: un tocadiscos, una bicicleta, una máquina de escribir, un maniquí con el traje de novia de la señora Clayton.

—Es precioso...

April tocó con cuidado la tela con pedrería cosida. Estaba cubierto de polvo y algo sucio por el paso del tiempo, pero seguía siendo un vestido que cargaba sueños de juventud.

—Deberías decirle que te enseñe las fotos de la boda. Le encantaría.

—Lo haré. ¿Qué estás haciendo?

—De momento, mirar las cajas.

Se sentía un poco ridículo confesando la verdad, pero es que eso era lo único que había sido capaz de hacer desde que había subido allí, sentarse delante de esas cajas y observarlas. Creo que Adam podría hasta haberle dicho a April los centímetros exactos que medían del tiempo que había estado estudiándolas.

—No muerden.

—Lo sé.

Pero lo hacían los recuerdos que escondían; mordían. Ocho años de instantes congelados dentro, desde aquel primer verano, cuando solo tenían doce años y se odiaron, hasta aquel otro en el que cumplieron quince y se besaron por primera vez, o ese otro, rozando los veinte, en el que se habían mudado a aquel viejo apartamento en Bywater y habían creado un hogar tangible y propio.

Mordían; más cuando sabía que era el momento de despedirse de ellos también.

Además, la última vez que Adam se había enfrentado a una de esas cajas había acabado en una bañera hecho pedazos.

—Te estaba esperando. Contigo es más fácil.

—Vamos allá.

April no se lo pensó demasiado y tiró de la cinta adhesiva que cerraba la primera. Estaba llena de objetos decorativos, cuadros, algún libro y matrículas de otros estados. Aquellos trozos de metal numerados le fascinaron.

—Son recuerdos de los estados que íbamos visitando.

Sonrió, imaginándose los viajando, con los pies de Ella en la guantera de una vieja ranchera y con Adam a su lado tarareando canciones.

—Nunca he estado en Las Vegas —confesó, entregándole la muestra rectangular de que ellos sí.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. En realidad, nunca he salido de Luisiana.

Adam la observó y de repente vio a una April distinta, con sueños por cumplir, con carencias, con vacíos. Y se prometió que haría lo posible por llenar los que estuvieran en su mano.

—Iremos. Pero cuando cumplas los veintiuno, no pienso volver allí con una menor.

—Aún faltan dos meses.

—¿No vas a quererme a tu lado entonces?

April rio ante el puchero infantil del chico. Después su expresión se tornó

sería, porque supo algo con la certeza del que descubre la solución a un acertijo de forma espontánea. Lo supo, sin más, y tuvo la necesidad de que él también lo supiera.

—¿Sabes una cosa? Ya no creo que pudiera imaginarme un mundo sin Adam Clayton en él.

Él tragó saliva, un nudo de sensaciones nuevas que disfrutó y almacenó a buen recaudo, y después sonrió, agradecido por que ella hubiera aparecido en el suyo.

—Y no sabes lo bien que eso me hace sentir.

Las siguientes cajas fueron más complicadas.

Adam tembló cuando encontró la pequeña; la de zapatos; la que le había hecho tocar fondo.

April cogió aire y entró en aquel mundo de fotos y retazos de una vida que no le pertenecía, observando cada una con cuidado, casi con mimo, estudiando el rostro de Ella, bonito, delicado, dulce. También el de Adam, a su lado, en apariencia feliz.

—Era muy guapa.

—Sí.

Le tendió otra instantánea, una en la que estaban tumbados sobre una cama, tapados hasta la barbilla, despeinados y sonrientes.

—Hacíais buena pareja.

—Me gusta esta foto.

—Deberías guardarla.

Adam suspiró profundamente, porque aquello sí que costaba un esfuerzo inmenso.

No quería guardar todas esas fotografías en un desván, escondidas y cogiendo polvo, como si fuesen algo oscuro o un secreto que lo avergonzara, pero tampoco podía volver a exponerlas. Se veía cerrando etapas, abriendo

nuevas ventanas desde las que observar y aprender de ese mundo que seguía girando.

—Las fotos no puedo tirarlas. Creo que les llevaré unas cuantas a sus padres.

April negó con la cabeza, aún con esa foto en las manos.

—Me refería a colocarla en un lugar especial. Visible. Es un recuerdo bueno, Adam, cada vez que la veas deberías sentir lo que has vivido ahora al mirarla, y no lo que vino después.

—Quizá lo haga.

Almorzaron las galletas de April encerrados en ese desván.

El olor de la calabaza se mezcló con el de los recuerdos a los que Adam iba diciendo adiós y con otros nuevos que iba creando de la mano de la chica de los ojos de gato.

Al terminar, bajaron las cajas y Adam las separó en tres bloques, una para beneficencia, otra para dársela a los Davis y una pequeña para él.

Pensó en lo curioso que resultaba que algo que había sido tan trascendental para él pudiera guardarse en unas cajas tan pequeñas.

Marie los encontró sentados en la entrada mientras Adam fumaba con los codos apoyados en el último escalón. Sonrió sin remedio, porque aquella ecuación era difícil de comprender, pero era bonita a su modo. La chica lo miraba y Marie sabía por su expresión que no solo era eso, sino que lo veía; a ese Adam de verdad que ella tan bien conocía, con sus defectos y sus virtudes, con todas sus partes.

Que lo aceptara de esa manera la conmovía como madre, pero ¿qué pasaba con las partes de April?

—April, ¿quieres quedarte a comer?

Ella se volvió y le sonrió agradecida.

—Me encantaría.

Entraron y compartieron la mesa. Fue sencillo y cómodo. Natural. Disfrutaron de una calma que a April le confirmó que aún había casas que sí

que eran hogares, y Adam tenía la suerte de contar con una de ellas.

Hasta que se levantó para acompañar a Marie a la cocina a fregar los platos, mientras él servía el café en el comedor.

—¿Cenas esta noche con tu familia?

—No lo creo —dijo, tragando saliva al pensar en lo que se encontraría de nuevo al llegar a casa.

Que fuera Navidad o Año Nuevo no importaba; para Pauline Harper solo eran días que recordaban otros pasados que nunca volverían.

Marie no sabía cómo decirle a la chica que conocía su secreto. Que confiaba en ella y le tenía aprecio, pero que no comprendía demasiadas cosas como para sentirse segura por su hijo. Y era su deber protegerlo.

—April, yo... Hablé con Lewis. —Un plato se le resbaló a April, haciendo un ruido seco sobre la encimera—. Él me contó...

—Ya.

—Tranquila, no es asunto mío, pero en algún momento tendrás que contárselo a Adam.

Después de tomar el café, subieron al dormitorio de Adam.

No solían hacerlo, ya que habían creado rutinas muy marcadas en aquella casa sin darse cuenta, como ver películas en el salón o compartir secretos en la bañera.

A April le gustaba la bañera. Lo raro que era hablar allí dentro. Lo natural que ya les resultaba. El significado tan íntimo que tenía y que solo Adam y ella comprendían. Como otro secreto. Como tantos que cohabitaban con ellos.

No obstante, en aquella ocasión, April necesitaba tener lejos a la señora Clayton después de la conversación que habían mantenido, y tampoco quería estar con Adam en un sitio que ya albergase recuerdos y sensaciones.

Deseaba estar con él en un lugar nuevo.

—Podrías poner la foto aquí —dijo, señalando una estantería.

Adam lo pensó, pero no terminó de convencerlo.

Observó su dormitorio de la juventud, que había vuelto a tener vida tras verse obligado a mudarse allí, y encontró un rincón de una de las paredes sin cubrir; un espacio en blanco que parecía haber sido dejado aposta para esa fotografía. El resto del muro estaba cubierto por pósteres, carteles de cine y cosas por el estilo.

—¿Qué tal aquí?

—También.

Adam cogió una chincheta y la colgó, sin más. Y no dolió. No sintió nada al respecto más allá de la dulce nostalgia de un buen recuerdo. Todo había cambiado de un modo que lo sorprendía; y había sido un proceso largo que sabía que aún no había terminado, pero al menos ya era capaz de mirar al futuro y ver un camino.

Se volvió y se encontró con el rostro de April fijo en algún punto al otro lado de la ventana; contempló sus ojos, perdidos, turbios de ese algo que no la abandonaba ni un segundo de las últimas semanas.

—Eh, ¿estás bien?

—Sí.

—Yo creo que no.

Y no lo estaba.

Se dio la vuelta y se sentó en la cama.

April sabía que Marie Clayton tenía razón, que debía decirle a Adam de qué no dejaba de huir, pero tenía miedo; miedo de tener que afrontar una realidad que odiaba; miedo de que él escapara.

Adam la imitó y se sentó a su lado. Después la empujó, obligándola a tumbarse sobre la almohada. Quería que dejara de pensar; de dolerle; de sentir. Necesitaba sustituir aquello que hacía que sus ojos parecieran menos vivos por otro sentimiento que los hiciese despertar, aunque fuera un instante fugaz.

—¿Qué haces, Adam? —se quejó, tensándose, mientras el cuerpo de él se acoplaba con el suyo, en un abrazo casi perfecto.

Adam se dio cuenta de lo mucho que le gustaba abrazarla y de lo natural que les había salido desde el principio, cuando nunca había sido una persona que lo hiciera a menudo, ni siquiera con Ella. Él siempre había sido más de otro tipo de roces.

April era de las que defendían que nunca se dan suficientes abrazos en la vida; porque los abrazos hablan, consuelan, y Adam y ella habían creado un lenguaje propio con esos gestos.

—Duerme, April. Descansa. —Sintió las lágrimas que se le agolpaban tras los párpados, como gotas de lluvia chocando contra una ventana—. No sé cómo ayudarte, pero puedo abrazarte. Si me dejas.

April y Adam se abrazaron en aquella cama que había sido testigo de tantos momentos; algunos de los mejores de su vida compartidos con otra chica; muchos de los peores. Y cayeron en un sueño ligero, pero con el que ambos aliviaron tensiones y creyeron que nada malo podría volver a ocurrir.

Una hora más tarde, April abrió los ojos y se encontró con los de Adam muy cerca. Oscuros; del color del chocolate caliente. Tan cerca que podía contar cada una de sus pestañas. Espesas; negras como el regaliz. El caos de sus lunares, formando dibujos que le gustaría unir con los dedos.

Y estaban abiertos; mirándola.

Adam sintió la mirada de April clavada en la suya, fundiéndose ambas, viajando la una a la otra sin cesar; como dos cometas girando y dejando tras su paso el rastro de sus estelas. Sus ojos grandes, sus pestañas largas, sus cejas marcadas. Deslizó la mirada hacia abajo, imantado por el contorno de su nariz, por el lunar pequeño y casi insignificante que coronaba su labio superior. Su boca rosada, húmeda, que inspiraba canciones que había oído cientos de veces, pero que ahora le sonaban distintas; únicas.

Se observaron, sí. Se estudiaron como dos astronautas recién llegados a un planeta ajeno y desconocido después de poner el pie en él por primera vez.

Sus piernas habían acabado enredadas de un modo que April creyó que

nunca podría deshacer la lazada. Cada respiración que salía de su boca chocaba con la de ella. Cada latido que subía en frecuencia retumbaba sobre la piel de él.

—¿Por qué me miras así? —susurró April, con la voz temblorosa.

No quería romper el momento, pero le daba miedo que el momento acabara por romperla a ella en mil pedazos que se perderían para siempre.

Él estiró el brazo hasta coger su teléfono móvil, sin responderle, pero con una sonrisa que hizo que temblara y provocando, por el movimiento, que quedara atrapada debajo de su cuerpo.

Nunca habían estado tan cerca; en todos los sentidos.

—¿Qué estás haciendo?

—Me acabo de dar cuenta de que no tengo ninguna foto tuya y eso hay que arreglarlo.

April intentó arrebatarse el teléfono sin éxito.

—No me gustan las fotos.

—¿Por qué?

—Porque atrapan las cosas.

Siguieron forcejeando, hasta que Adam le aprisionó una de las manos bajo la suya, apretándola contra la almohada.

April sintió que le faltaba el aire.

—¿Es una de tus teorías raras?

—Y mienten. Sacan caras sonrientes que en realidad se mueren de pena.

Él se cubrió para evitar los manotazos que le daba con la mano libre y le hizo cosquillas, a las que April respondía con carcajadas.

—¿Estás triste ahora? No lo parece.

—¡Para, Adam!

Pero en realidad ninguno quería que ese momento terminara. Todo lo contrario, deseaban atraparlo, como una escena perfecta dentro de una bola de cristal que puedes mirar y disfrutar cuando te viene en gana. Como un álbum de recuerdos en papel.

—Yo creo que esa sonrisa es muy de verdad.

—¡Estate quieto!

—No puedo. No hasta que te robe una.

—¡Para!

El flash saltó dos veces y Adam sonrió satisfecho, volviendo a tumbarse a su lado mientras las respiraciones entrecortadas de ambos resonaban en el cuarto.

—Ya está.

—Ya está —repitió ella.

—Sí.

Le mostró orgulloso las fotos; la primera estaba borrosa y solo dejaba intuir contornos; la segunda era perfecta, con April riéndose con la boca abierta y los ojos achinados y él, de perfil, a su lado, mirándola con una sonrisa.

Como si solo existieran ellos en aquel instante en todo el universo.

Como si todo aquello que estaban sintiendo hubiera quedado atrapado para siempre.

—Hacemos una pareja horrible.

—Espantosa.

Y sus rostros se volvieron a la vez, imantados por esos susurros que dejaban escapar. Por los roces espontáneos. Por lo que gritaba aquel abrazo.

Sus narices se rozaron.

Sus ojos hablaron.

Sus labios se acariciaron.

Y se besaron.

Juntaron sus bocas.

Expresaron con las lenguas todo lo que las palabras no podían decir, porque hay sensaciones tan intensas que no se pueden nombrar.

Se besaron, sí, mientras sus piernas seguían apretando el nudo y sus manos se buscaban.

Se besaron, suspirando uno en el otro, cerrando los ojos y viajando muy lejos, a todos esos lugares que aún no conocían.

Haciendo que los planetas girasen.

Se dejaron llevar, sintiendo el calor del otro pegándose al propio, sus gemidos colándose dentro, su olor clavándose en la piel.

Se besaron mucho y a conciencia.

Se besaron con los labios y con todo lo demás que tenían, entregándose al otro.

Sí..., se besaron.

Hasta que Adam dejó de hacerlo.

—Adam..., ¿qué ocurre?

Se apartó y se pasó las manos por la cara, confuso, mirando aquella cama como si fuera de repente un lugar extraño; desconocido; turbio. Mirando a April como si la viese por primera vez.

—Yo... Lo siento. No puedo.

Crac.

Una grieta.

Pequeña.

Resquebrajando despacio.

Abriendo una zanja.

Rompiendo otro trocito.

Otra fisura más en el corazón de April.

—No. Perdona.

Se levantó, nerviosa, y se puso los zapatos, que habían desaparecido en algún momento de esa siesta que había pasado de ser todo a ser nada en un segundo.

Adam la observaba sin saber qué hacer ni qué decir. Sin saber cómo explicarle lo que había sentido de repente. Lo que pasaba por su cabeza a toda velocidad. Lo que le había gustado aquello. Lo mal que su corazón le decía que estaba.

—April, espera.

Intentó cogerle la mano, pero ella se apartó de un salto, igual que él segundos antes, como si de pronto fueran agua y aceite el uno para el otro.

Hielo y fuego.

Enero y diciembre.

—No, tengo que irme.

El viernes siguiente, por primera vez, Adam se alegró de que April no acudiera al centro, porque deseaba hablar a solas con Campbell, y con ella por ahí rondando no era capaz de concentrarse.

Llevaba toda la semana castigándose por lo ocurrido. Una semana entera alternando pensamientos; unos que le decían lo mal que había hecho dejándose llevar por aquel beso; otros que le recordaban las ganas que tenía de repetirlo.

Pensando en Ella.

Pensando en ella.

—¿Puedo pasar?

—Claro, Adam. ¿Ocurre algo?

—No, yo...

Dudó, pero Lewis lo animó a cerrar la puerta tras de sí y a sentarse en la butaca que quedaba frente a la mesa.

—Paso a paso. Tranquilo. ¿Un té?

—Sí, gracias.

El ruido de la máquina que calentaba el agua los rodeó, rompiendo un poco ese silencio que para Adam suponía un muro enorme por escalar.

Cuando terminó de hacerse y Lewis lo sirvió, le preguntó:

—¿Es sobre Ella?

—No. O sí. No lo sé.

Porque no estaba seguro. No estaba seguro de nada.

Todo se mezclaba en una masa sin forma y necesitaba encontrarle sentido.

—¿Problemas con tu madre?

—No. Con mi madre todo va bien.

—Me alegro. Hablamos hace poco, la encontré realmente contenta de tus progresos. ¿Es por la...?

—April. Me gustaría hablarle de April —le interrumpió inquieto.

Deseó como nunca que allí dentro se pudiese fumar.

—Os lleváis bien.

—Sí. No se trata de eso.

—¿De qué se trata, entonces?

—El otro día nos besamos.

Una media sonrisa, casi imperceptible, se dibujó en la boca de Lewis.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—No lo sé. No acabó bien.

—¿Qué ocurrió?

—Me aparté. La rechacé.

Cerró los ojos, porque el recuerdo de la expresión de April al hacerlo le rompía. Su humillación. Su inseguridad repentina. Su tristeza aumentada por mil. Él le había hecho daño, lo que no sabía era cómo repararlo sin que todo estallara en pedazos.

A ratos se sentía caminando sobre una cuerda como un mal equilibrista.

—¿Qué pensaste en ese momento?

—Me dio miedo.

—¿Deseabas hacerlo? Besarla...

—Sí. No estoy muerto, Campbell.

—No, no lo estás. —Sonrió ante aquella afirmación que tanto significaba para el chico después de lo vivido, y Adam no pudo más que asentir; porque por fin lo percibía, estaba vivo; cada día más—. ¿Entonces? ¿Por qué te apartaste? Si ella quiso hacerlo y a ti te atrae...

—Tuve miedo de hierirla. Me dio pánico. Y, aun así, por evitarlo, igualmente le hice daño.

—¿Por qué te asustaste, Adam?

—April no se merece un chico como yo.

—¿Y eso quién lo dice?

Adam llevaba días meditándolo y había llegado a la conclusión de que aquello tenía que estar mal si él se sentía así de culpable; no había otra explicación posible.

—April no se merece a una persona que le hable del amor sin pensar en ella, ¿es que no lo entiende? Se merece ser el gran amor de alguien y yo ya tuve la suerte de tener el mío.

Campbell lo entendió enseguida; esos esquemas mentales que se habían ido formando en el cerebro de Adam al tener que adaptarse a la muerte de un ser querido.

Lo veía constantemente entre esas paredes. Personas que se anclaban; personas enamoradas que no sufrían un desengaño ni se les acababa el amor por desgastarlo, sino que les arrebataban a la persona amada sin poder despedirse. Habitualmente, no sentían que la relación hubiese llegado a su fin, por lo que costaba seguir con su vida como si nada y conocer a otros, abrirse de nuevo. Y Adam era un buen chico que había amado muy joven y que ahora había vuelto a sentir algo por otra persona, con todo lo que implicaba eso.

Cambiar. Avanzar. Tomar decisiones. Cerrar puertas y abrir ventanas. Vivir.

—Adam, el amor puede llegar de muchas maneras. A veces, el primer amor es para toda la vida o solo eso, un amor pasajero que nos enseñó y nos hizo crecer. El concepto de «siempre» abarca demasiado tiempo, sobre todo cuando nos referimos a sentimientos que ya forman parte del pasado.

—No lo son. Aún están ahí.

—Sí, pero lo que tienes que interiorizar es que ya solo puedes acudir a ellos en forma de recuerdos. Se acabó, Adam. Quizá de la peor forma imaginable, pero igualmente es un fin. No dejes que la historia de tu vida termine en ese capítulo. No dejes páginas en blanco. —Hizo una pausa, una en la que el chico se dio cuenta del sentido que tenían aquellas palabras; porque

estaba en su mano seguir escribiendo la novela de su vida—. ¿Me dejas decirte algo sin que me des un puñetazo?

—Pruebe —Adam bromeó, aunque solo a medias.

—Tú quisiste a esa chica, no me cabe duda, pero lo que te llevó a esa bañera y te ha traído también hasta aquí no ha sido ese amor que sentiste por Ella, sino la culpa y los remordimientos.

—No tiene ni idea de lo que siento —susurró molesto.

Y sí, sintió ganas de pegarle para que se callara; pero es lo que pasa con la verdad, que hace daño. Y si algo era cierto es que Adam vivía lleno de culpa por no haber podido protegerla cuando le prometió que siempre lo haría, por no haber estado al lado de Ella en el peor momento de su vida, por no ser capaz de seguir sin sentir nada cuando estaba con April.

—Puede que no. Lo que sí que sé es que no puedes vivir con miedo a traicionar a Ella, porque está muerta. Vivir tu vida no alberga traición de ningún tipo. Quizá no hacerlo sí lo haga.

—Ni siquiera sé por qué hablamos de amor —suspiró, cada vez más incómodo por la conversación.

El señor Campbell apoyó los codos en la mesa, acercando su rostro lleno de experiencia al del chico, con tanto aún por aprender.

—Tú me has buscado para hablar de ello. ¿Qué sientes por April?

—Me gusta estar con ella. Me hace bien.

—¿Piensas en el beso?

Apartó la vista.

Lo había hecho; cada doce segundos, aproximadamente.

Le dolía hacerlo, pero no podía evitarlo, porque, sin duda, lo consideraba uno de los mejores recuerdos que guardaba del último año. Se había dado cuenta esa semana no solo de eso, sino de que si enumeraba en una lista los mejores instantes vividos desde que todo ocurrió, April protagonizaba todos y cada uno de ellos. Todos, sin excepción.

—Más de lo que debería. Pero no sé si eso es suficiente o solo es

necesidad. Es mi amiga, no quiero equivocarme.

—Eso dice mucho de ti, Adam. Creo que habéis sido una buena influencia el uno para el otro.

—Ella le haría bien a cualquiera. Es como una luz dentro de ese círculo. — Lewis asintió, aunque también pensó en lo fácil que algunas luces se apagan, como la llama de una vela atrapada entre dos dedos—. Por cierto, ¿sabe por qué no ha venido hoy?

—Va a dejar de asistir a la terapia grupal durante un tiempo.

—No me ha comentado nada.

—Tiene sesiones individuales los miércoles por la mañana.

El rostro de Adam cambió, transformando su expresión en una de absoluta confusión.

—¿Sesiones individuales? Creía que los voluntarios no podían acudir a esas terapias.

—Adam, no. Es que no me estás entendiendo.

Fue consciente enseguida de que Campbell parecía nervioso, como si fuese un tema que prefiriese evitar. Adam notó un presentimiento extraño subiéndole por las piernas hasta acoplarse en la base de su estómago.

—¿Qué quiere decirme, entonces?

—Que April antes trabajaba aquí como voluntaria, es cierto, pero ya no. Algo ocurrió.

—¿Qué pasó?

—Debería ser ella la que te hable de esto, Adam.

—Cuéntemelo, señor Campbell. Solo quiero ayudarla.

Consolarla. Entenderla.

Descubrir por qué parecía encogerse según pasaban los días.

Conocer también sus partes rotas, porque, si las enteras le gustaban, ¿cómo no podrían hacerlo esas que los habían unido?

Lewis lo miró fijamente y después le quitó la venda de los ojos; rápido, de golpe, como el que despega una tirita de una herida que ya no la necesita.

—April se convirtió en una de mis pacientes.

Realidad agridulce

Adelante. Cae. El mundo se ve distinto desde el suelo.

OPRAH WINFREY

Adam salió del despacho y se marchó de aquel centro sin mirar atrás, saltándose incluso la terapia grupal, pero es que necesitaba pensar, y estar solo, y respirar aire que no estuviera viciado por lo que había ocurrido allí dentro.

No comprendía nada. Las palabras de Lewis habían caído sobre él como un jarro de agua fría. Heladas. Confusas. Casi hirientes.

Caminó rápido en dirección al río y se sentó en la misma hierba en la que April y él habían destapado más cicatrices. Allí, a solas con esos pensamientos enredados, rememoró cada instante, cada segundo que aquella chica había pasado a su lado, intentando desentrañar el secreto, esforzándose por ver más allá de aquello que le decía que April sufría por algo que él no entendía. Que había estado tan ciego que ni siquiera había atisbado el comienzo de todo aquello. Que no era el único animal herido, pero había sido tan egoísta como para pensar que todo el dolor del mundo le pertenecía.

No llegó a ninguna conclusión, así que se levantó tras tomar una decisión, hacer todas esas preguntas que comenzaban a arderle en la punta de la lengua. Sin embargo, antes de dirigirse a casa de April, sus pies frenaron y cambió de opinión.

La casa blanca le pareció más pequeña la segunda vez.

Miss Daisy le abrió la puerta con una sonrisa, casi como si ya lo estuviera

esperando, aunque Adam sabía que eso era imposible cuando una hora antes él desconocía el giro que iban a dar los acontecimientos. Pero ¿quién sabe qué percibía o no miss Daisy? Lo importante era que Adam, empujado por ve tú a saber qué, había decidido repentinamente que quizá ella pudiera ayudarlo a hallar las respuestas, ya que April hasta entonces no había podido o querido dárselas. O al menos guiarlo hacia el camino correcto para encontrarlas; con eso ya estaría más que satisfecho.

—Adam, ¿cómo estás, muchacho?

—Bien. ¿Y usted?

Ella sonrió y lo miró como una madre reprendiendo a un hijo:

—Nadie debería mentir ante las preguntas de cortesía, ¿no te parece?

Adam asintió, porque nunca lo había pensado, pero la mujer tenía razón. ¿Por qué no ser sinceros? ¿Por qué preguntar por el estado de otro si la respuesta iba a ser una mentira? Era de locos.

—Regular —confesó.

—Yo también. Me duele un poco la cadera. Acabará atándome a una silla. ¿Té?

—Prefiero café si tiene.

—Por supuesto.

Desapareció por la puerta de la cocina y él se sentó en aquel sofá de estampado anticuado que parecía haber vivido mil vidas. La esperó, observando todas las figuras y trastos que almacenaba, hasta que regresó con una bandeja y lanzó la pregunta. Sin preparar el terreno. Sin fingir que aquella visita tenía algún motivo diferente.

—¿Cómo está?

—No lo sé.

—No te creo.

Suspiró.

Qué acostumbrados estamos a fingir que las cosas van mejor de lo que en realidad son...

—Creo que no muy bien, pero no me lo cuenta. No... no sé cómo ayudarla. Miss Daisy lo observó y una media sonrisa de aprobación se dibujó en su rostro.

—Pareces otro. Cuando viniste aquí eras una sombra de ti mismo.

—Lo sé. Tengo que darle las gracias a April. Y no sé cómo.

—Eso te frustra. Te hace sentir culpable.

—Sí.

Los remordimientos eran enormes y Adam no los soportaba, lo que hacía que volviera a sentirse egoísta por tratarse de eso, de salvar esa culpabilidad; pero no, no era solo eso. April le importaba. Había pasado a formar ella sola un primer plano en su vida.

—¿Sabes, Adam? A veces alguien se cruza con nosotros para salvarnos, pero en otras ocasiones la persona debe salvarse a sí misma.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Quizá April no quiera que la salves, solo que estés a su lado.

No le gustó lo que eso implicaba; todas las posibilidades ocultas que cabían en aquella frase. Odió a miss Daisy en aquel momento. A la madre de April por no ayudarla. Al señor Campbell. A él mismo y al universo entero.

Pese a que sabía de sobra que nadie era culpable y que si April no quería que la ayudaran, poco podían hacer los demás. Lo sabía, porque él había vivido exactamente lo mismo meses atrás.

Empalideció al caer en la cuenta de lo que podía llegar a significar eso y el miedo llenó cada recoveco de Adam que aún estaba intacto. Lo cubrió todo, lo bueno, lo malo; lo enfermo, lo sano; todo, hasta que sintió la falta de aire y la ira corriendo más viva que nunca por sus venas.

—No me vale.

Se levantó y se dirigió a la puerta, inquieto, más aun que cuando había entrado en la casa que un día lo hizo sentir cómodo y seguro, pero en la que ahora creía que se respiraba algo pesado que no conseguía identificar.

Antes de abrir la puerta, miss Daisy se asomó a su taza vacía de café para

observar los posos. Era una mujer peculiar que, según April, lograba ver cosas que los demás no podían en los lugares más extraños. Adam no creía en aquellos dones, pero de algún modo la respetaba por creer en algo.

Ya había aprendido que, a veces, creer era suficiente motivo para continuar. Él mismo creía en April.

Miss Daisy parpadeó y suspiró.

Pensó en Adam, ese chico dormido que había regresado a su hogar con los ojos muy abiertos, despierto.

Pensó en April, aquella niña a la que quería casi como si fuese de su sangre, en lo despierta que había parecido siempre, pero que en realidad vivía dormida, soñando y perdida en sus propias fantasías.

Pensó en ambos, en lo bueno que podía resultar el choque de dos masas de hielo para el mar si sucedía en el momento y lugar adecuados.

Sabía que a veces había que dejarlos elegir su propio camino, era cierto, pero en otras ocasiones... otros finales merecían un pequeño empujón.

—Adam, espera.

Él se volvió, con la mandíbula tensa y la determinación ardiendo en sus ojos.

—No pienso quedarme como los demás de brazos cruzados para ver qué pasa. Se lo debo.

Ella asintió, agradeció al destino que hubiera jugado con los caminos de esas dos personas cruzándolas en el peor momento de sus vidas y, antes de que el chico desapareciera, pronunció las palabras que lo cambiarían todo:

—Dile que te cuente el secreto de Otto.

Cuando llegó a casa de April, le sudaban las manos y sentía el pulso algo errático.

Quería verla.

Deseaba saber si estaba bien.

Necesitaba comprobarlo con sus propios ojos.

Se dijo que, de estarlo, la besaría, incluso.

Sí, la besaría como un intento de olvidar lo ocurrido y de pedirle perdón por su rechazo del último día. Le diría que estaba a su lado. Que podía confiárselo todo. O no. Pero que él no se iría.

No obstante, cuando no fue el rostro de April el que vio al abrirse la puerta, el corazón le dio un vuelco por el presentimiento fugaz y doloroso que lo azotó por dentro.

—Buenas noches. Soy Adam. ¿Está April?

La mujer lo observó de arriba abajo. Adam se fijó a su vez en sus ojeras marcadas y en los pómulos que le sobresalían del rostro. Se parecía a April, pero era una versión muy desmejorada; enferma; como una adaptación gris de una acuarela de colores vibrantes.

—Encantada de conocerte, Adam. Soy Pauline. Pasa. Está en su cuarto.

Ella desapareció en la cocina sin decir nada más. Como si ya nada le importase. Adam supuso que así era. Pensó en lo diferente que era su madre y en que debería recordárselo más a menudo para darle las gracias por ello.

Subió la escalera, que crujió bajo sus pasos.

La casa estaba sumida en una penumbra turbia, y no era por la falta de luz, sino por algo más oscuro que provenía del interior de las personas y que a veces salía a la superficie, se exteriorizaba, como en aquel momento, que llenaba cada esquina de aquella casa en la que se respiraba tristeza, dolor y desesperanza.

Al llegar arriba, Adam vio abiertas dos de las cuatro puertas que encontró.

En una de ellas pudo vislumbrar un cuarto infantil, con juguetes y dibujos colgados de las paredes, aunque la luz apagada no le permitió atisbar demasiado.

En la otra, la luz encendida de una lamparita de sobremesa y el cuerpo de April bajo las sábanas, leyendo un libro que reposaba en su regazo. Sintió algo fuerte agarrándole por dentro.

—Eh —susurró.

Ella alzó la mirada y, al verlo, se estremeció.

Era Adam. El mismo Adam al que ella había visto levantarse después de caerse una y otra vez al suelo. El mismo con el que había descubierto que huir de uno mismo no servía de nada, porque solo podía llevarte a morir en una bañera. El Adam que la había besado, haciéndole creer que ellos dos eran especiales y rompiendo sus ilusiones al momento.

Porque todo seguía igual para April, girando en una dirección al final de la cual solo veía un abismo y, después, nada más.

Sentía que su don se había vuelto en su contra, provocando que fuese su propio corazón el que no soportaba ni una grieta más.

—¿Qué haces aquí?

—Quería verte. Estaba preocupado por ti.

—Pues estoy bien. Gracias.

Volvió a fijar la vista en las páginas, pero ya no podía ver nada; todas las letras se emborronaron en una masa uniforme y ella solo podía pensar en que Adam tenía que marcharse; en que no debía estar allí.

Ni siquiera lo había invitado y verlo en su cuarto le provocaba rechazo, confusión y una enorme sensación de agradecimiento. La mezcla era extraña e incómoda; pegajosa.

—April, ¿puedo pasar?

Adam no esperó respuesta, simplemente entró.

Entró en el cuarto de April por primera vez, una habitación que desprendía color y vida por cada rincón, con pañuelos y bufandas colgados de las paredes, dibujos de su hermano, bisutería alegre sobre la cómoda, prendas tiradas por el suelo y un leve olor a vainilla que le recordó a masa de galletas.

Le gustó, porque era ella hecha lugar; y ella le gustaba, ya no había nada de malo en admitirlo.

El mundo está lleno de cosas bonitas capaces de despertarnos admiración, placer o fascinación; con las personas ocurre lo mismo.

—¿Qué hubieras hecho de decirte que no?

—Habría entrado igual.

April no pudo evitar sonreír, aunque hizo todo lo posible por ocultárselo.

Se incorporó y se peinó con los dedos. Ni siquiera le importó que el pijama tuviera una mancha de té en la pechera y que su pelo estuviera alborotado.

Observó a Adam paseando por su espacio, el único que sentía que le pertenecía, y suspiró, porque, incluso en esa casa que a ella la consumía, él parecía encajar. Lo hacía en todas las facetas de su mundo de un modo que la asustaba.

Al instante, oyó los planetas chocar al otro lado de la pared y cerró los ojos.

—Repetiré la pregunta. ¿Qué haces aquí, Adam?

—Lewis me ha dicho que no volverás de momento por las sesiones de grupo.

Se complicaba. La conversación. La mirada de él intentando desenredar la suya, herida. Su burbuja de protección hecha a medida. Su mundo.

—Ya.

—¿Te han castigado? —bromeó él, con la intención de relajar el ambiente.

—Algo así.

—Cuéntamelo.

—No quiero hablar de ello.

—¿Sabes? Me he dado cuenta de que nunca quieres hablar de ti. Hablamos de mí. De la vida. Y de cosas que te hacen feliz. Pero ¿qué hay de lo demás? Nunca quieres hablar de nada que suponga mostrarte vulnerable.

—¿A qué viene eso? Creo que deberías irte.

April se levantó y abrió la ventana. Le faltaba el aire y el que respiraban parecía cargado de algo que no le hacía bien. Entró una brisa fría y el vello se le erizó.

—Quiero pedirte perdón. Por lo del otro día. No debí apartarme.

Ambos pensaron en el beso.

Él en que el deseo de repetirlo iba ganándole la batalla a esa culpabilidad

insana que estaba aprendiendo a dejar de sentir.

Ella en esa sensación, casi mágica, que aquel beso le había descubierto; eso que llevaba toda la vida queriendo conocer y que Adam le había mostrado en ese lapso de tiempo en el que fueron uno y todo lo demás desapareció.

También recordó el golpe que llegó después, cuando él la miró como si no fuese nadie importante; como si Ella estuviera a su lado recriminándole sus acciones; como un baño agrisado de realidad en el que asumió que nunca sería Ella, porque ella era April Harper, la chica un tanto extraña que iba a terapia simulando que no lo hacía.

—Disculpas aceptadas. Ahora necesito que te vayas.

—¿Te gustó?

—¿Qué?

—Besarme.

Parpadeó, sorprendida.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Una cualquiera.

Le señaló la puerta, pero él ni se inmutó.

—Vete, Adam. De verdad, no me gusta que estés aquí. Mi familia no es como la tuya.

—A mí sí. Me gustó —le susurró, acariciándole las yemas de los dedos; April cerró los ojos, apretando los párpados con fuerza, deseando que todo desapareciera; todo menos esa caricia que casi parecía el aleteo de una mariposa sobre su piel—. Necesitaba que lo supieras.

—Por favor. Vete.

Pauline seguía sentada a la mesa de la cocina con un té en las manos. Estaba frío, pero no le importaba.

Llevaba un rato mirando la superficie lacada y pensando en April cuando el timbre de la puerta había sonado y se había encontrado allí con aquel chico.

En el acto supo que su hija no lo había invitado, porque April nunca

llevaba a nadie a casa, pero esa intuición maternal que muy pocas veces hacía acto de presencia le había dicho que le dejara pasar; que quizá él tuviera las respuestas a todas las preguntas que Pauline ya ni se esforzaba en expresar.

Un rato después, se había olvidado de su visita, así que, cuando oyó el sonido de unos pasos descendiendo la escalera, se estremeció. Eran fuertes, por lo que no eran los de su hija, sino que le recordaban más a los de Otto.

—Adam..

Él se asomó con la disculpa pintada en la cara.

—Sí, ya me voy. Siento haber venido tan tarde, señora Harper. Espero no haberla molestado.

—No pasa nada. Me alegra saber que alguien se preocupa por April.

Adam asintió y la mujer volvió a dejar la mirada perdida en aquella fría encimera en la que hacía mucho tiempo que no se cocinaba nada en familia.

No sé por qué, pero de pronto Adam recordó algo.

Recordó que todas las veces que había acompañado a April a casa las luces estaban apagadas y el silencio resultaba ensordecedor, aunque aún fuera la hora de la cena y supuestamente albergara entre sus paredes a una familia.

Recordó que ella decía que su hermano acudía a las terapias del centro, pero, en realidad, nunca se lo había encontrado por allí.

Recordó el motivo que unía a aquellas personas que compartían un círculo lleno de dolor, de repente incluyendo a April también en él como un igual dentro de aquel grupo; el duelo, el dolor por la pérdida.

Recordó que el pequeño de los Harper era la pieza clave de todo y que solo era cuestión de hacer una pregunta, por mucho miedo que diese la respuesta. Por mucho que la intuyese, aunque la odiase más que a cualquier otra posible.

Y Adam no solo recordó, sino que encajó y comprendió.

—¿Puedo preguntarle algo?

—Claro.

Ella levantó la mirada, tan perdida que Adam supo dónde se encontraba; en

esos lugares oscuros que él había visitado no hacía mucho tiempo. Él guiado por la ausencia de Ella, y aquella mujer por la de su hijo.

Sintió lástima por la señora Harper y deseó que algún día supiera o quisiera volver de esas profundidades.

Esperó de corazón que ya no fuese tarde para ella.

Y le tembló la voz al hablar, porque costaba llegar al final y asumir lo no deseado.

—¿Dónde está Otto exactamente?

Ella sonrió.

—Lafayette.

Y Adam se rompió de dolor, aunque, por primera vez en su vida, no era uno propio, sino el reflejo del dolor que April se negaba a soltar.

Gofres y algodón de azúcar

De qué sirve tener tantos pájaros en la cabeza si ninguno sabe volar.

LENA CARRILERO

Otto tenía días difíciles. Todos los tenemos, es cierto, el problema era que, en casos como el suyo, los demás veían esas complicaciones mucho más importantes y fuera de lugar que las del resto. Como si no cuadraran en este mundo y por eso él debiera vivir en uno propio.

Por ejemplo, cuando Otto tenía un mal día, porque se había levantado con el pie izquierdo, no podías tocarlo. Era como si sintiera una descarga solo con ponerle un dedo encima; April lo sabía, y su madre, y todos los del centro, y sus vecinos, y también Abdul, el de la tienda de comida del final de la calle. Todo el que lo conociera mínimamente lo sabía, pero no todos con los que se cruzaba, así que a veces ocurría que una vieja amiga de mamá los saludaba por la calle y le palmeaba las mejillas o un brazo, y Otto gritaba, daba patadas al aire y después echaba a correr muerto de miedo.

Otros días no comprendía algunas de las cosas del mundo que lo rodeaban. Las relaciones sociales. Los cambios del clima, que hacían que sus bichitos del jardín murieran por una repentina tormenta. O los sentimientos que le desbordaban; como cuando pilló a Owen Turner besando a April y se lanzó sobre él como un animal, hasta arrancarle un mechón de pelo y darle un puñetazo en el labio hasta sangrar.

Cuando ocurrían cosas como esas, la burbuja plácida en la que vivía Otto reventaba y después él echaba a correr de forma incontrolable. Sin destino,

pero sí muy rápido, todo lo rápido que le permitían sus piernas, y no paraba hasta que encontraba algo que le hacía redirigir su atención y olvidarse de esos temores despertados. Como unos perros jugando en el parque a perseguir un palo. O un escaparate lleno de pasteles. O el mismo Misisipi.

Aquel día había sido su madre.

Pauline nunca había sido la madre que Otto había necesitado, porque no lo comprendía; lo cuidaba y lo quería, pero no lo entendía como su hermana April. Su madre parecía tener una máscara permanente que lo separaba de él, y como nunca se la quitaba era incapaz de ver el mundo como Otto lo percibía. Y, de ese modo, el muro entre ellos había seguido creciendo, separándolos y convirtiéndose con el paso del tiempo en inquebrantable.

Aun así, a Otto nunca le había importado, porque la tenía a ella, a April, y sus bichos, y sus planetas, que colgaban del techo de su habitación y que le hacían viajar en sueños a otras galaxias en las que él era el rey, vivía junto a su hermana y desayunaban cada día gofres y algodón de azúcar.

Pero, aquella mañana de mayo, Pauline lo había reñido por no caminar derecho, por retrasarla en el paseo hacia casa de miss Daisy para su lectura de manos, esa que necesitaba hacer una vez al mes para obtener respuestas a un futuro incierto que la atemorizaba.

No obstante, Otto no podía ir más rápido por aquella acera, ya que, si no saltaba las líneas del suelo, moriría devorado por el monstruo que habitaba bajo el asfalto. Él lo sabía. Y April también. Pero su madre parecía no saber nada si esto salía de su entendimiento.

Y Otto se enfadó, porque pisó una esquina y sintió el miedo, y la tierra temblando bajo sus pies, y la mano del monstruo rozarle una rodilla, así que... ¿qué hizo? Lo único que lo ayudaba a escapar, a dejar de pensar, a acabar con ese sentimiento malo y dañino que lo carcomía por dentro y que no lo dejaba respirar.

Otto echó a correr.

Lo hizo sin parar, hasta que los gritos de su madre fueron inaudibles.

Lo hizo por las calles coloridas y llenas de gente, a la que empujaba al pasar.

Lo hizo sin mirar si corría por acera o carretera, obviando los pitidos de los coches y los gritos que le decían que se estaba comportando como un loco lanzándose sin mirar los semáforos primero.

Lo hizo sin escuchar el sonido chirriante de unas ruedas y dejando atrás la imagen del choque frontal de un coche contra un árbol en el que iba una chica a cubrir su turno en un restaurante asiático; una chica que susurró «te quiero» al viento antes de que él llegara al final de la calle.

Lo hizo atravesando el City Park, sintiendo el sudor en la piel y calambres en las piernas.

Lo hizo cruzando por el campus universitario y oyendo las risas de los jóvenes al pasar.

Simplemente, lo hizo.

Hasta ver el agua. El lago Pontchartrain. La inmensidad que le producía una calma instantánea.

Y frenó. Pero solo unos instantes.

Después..., después se lanzó hasta sentir la humedad colándosele incluso en los huesos, flotó todo el tiempo que fue capaz, pero se le olvidó lo que le ocurría siempre; se le olvidó que, aunque no era un lago especialmente peligroso, no sabía nadar.

Paredes de caramelo

Ten paciencia conmigo.
Porque el mundo es así, y vengo herido,
ten paciencia conmigo.

LUIS GARCÍA MONTERO

«Otto Harper, amado por siempre.»

Era extraño estar allí, frente a aquella lápida fría, esta vez en el cementerio Lafayette, y sin April a su lado.

Lo desconcertaba no solo porque en ella estuviera escrito el nombre del hermano de April, sino también porque sentía que la estaba traicionando al descubrir un secreto que no le había confiado por sí misma.

Pero ¿qué podía haber hecho Adam si solo quería ayudarla y April se le resistía?

Se sentó frente a aquella tumba e intentó colocar todas esas piezas en su cabeza. Encontrar el motivo por el que el proceso de duelo de April era tan parecido al suyo y a la vez tan distinto. Terminar un puzle que había comenzado a montar sin darse cuenta.

La vida se le presentaba cuesta arriba de nuevo, pero en aquella ocasión estaba lleno de ganas de subirla pese al esfuerzo.

Observó las flores secas y casi consumidas que adornaban aquel lugar y sintió lástima por aquella familia.

Por la señora Harper, tan hundida.

Por April, tan perdida.

Por Otto.

Por su propia madre, al darse cuenta del dolor permanente que estuvo a punto de proporcionarle si su intento de escapar para siempre hubiera tenido un final cerrado.

Se la imaginó tan acabada como había visto a Pauline la noche anterior y tuvo ganas de llorar.

Lo hizo.

Por todo.

Por Ella.

Por lo perdido.

Por todo aquello que aún tenía y a lo que estuvo a punto de renunciar.

Por su madre.

Por los Harper.

Por April.

Por Otto, esa persona tan especial que nunca llegaría a conocer.

Por él mismo.

Lloró por todo, hasta que se levantó de allí y se marchó, con los ojos tan vidriosos por las lágrimas que no le permitieron ver nada más.

Ni siquiera la fecha de la muerte de Otto.

Una fecha que conocía bien, porque también había supuesto un punto final para él.

O un comienzo.

O encontrarse con la casualidad más grande de su vida.

Lewis recordaba aquel día como si hubiera sido ayer.

Una amiga de la familia llamó al centro para avisar de lo que había ocurrido. El pequeño de los Harper se había perdido y lo habían encontrado de madrugada en el lago Pontchartrain. Una auténtica tragedia para una familia que ya había perdido a su padre y marido hacía años, para una mujer que se sentía culpable y fracasada en ese papel de madre, y para una joven que había

perdido a su hermano, a su mejor amigo, a su persona favorita y al eje de su mundo.

Sacó el archivador con toda la información de April del cajón y abrió la carpeta.

La noticia del periódico se deslizó sobre el escritorio de roble, casi como respondiendo a la llamada de sus dedos.

Un joven de dieciséis años fue encontrado la noche del 7 al 8 de mayo en las profundidades del lago Pontchartrain. La madre había denunciado su desaparición horas antes. Al parecer, sufría de un trastorno del espectro autista y todo ocurrió como consecuencia de un descuido de su progenitora.

Y todo lo que vino después.

Las crisis de culpabilidad de Pauline y sus llamadas de auxilio al no comprender lo que le estaba ocurriendo a su hija. La vuelta de April al centro, sonriente, como siempre, aunque esa luz que desprendía estuviera ligeramente apagada. Las sesiones con ella para hacerle aceptar lo que había ocurrido y que su presencia allí ya no era como la de una de las voluntarias, sino que pasaría a formar parte del círculo. Su negación absoluta de la realidad.

Lewis frunció el ceño y sintió la misma frustración de siempre al leer el informe en el que explicaba de su puño y letra cómo April había empezado a vivir como si nada hubiera ocurrido, como si su hermano siguiera vivo, hablando de él como si estuviese presente, en un bloqueo permanente que condicionaba toda su vida y la de los suyos.

Y se estremeció al pasar las páginas y llegar a esa parte en la que ella admitía no solo fingir que Otto estaba presente en su día a día, sino que había comenzado a verlo. Tras ella, dos pasos más lento, como siempre. Entrando en el aula del centro en la que él pasaba jugando tardes enteras antes de morir, mientras ella se volvía y se despedían con los ojos, dirigiéndose a su despacho. Sentado a su lado cuando April hacía galletas, comiéndose los restos de la masa del cuenco. Moviendo los planetas de encima de su cama con los dedos antes de dormir.

Lo veía. Lo oía. Lo sentía.

Era común que personas bloqueadas en un proceso de duelo tuvieran alucinaciones. Había estudios al respecto que decían que era habitual oír o ver a la persona fallecida en sus hogares, pero que pocos llegaban a reconocerlo para que no los tomaran por locos.

Por otro lado, en el caso de April todo se había complicado aún más, porque ella había pasado a encariñarse con esas visiones, haciendo de ellas un mundo propio en el que prefería vivir antes que aceptar su realidad; una realidad en la que Otto ya no estaba.

No era sano ni llevadero a largo plazo, y había comenzado a hundirla cada vez más.

Él lo sabía desde hacía tiempo, pero le estaba costando mucho esfuerzo como profesional encauzar la situación, porque April se negaba a continuar, a soltar eso que la mantenía presa, a avanzar.

No tomaba la medicación que el psiquiatra le había recetado; sabía que le había mentado.

Su madre no sabía cómo ayudarla en el proceso y, sinceramente, tampoco se esforzaba demasiado, cargando como hacía con sus propios demonios.

La situación comenzaba a ser insostenible.

Sin embargo, había ocurrido algo que a Lewis le había dado esperanza.

La aparición de Adam Clayton y la curiosidad que había despertado a su favor podía resultar algo positivo.

El chico había mejorado mucho, pero Lewis solo cruzaba los dedos por que el dolor de April no acabara arrastrándola solo a ella, sino también a él.

Era fácil volver a caer, lo había visto en infinidad de casos.

Suspiró, cerró la carpeta y después sacó la de Adam.

Una noticia que no recordaba haber guardado salió despedida, como si fuera otra señal.

Muere una joven de veinte años la noche del 7 de mayo en un choque frontal contra un árbol en Wisner Boulevard por causas desconocidas. La joven, que responde a las iniciales S. D., se desvió repentinamente de la carretera dando un volantazo. Las

autoridades dicen que prácticamente murió en el acto, aunque su cuerpo se encontró fuera del vehículo.

Sus ojos volaron a la parte superior y alzó las cejas al ver la fecha de la noticia.

Era un recorte del mismo periódico del que había sacado la noticia de Otto Harper.

Dos destinos cruzados por una fecha.

Unidos por una tragedia.

Supongo que las casualidades a veces llegan de la forma más inesperada.

April no podía dormir. Llevaba sin hacerlo desde que Adam se había ido de su casa.

Cuando cerraba los ojos, lo veía parado allí en medio, mirándola con lástima, hablándole de un beso, haciéndole preguntas con los ojos que ella no podía responder, porque, si lo hacía..., no quería pensar qué pasaría si lo hacía. Si le decía que estaba tan atrapada en su propia espiral que no sabía vivir de otra manera.

Que su madre la había decepcionado a ella, pero que ella no dejaba de decepcionarla también cada mañana cuando servía a Otto un chocolate que acababa colándose, frío y sin probar, por el fregadero.

Por eso ya no desayunaban juntas. Ni comían. Ni hacían nada más que mirarse con desprecio por no comprenderse, odiándose por superar la pérdida de Otto de modos tan diferentes, tan opuestos que no tenían cabida en la misma casa.

April no se podía ni imaginar qué sucedería si le contaba a Adam que ella era feliz así, en un mundo en el que seguía teniendo a Otto a su lado, acompañándola cada día, diciéndole adiós desde la ventana cuando lo dejaba en casa, sintiendo su manita sobre la espalda cuando paseaban por la ciudad, agarrándola de la camiseta y dándole fuerzas para continuar. Que no quería averiguar qué pensaría Adam de ella al saber que no soportaría vivir en una

realidad en la que su hermano estuviera muerto y enterrado bajo tierra, aunque en esa realidad estuviera él, Adam.

April se había dado cuenta de que eran incompatibles, Adam y Otto, porque vivían en galaxias diferentes, una a millones de kilómetros de la otra.

Porque April había sido una embustera ayudándolo a deshacerse de sus fantasmas, a dejar de sentirse preso por el peso de Ella, cuando ella misma era incapaz de hacerlo con los propios.

Porque ¿cómo podría hacerle entender a Adam Clayton que no deseaba salir de ese universo que había creado en el que Otto la acompañaba a ratos?

Él le recriminaría el no aplicarse esos consejos que para Adam habían sido cruciales para avanzar, pero es que April pensaba que la diferencia era abismal.

Adam nunca había sido feliz en ese estado. La muerte de Ella le había hecho caer a unas profundidades en las que era inmensamente desgraciado.

Sin embargo, April era feliz en las suyas. Terriblemente feliz, aunque supiera que solo eran fantasías, que solo era un mundo ficticio de paredes de caramelo que acabarían por deshacerse. Pero, mientras tanto..., mientras tanto ella estaría segura allí, en esa burbuja que se había creado a medida y que cada vez se le hacía más pequeña.

Por todo eso no podía dormir y tenía ganas de llorar.

Por eso y porque no dejaba de escucharlos.

Los planetas.

Al otro lado de la pared.

Chocando.

Y girando.

Girando.

Girando...

Canciones de té

Aprenderás que no importa en cuántos pedazos tu corazón se partió, el mundo no se detiene para que lo arregles.

WILLIAM SHAKESPEARE

Adam apareció en casa de April esa misma tarde.

Llamó tres veces, pero nadie le abrió la puerta. Aun así, algo en su interior le dijo que insistiera, que usara su ingenio, porque tenía el presentimiento de que no era que no hubiera nadie dentro, sino que no querían verlo.

Dio la vuelta a la casa y se encontró con la entrada del garaje en un lateral. Estaba a medio abrir y de repente supo que ella estaba allí.

Agachó la cabeza y entró. Cuando lo hizo, la vio sentada en el suelo frente a lo que parecían trastos viejos sin ninguna utilidad, como una lata agujereada y unas botellas viejas.

—¿Qué estás haciendo?

Ella se estremeció al oír su voz y la presencia de Otto a su lado se esfumó.

Había ido ocurriendo poco a poco, de forma gradual, pero cada vez era más rápido, más repentino. Otto iba desapareciendo. No del todo, pero sí que solía marcharse cuando la realidad la sacudía con fuerza, y el golpe más intenso fue la aparición en su vida de Adam Clayton.

—Es música. Tú deberías saberlo.

Le mostró los artilugios que Otto y ella habían construido a lo largo de los años y Adam los cogió y estudió, sonriendo.

—Instrumentos. Vaya. —Tiró de una de las cuerdas que atravesaban la lata de té agujereada y las chapas que colgaban en su interior produjeron sonidos

—. Son muy ingeniosos.

—Gracias, pero el mérito no es mío. Los ha hecho Otto.

Adam sintió un escalofrío al ser consciente del tiempo verbal que April había empleado. Se dio cuenta de que siempre había sido así, como si él continuara a su lado, cuando solo era un fantasma que se negaba a irse de un mundo que ya no le pertenecía.

—Lo he visto hoy. A Otto.

A April se le cayó una botella de la mano y se rompió contra el suelo. Le pareció que los cristales brillaban tanto como las lágrimas que le llenaron los ojos.

No podía creerlo.

No podía creer que Adam hubiera hecho eso.

Que lo hubiera hecho real entre ellos dos, porque así solo conseguía que Otto se siguiera alejando de ella, y no lo soportaba.

Se sintió traicionada por la única persona en la que confiaba.

Enfado. Confusión. Vergüenza. Debilidad.

Todo junto, entremezclado, provocando en ella una oleada de dolor.

Y lo culpó. Culpó a Adam por todo ese daño que estaba creciendo en su interior, agarrándose con fuerza.

Se enfrentó a su mirada con las lágrimas deslizándose por las mejillas.

—¿Por qué lo has hecho?

—Porque necesitaba entenderte, April. Y no me lo has puesto fácil.

—¿Y si yo no quería que lo hicieras?

—Lo siento, pero creo que necesitas ayuda.

Se rio, pero lo hizo con desgana.

«Ayuda.»

Lo que ella necesitaba era comprensión.

Y respeto.

Y a Otto.

April necesitaba a Otto, porque sin él... sin él ella no existía.

—Ya.

—Es lo menos que puedo hacer después de lo que tú has hecho por mí.

—No quiero tu compasión.

—No es eso. Deseo hacerlo, April.

—Vete, Adam.

Ella se sentó en el suelo para recoger los trozos de cristal rotos. Sintió una punzada en el dedo y una gota de sangre brotó en el acto. Adam se agachó a su lado y le cogió las manos, obligándola a parar y besándole las muñecas en un acto tan tierno que la desarmó, la hizo pedazos, le provocó nuevas grietas.

April no tendría cicatrices visibles como las de Adam, pero allí estaban las suyas, flotando invisibles a su alrededor. Y Adam lo estaba haciendo, estaba besando sus cicatrices.

—Me importas, April.

Y lo sintió. Sintió que sus palabras eran sinceras, que a Adam ella le importaba de verdad. Sintió correr por sus venas eso que nunca había imaginado que sería así, casi devastador. Sintió amor, y placidez, y esperanza, y deseo, y miedo, y dolor. Se sintió así y lloró, porque después de toda la vida deseando encontrarlo, nunca se hubiera imaginado que de su mano llegaría la decisión más complicada de todas las que tendría que tomar.

Era Adam u Otto.

Otto o Adam.

Un mundo de fantasía en el que Otto aún corría a su lado, buscaba insectos y bailaba por la casa, o una realidad en la que el tacto de Adam le hacía cosquillas y le besaba las partes rotas.

Lloró, cerró los ojos y guardó todas esas sensaciones a buen recaudo para revivirlas cuando las necesitara, y después dejó escapar el aliento en un último sollozo y le suplicó.

No había elección posible.

No la había.

Y los planetas seguían girando...

—Pues si eso es cierto, déjame. Déjame con él, Adam.

Y Adam lo hizo.

Le mostró a April la expresión más rota que ella le había visto hasta el momento y se marchó, cabizbajo, inquieto y casi desesperado, y la dejó sola en aquel garaje plagado de recuerdos y con la visión de un futuro vacío.

April se tumbó en el suelo y lloró durante horas hasta que se hizo de noche y se le secaron los ojos.

El cemento frío se le clavaba en las costillas, pero no le importaba, solo quería que todo acabara; huir; escapar; desaparecer.

En algún momento, la mano de Otto comenzó a acariciarle la espalda, tranquilizándola, pero aquella vez el consuelo no llegó. Porque, al volverse, se dio cuenta de que estaba sola. De que Otto no estaba, solo se trataba de un reflejo de su cerebro que le traía de vuelta sensaciones pasadas, de una alucinación producto de una mente que hacía tiempo que no estaba sana. Y de que Adam tampoco estaba, porque ella lo había echado de su lado, haciendo que su realidad fuese aún peor.

Casi ni ella estaba. Porque April ya no era April.

Sin Otto.

Sin Adam.

Sin ella.

Perdida.

Sola.

April se había perdido en todo aquello oscuro y sórdido que oculta una persona; en todo aquello que no se ve, pero que está ahí, por debajo, latiendo en silencio, aguardando.

April ya no estaba, no se encontraba, así que pensó: «Si yo ya no estoy, ¿qué es lo que me queda?».

Cogió el cristal roto y las hizo visibles, las cicatrices.

Las liberó.

Grajeas de fresa y nata

Yo mataré monstruos por ti, solo tienes que avisar.

LOVE OF LESBIAN

—April...

El teléfono vibró sobre la mesilla, despertándolo de un sueño profundo gracias al poder de las pastillas que le recetaba el doctor Fray. Al ver la hora y el nombre que se leía en la pantalla iluminada, se asustó como nunca antes lo había hecho.

El recuerdo de otra llamada casi dos años atrás trepó por su cuerpo, trayéndole sensaciones de vuelta que no quería experimentar nunca más.

—Adam..., necesito que vengas. Yo...

La voz de la chica estaba entrecortada; destilaba pánico, dolor, ansiedad, un pesar inmenso.

Se levantó de un salto y se vistió en segundos, sin pensar en el siguiente paso, improvisando.

—¿Qué pasa, April? ¿Dónde estás?

Suspiros. Jadeos. Llanto.

Adam bajó la escalera corriendo y cogió las llaves del coche de su madre con el corazón a punto de reventarle dentro. Podía sobrevivir una vez, lo sabía, porque lo estaba consiguiendo, pero no una segunda. No podría sobrevivir a la idea de que a April Harper le ocurriese algo.

—Necesito que vuelvas al garaje. Sale mucha sangre... No sé por qué lo he hecho. No sé qué hacer. Ayúdame, Adam..., por favor.

Marie Clayton odiaba los hospitales. En realidad, le daban pavor.

Había pasado demasiadas noches acompañando a su hijo como para que ese lugar le dejara algún recuerdo bueno. Además, olían a desinfectante mezclado con el hedor de la enfermedad, por mucho que intentaran taparlo; le angustiaba.

Más aún cuando estaba allí de nuevo con Adam a su lado, aunque esa vez él no había sido el problema. Había sido April la que los había hecho ver el amanecer en esa sala de espera.

—Adam, irá bien. Es una chica fuerte.

Él asentía y aceptaba que su madre le cogiera la mano y la apretara entre sus dedos, aunque en aquel momento no deseaba que lo tocara nadie que no fuera ella, April.

¿Por qué lo habría hecho? ¿Habría tenido él algo que ver en aquella decisión? Y si no salía bien..., ¿qué pasaría de no salir bien? ¿Y si todos aquellos instantes que habían compartido, y que tanto habían ayudado a Adam, hubiesen sido los pasos que la habían llevado a ella hasta esa camilla?

La inquietud aumentaba en esa sala de espera de hospital.

No lo soportaba.

Síntomas que reconocía demasiado bien regresaban, haciendo que le sudara la nuca y se le secase la garganta.

Necesitaba que aquello parara.

Se levantó y se acercó al señor Campbell, que salía de la habitación en la que llevaba un rato largo hablando con un médico y con Pauline Harper.

—Lewis, ¿cómo está?

—Hola, Adam. Gracias por actuar tan rápido.

—Le he hecho una pregunta.

Campbell suspiró y asintió con la cabeza.

Había recibido una llamada del chico, cerca de las tres de la mañana, en la que hablaba rápido y le explicaba que se había encontrado a April tumbada en el garaje de su casa con un corte profundo en el brazo. No estaba inconsciente,

pero sí somnolienta. La había llevado al hospital, pero no sabía qué más hacer; estaba fuera de sí y por eso lo había llamado. Lewis agradecía que lo hubiera hecho y, sobre todo, la muestra de confianza que eso suponía.

Así que se había acercado hasta allí para comprobar el estado de ambos y para asegurarse de que solo había sido un susto. No es que no lo afectara, pero, lamentablemente, estaba más que acostumbrado a esas situaciones por su trabajo.

—Está bien. No ha sido más que un corte, profundo pero controlable.

—¿Y lo demás?

«Lo demás.» Lo demás era aún demasiado amplio; desconocido.

—Lo iremos viendo. Hemos dejado que la situación se alargara demasiado permitiéndole ciertas concesiones, tanto en el centro como en su casa. Claramente, no ha funcionado. A partir de ahora, cambiaremos el modo de actuación. Gracias por estar aquí, Adam.

Lewis observó cómo el peso de los hombros de Adam se aligeraba con esas palabras.

—¿Puedo pasar?

—Sí, pero está dormida.

—No me importa.

—Eh, Adam. —Lo agarró por el hombro, dándole un leve apretón—. Si necesitas hablar, sabes dónde encontrarme. Sea la hora que sea.

Asintió con agradecimiento. Era un buen hombre.

Después abrió la puerta y entró.

La habitación no era muy grande, pero, aun así, April le pareció mucho más pequeña en aquella cama de sábanas blancas. Tenía una vía en el brazo y el antebrazo vendado.

Se sentó a su lado y se tapó la cara con las manos, pensando en todo lo que podía haber ocurrido, en todas las cosas que podían haber pasado aquella noche, en los «y si...» que dolían como heridas sin ni siquiera haber sucedido.

Le cogió la mano y la apretó, como si así pudiera evitar que ella se

marchase; estaba fría e inerte. La sensación le daba más miedo del que quería aceptar.

Después pensó en todo lo que deseaba decirle a April cuando despertara, en todos los planes que tenía para compartir con ella, en todas esas cosas que algún día le enseñaría.

En el futuro.

Pensó en el futuro y sonrió, porque, por primera vez en casi dos años, hacerlo tenía un sentido tan grande como el corazón que aún latía de April Harper.

Sentía su presencia. Su calor. Su olor. Sus respiraciones pausadas.

April estaba dormida, pero podía sentirlo a su lado.

No entendía muy bien qué era lo que había ocurrido.

Estaba tumbada en el suelo del garaje, llorando desconsolada, porque sabía que era el momento de una despedida y, de pronto, había abierto un ojo y se encontraba en una camilla de hospital.

Intentó recordar y se vio pronunciando dos nombres.

Adam u Otto.

Otto o Adam.

Le dolían las opciones. Ambas. No había una menos dañina que la otra.

Se había dado cuenta de ello en el mismo instante en el que Adam había hecho caso de sus súplicas y se había marchado.

Lo echaba de menos.

Lo ansiaba.

No comprendía una fantasía sin él cerca, pero tampoco una realidad sin su hermano.

Estaba perdida en un limbo extraño y no podía respirar.

Eso había sentido.

Y había visto el cristal y recordado todos esos testimonios que decían lo fácil que resultaba cortar y lo rápido que hacía que uno se olvidara de todo.

Liberarse.

Sin meditarlo, había cogido el trozo y se lo había clavado en la muñeca. Un solo corte y la sangre había comenzado a brotar, de un rojo intenso. Sin lágrimas. Con dolor, pero con uno físico mucho más soportable que el otro, que el de dentro.

Se había observado unos segundos la piel, en silencio, solo con el sonido rápido de su aliento. Con la boca abierta. Parpadeando con insistencia para comprobar que aquello sí que era real y que no se trataba de una invención propia.

Y entonces... un gemido largo y prolongado desde lo más profundo de la garganta.

Un grito de miedo.

El odio había llegado en torrente, casi asfixiante.

April, al aceptar el corte en su brazo, se había odiado profundamente por ser una persona tan cobarde como para pensar que su vida no valía tanto.

Por dejar de ser fuerte.

Por creer que no podría sobrevivir a la pérdida de su hermano.

Se dio cuenta de que no quería hacerlo, de que solo había sido un momento de debilidad, de que estaba enferma.

Sí, en ese instante exacto, April Harper asumió que necesitaba ayuda, porque sola no podía hacerlo.

Sintió a Otto a su lado, intentando cogerle la mano para verle la herida y... se apartó. Le dio la espalda, doliéndole el corazón, después cerró los ojos y buscó el teléfono móvil en el suelo de aquel garaje para llamar a la única persona que podía comprenderla de verdad en ese momento.

La única que podía salvarla de sus profundidades.

Y ahí estaba, a su lado.

Abrió los ojos, parpadeando para acostumbrarse a la luz, y lo vio.

—April... Gracias a Dios. —Le dio un beso en la mano y suspiró aliviado —. ¿Cómo te encuentras?

—Bien. Creo.

Carraspeó, porque tenía la boca seca. Después se miró la mano. Estaba vendada.

Supo que no dejaría más que una pequeña marca, nada que ver con las cicatrices de Adam, que parecían un mapa caótico de dolores cruzados, pero ahí estaba. La cicatriz que nunca debería olvidar, porque con ella había dado el paso más importante de todos.

—¿Te duele?

—No. No eso, al menos.

—Lo sé.

—No mola tanto como las tuyas —bromeó April.

—Es ridícula —confesó él.

Sonrieron, porque reírse de ellos mismos sentaba bien.

April miró las manos de Adam, una sobre su brazo, acariciándole la venda, la otra apoyada en la cama, con la sudadera remangada dejando a la vista las marcas, esas que ya no escondía, porque formaban parte de él.

Quiso explicárselo todo. Quiso decirle infinidad de cosas, pero solo le salió una disculpa mientras su mirada se empañaba.

—Lo siento, Adam. No sé por qué lo hice. Me arrepentí al instante. Me asusté.

Y era verdad.

April nunca había tenido los deseos que un día invadieron a Adam; April no soportaba la ausencia de su hermano, pero sí que quería vivir. Y seguir soñando con finales felices. Y viajar a países sin salir de la ciudad. Y subirse al tranvía sin ningún destino más que el disfrutar del presente. E inventar recetas nuevas para sus galletas. Y oír a Adam crear música de la que se metía bajo la piel. Y hasta cantar en un karaoke, aunque lo hiciera fatal.

Él se acercó un poco más a su cuerpo y apoyó la barbilla en su regazo; April se estremeció y dudó, pero no se contuvo y posó una mano en su cabeza, sintiendo que temblaba ligeramente.

Adam cerró los ojos y disfrutó de esa calma instantánea, de esa sensación plácida, de cómo un leve contacto podía significar tanto para dos personas. Casi como si a base de caricias fueran juntándose sus partes rotas.

—Sé que no soy quién para pedírtelo, pero no vuelvas a hacerlo. —Alzó los ojos y los clavó en los de ella, algo cansados pero vivos; como él pensaba que siempre deberían estar los ojos de April Harper—. Por favor.

—Es cierto, no eres quién. Pero te lo prometo.

Adam tragó saliva y le dijo una de esas cosas que se había prometido no callarse si April le permitía volver a su lado; unas palabras que ella le había enseñado y que por fin comprendía en su totalidad.

—No estoy preparado para un mundo sin April Harper, ¿me has oído?

—Sí. —Ella sonrió—. Vaya par de desgraciados estamos hechos.

—Te equivocas. Somos muy afortunados.

—Quizá. Solo que a ratos me cuesta verlo —confesó April, con la voz un poco rota y pensando en todos los monstruos que aún guardaba a buen recaudo bajo llave.

Supuso que era la hora de abrir la puerta del armario y enfrentarse a ellos, dejar de tenerles miedo y liberarlos.

Sin embargo..., hacerlo resultaba más aterrador casi que aprender a vivir a su lado.

Adam pareció leerle la mente.

—Yo te ayudaré. Lo haremos juntos, ¿de acuerdo?

Se levantó, le dejó un beso sentido en la frente y April asintió, mirando la pastilla que la esperaba sobre la mesa. Era roja y blanca, como aquellas grajeas de fresa y nata que tanto le gustaban de pequeña.

Adam siguió su mirada. Cogió el vaso de agua y se lo ofreció, animándola a dar el primer paso que la acercaría un poco más a la realidad de su vida.

Ella lo hizo; tragó la primera pastilla.

Mariposas de lima

Nunca pensé que en la felicidad hubiera tanta tristeza.

MARIO BENEDETTI

Otto Harper nació un día de primavera en el que el sonido de los grillos y de las cigarras puso música al momento. Quizá por eso tenía tal fascinación por los bichos.

O quizá no.

El caso es que cuando su hermana April lo vio, pensó que era lo más increíble que había visto en su vida, con sus mejillas sonrosadas y sus piernas regordetas, aunque dijo todo lo contrario.

—Parece un escarabajo con cara de larva.

Quizá Otto escuchó esas palabras y las hizo propias sin darse cuenta, siendo aún un recién nacido sin mucha conciencia, y el amor innato que tenía por su hermana formó esa obsesión por todos los insectos que cohabitaban con él en el mundo, como si fueran los seres más especiales que existen.

No lo sé, ¿cómo podría saberlo?

Lo que sí que sé es que el día que Otto Harper nació, su hermana juró ver una mariposa color lima apoyada en el alféizar de la ventana del hospital, dándole la bienvenida a aquel bebé rollizo de ojos color ébano y pelo de trigo. Una mariposa que April se había tatuado muchos años después, cuando su hermano había echado a correr y había acabado bajo el agua del Pontchartrain.

Sin despedirse.

Dejándola sola y sin saber cómo continuar.

Esa había sido la primera cicatriz visible de April Harper; un trazo de tinta que simbolizaba el motor, de repente apagado, de sus días.

Cuando Otto nació era muy pequeña. Tan pequeña que apenas tenía más que recuerdos difusos que se dispersaban en cuanto se querían agarrar, como espectros que jugaban con ella al escondite.

Sin embargo, según los años fueron pasando, cobraron una nitidez especial. Cada instante compartido, en los que Otto abría los ojos al mundo y aprendía a su manera y que April observaba como si fuese algo sobrenatural. Cada vez que su madre los castigaba; a April por poner en peligro a su hermano con juegos absurdos que no eran para él; a Otto por no ser un niño normal. Cada vez que no los comprendía. Cada vez que él acudía a ella en vez de a su madre. Cada vez que la oían llorar por las decepciones o confesar a sus amigas la mala suerte que había tenido, por no saber comunicarse con Otto la mayor parte del tiempo.

Cada vez...

Y siempre April y Otto.

Siempre Otto y April.

Todo el mundo sabía lo afortunado que había sido Otto por haber encontrado en los brazos de su hermana esa figura constante de amor y comprensión que él necesitaba.

No obstante, nadie se había parado a pensar en qué pasaría si un día él ya no estaba. Qué ocurriría con esa niña convertida en madre a tan corta edad. Qué pasaría con el mundo de April Harper si todo por lo que giraba, ese eje que le había dado cuerda desde siempre, un día faltaba.

Los días habían pasado tranquilos desde que April había vuelto a casa.

Pauline parecía algo menos inerte que de costumbre, esforzándose por estar al otro lado de la pared si su hija la necesitaba, cocinando para ella sus comidas favoritas y encargándose de sus cuidados. Puede que despertando ante la idea de estar a punto de perder también a su otra hija.

Miss Daisy las visitaba y les llevaba pasteles.

Hasta Marie Clayton pasaba por allí y charlaba con ellas en el porche.

También lo hacía Adam.

Él la visitaba cada día. Veían películas. Hablaban de música y de cómo serían los días el curso siguiente, ya que Adam había decidido volver a trabajar y matricularse en el conservatorio, retomando así rutinas que ya no pesaban, sino que deseaba volver a incluir en su vida. Paseaban por la ciudad, en ocasiones sin destino, montados en un tranvía, y otras mostrándose rincones importantes para uno y compartiéndolos con el otro.

Adam la animaba a hablar de Otto; le preguntaba por su color favorito, por sus aficiones, por la manera que tenía de colocar los juguetes en un orden incierto que solo él comprendía. Por cómo se sentía al respecto.

Y la vida fluía, mejoraba.

April a veces lloraba cuando estaba sola.

Lewis le había propuesto una serie de objetivos que alcanzar, igual que un día se había planteado ella con Adam y que él había cumplido.

Y era su turno.

Le tocaba ir avanzando casillas en un tablero al que nunca quiso jugar. Unos pasos con los que se iba despidiendo poco a poco de su hermano, por mucho que doliera, pero que habían pasado a ser parte de un dolor incluso bonito por darlos de esa forma, despacio, meditándolos y de la mano de Adam.

Y allí estaban.

Él pegado a su espalda, dándole fuerzas para hacerlo.

Ella pensando en aquel primer recuerdo de su memoria, cuando era una niña de tres años que acababa de perder a su padre, un padre que nunca llegaría a ver lo especial que era su segundo hijo, y asomaba la cabecita a una cuna mientras una mariposa verde lima se apoyaba en la ventana y aleteaba sus alas, dándole así la bienvenida al mundo a Otto Harper.

Cogió aire, abrió la puerta del dormitorio intacto de su hermano y dejó que

Adam lo viese.

Todo seguía exactamente igual que hacía dos años, cuando esa tarde Pauline lo había sacado de casa y había vuelto sin él. Para siempre.

La cama hecha con sus sábanas de hormigas. Los dibujos en las paredes. El xilófono, regalo de unas Navidades, en un rincón. Su abrigo verde en el respaldo de la silla. Los planetas.

—Es bonita —susurró Adam, estudiándolo todo con calma.

«¿Bonita? ¿Eso es todo?», se dijo April, frunciendo el ceño y abriendo los brazos para señalar todo lo que los rodeaba.

—Es arte, Adam. Nunca verás tanto sentimiento encerrado en un cuarto.

Y era cierto. La habitación de Otto desprendía algo que, a simple vista, Adam no hubiera percibido de no ser porque lo hacía de la mano de April.

Tenía magia. Algo único. Música en las paredes y color en el tocadiscos. Olor a fantasía y tacto de regaliz.

Los dibujos parecían moverse dentro de las láminas. Insectos de colores estridentes y círculos que volaban entre estrellas fugaces. Artilugios sin sentido que tomaban forma al cogerlos con las manos. Instrumentos creados con cajas y materiales reemplazables, convirtiéndolos en todo lo contrario, en irreemplazables para el músico que supiera darles vida.

Parecía el cuarto secreto de un inventor.

Y, sobre la cama, en el centro de ese universo medio infantil medio adulto, ahí estaban, colgando de finos hilos de pesca.

Los planetas de Otto.

Adam pasó los dedos por debajo y se movieron levemente, bailando sobre sus cabezas. April le había hablado de aquello y por eso estaban allí, porque era el momento de decir adiós a un mundo congelado dentro de un dormitorio.

Era el momento de liberar todo eso encerrado y dejarlo ir.

Su madre llevaba meses queriendo vaciarlo, porque la simple idea de entrar allí la paralizaba, pero April se lo había prohibido. Era una de sus discusiones habituales.

Y es que Pauline, pese a que no fuera la mejor madre del mundo, sí que hacía intentos por continuar con su vida, como la idea de donar las pertenencias de Otto a la beneficencia.

Hasta entonces, April no lo había entendido, e incluso había odiado a su madre por ello, pero había comenzado a hacerlo, a comprender que aquella situación ya no le servía. Que, quizá, ella tampoco había sido justa con su madre.

—¿Cuándo los construyó?

—Tenía siete años. —April sonrió—. Había llorado toda la tarde, porque era su cumpleaños y mamá había organizado una fiesta a la que asistieron todos los niños de la manzana. Otto odiaba las fiestas. Al menos según como las entendemos nosotros.

—¿Qué ocurrió?

—Lo que siempre ocurría. Otto se enfadó, gritó y se encerró en su cuarto. Los niños se fueron. Cuando la casa estaba en calma de nuevo y mamá se quejaba de su vida en casa de la vecina, fui a buscarlo. Nos encerramos en el garaje y se me ocurrió hacer figuras con papel de periódico y cola blanca. Me habían enseñado a hacerlo en la escuela y me pareció una buena idea para distraerlo y que dejara de sufrir; porque cuando algo lo incomodaba sufría, Adam. —Él asintió, porque lo comprendía de algún modo un tanto absurdo, ya que le daba la sensación de que Otto y él vivían en galaxias completamente diferentes; lo único que las unía como un puente común era ella; era April—. Yo hice unas flores y Otto solo hacía bolas. Circunferencias de distintos tamaños que yo no comprendía. «Es inútil que lo intentes siquiera, April», me decía mamá, entrando de vez en cuando para vigilarnos, pero no lo era. Cuando Otto terminó el último, salió al jardín y lo levantó, mirando al cielo y observando a su lado la luna. —April imitó el gesto, cogiendo una de las figuras con los dedos; era roja con puntos azules—. Entonces lo entendí y me eché a reír. ¡Eran planetas! Los pintamos y se los colgué del techo cuando estuvieron secos. Desde entonces siempre han estado aquí.

—Los planetas de Otto —dijo Adam sonriendo.

—Antes de dormir los tocaba, alzando los dedos, y yo creo que él pensaba que eran reales. En sus ojos parecía estar muy lejos cuando lo hacía. A mí me gustaba el sonido que producían las piezas al chocar, me gustaba oírlo desde el otro lado de la pared.

Y lo hizo. April hizo que los planetas chocaran, cerrando los ojos y disfrutando de ese sonido que se había convertido para ella en reconfortante, en consuelo, en calma.

Creo que fue en ese momento. En aquel cuarto, mientras Adam observaba a April alzar las manos y bailar con los planetas de Otto, meciéndolos entre sus dedos, acariciándolos casi como si fueran seres con vida que sintieran su tacto. Creo que fue en ese preciso instante cuando Adam fue consciente de lo rota que en realidad estaba.

—Es precioso, April.

Adam se dio cuenta de eso, sí, pero también de otra cosa; se dio cuenta de que el amor para él de pronto tenía forma de galaxia y, en el centro de su inmensidad, se encontraba April, con un vestido negro, haciendo bailar los planetas bajo el embrujo de sus dedos.

Se acercó al cuerpo de April, hasta quedar casi pegado a su espalda, y alzó los brazos para coger los suyos y agarrarle las manos. Apoyó la barbilla en la cabeza de ella y después la abrazó, juntando sus cuerpos como si fuesen casi uno. Deseando que April lo sintiera, que supiera que ya nunca estarían solos, porque se tenían el uno al otro para sujetarse.

April percibió el calor de Adam, su aroma, su aliento removiéndole los cabellos, su piel pegada a la suya en aquel abrazo extraño, pero que, incluso así, también resultaba ser el más bonito de todos los que le habían dado en su vida.

Y, por encima de todas esas sensaciones físicas, April sintió aquello que los unía, ese hilo invisible que igual que sostenía los planetas de Otto, los sostenía a ellos desde que se habían cruzado.

April sintió que había una persona en el mundo que la quería.

Por fin.

Pese a todo.

Pese a que no fuera Ella.

Pese a que el corazón de Adam siguiera siendo mitad de piedra.

Pese a que sus vidas no fuesen tan perfectas como les gustaría, ni aquello llegase a implicar nada más allá que un amor sincero entre dos personas rotas que se habían juntado para ayudarse a completar sus pedazos.

Y rompió a llorar entre los brazos del chico, para acto seguido romper a reír, pensando en que no podía ser más oportuna aquella expresión, porque April se rompió aquella tarde en aquel dormitorio que siempre pertenecería a la mejor persona del mundo, de ese mundo que llevaba tiempo vacío y que Adam había ido llenando.

Y lo hizo feliz, asumiendo que ya nunca estaría sola.

Crema de vainilla

Quizá solo se trate de encontrar a quien te sigue mirando cuando tú cierras los ojos.

ELVIRA SASTRE

Miss Daisy se despidió de Pauline con un largo abrazo y salió de la casa. Lo hizo con una cálida sensación de bienestar; eso que sientes cuando compruebas que las cosas van como deben ir, aunque a un ritmo lento.

April había soplado veintiuna velas y lo había hecho con una media sonrisa frente a todas las personas que la querían. Su madre, Marie Clayton, Adam, miss Daisy y hasta algunos compañeros del centro de terapias se habían acercado a por su pedazo de tarta de crema de vainilla con fresas, entre ellos el señor Campbell. Una celebración peculiar para una chica tan joven, pero no por ello menos especial.

No quiso decírselo para no empeorar las cosas con chismes de vieja bruja, pero sus intuiciones nunca fallaban, y miss Daisy sabía con la mayor de las certezas que el pequeño Otto también había acudido a la fiesta, protegiendo a su hermana a su modo desde dondequiera que estuviera.

Se abrochó los botones de la chaqueta y caminó hacia su casa, pensando en lo bonita que se veía April abriendo regalos y en las miradas cómplices y sentidas que le dedicaba el joven Clayton cuando parecía que nadie los estaba mirando.

Pero ella sí lo había hecho, porque siempre lo veía todo; hasta lo que no quería.

Igual que había descubierto el fino hilo que los unía el primer día que

fueron juntos a visitarla, aquella casualidad que había hecho que la chica de Adam y el pequeño Otto cruzaran sus caminos una noche dos años atrás, haciendo chocar sus vidas, poniéndoles el punto final, y regalándoles un comienzo a April y a Adam.

Hasta en medio del dolor existe la posibilidad de que crezca algo bonito.

Miss Daisy sabía aquello, igual que sabía que nunca les contaría aquella conexión, porque ¿qué sentido tendría?

Saber aquello formaba parte de su don y solo ella debía convivir con él.

Sonrió al pensar en el don de April. Y no, no se refería al que ella había creído poseer siempre.

Era una locura, ¿April Harper rompiendo el corazón a los demás? Ni siquiera comprendía de dónde habría sacado esa idea.

Bueno, supongo que deducirlo a estas alturas es fácil, la vida había hecho que April sintiera más de lo que estaba preparada para sentir y se había escudado en fantasías para evitar culpabilizarse cuando algo salía mal.

Sin embargo, miss Daisy sí que conocía su verdadero don. Uno muy diferente. Invisible, en apariencia pequeño y que ella no sabía que poseía, pero el resto del mundo sí, porque lo sentían cada vez que estaban a su lado.

April tenía el don de hacer del universo de los demás un lugar un poco más bonito.

El de su madre, con cada momento que habían empezado a compartir.

El de Marie Clayton, con las sonrisas que provocaba en su hijo.

El de Lewis, con ese cariño que le tenía por ser luz en aquel círculo de su vida.

El de las personas del círculo, ofreciéndoles consuelo con sabor a galleta.

El de Otto, creándole uno a medida donde fue inmensamente feliz.

El de Adam, recorriéndolo junto a él, cogida de su mano.

El de la propia miss Daisy, regalándole una familia.

¿Qué dices? ¿Que eso no es un don? Quizá yo esté equivocada, ¿qué voy a saber yo de dones? Lo que sí que sé es que no creo que haya nada más

importante en la vida que la capacidad de hacer felices a los demás. De poner color a sus días. Luz. Motivos. Dulzor. Magia. Y miss Daisy sabía que April, pese a que lo veía aún todo un poco gris, comenzaba a atisbar las diferentes tonalidades que brillaban en el mundo y a hacerlas de nuevo suyas.

La señora Harper cerró la puerta y volvió a la mesa, donde aún bebían café Marie, Lewis, Adam y April. Se reían de algo que ella no había oído, pero no importaba, el simple sonido ya le provocaba un placer indescriptible.

Poco después, Marie y Lewis se despidieron de ellos con un abrazo y se marcharon juntos, contentos y orgullosos de que sus esfuerzos hubieran contribuido a la felicidad de ambos chicos.

Pauline cogió una cuchara y la hundió en la tarta mientras observaba a su hija y a Adam recoger los platos entre sonrisas y alguna caricia disimulada. Era bonito verlo; tan jóvenes; con tantas posibilidades; con tantas ganas de vivir, aunque ambos los hubieran olvidado en algún momento.

Pensó en que aún era capaz de reconocer el amor, pese a que llevaba años creyendo estar tan muerta que ese sentimiento no tenía cabida en su vida.

Se acordó de Otto y el sabor de la tarta se le agrió un poco.

Era incapaz de no hacerlo; lo seguiría haciendo cada segundo de sus días, pero había recordado que aún tenía una hija y que debía empezar a luchar por ella. Por su felicidad. Por su futuro. Porque seguía siendo madre y en algún momento se le había olvidado; nunca se perdonaría por ello y cruzaba los dedos cada mañana para que ya no fuera demasiado tarde.

Cuando April le sonrió antes de desaparecer por la escalera con Adam detrás, supo que no. Que no podría recuperar el tiempo perdido, pero sí aprovechar al máximo el que se abría paso frente a ellas.

Ya había comenzado a hacerlo. Incluso habían acudido juntas al jardín de mariposas de Audubon, después de tanto tiempo. Pauline recordó aquella tarde agrídulce, cuando ambas se habían quedado paradas frente a uno de los carteles.

Actias Luna. Especie de lepidóptero ditrisio de la familia Saturniidae.

Se trataba de aquel tipo de mariposa de color lima que a Otto le obsesionaba dibujar a su modo y que su hija se había marcado con tinta en la piel.

Habían estado en aquel lugar decenas de veces a lo largo de los años. Se podría decir que era el favorito de Otto del mundo entero, o al menos del mundo que llegó a conocer, y por ese motivo lo llevaban al insectario siempre que podían. La última vez que April había estado allí había sido precisamente en el cumpleaños de Otto, el 9 de noviembre. Sola. Triste. Rota. Y allí estaba de nuevo, un año después, pero aquella vez con un propósito, otro más de esa lista en la que ya había un montón de tachaduras. Y de la mano de su madre. Esa madre que un día Otto pareció llevarse con él y que había regresado para quedarse con ella. Al fin y al cabo, era April la que por primera vez la necesitaba más que su hermano.

April bajó la vista hacia su brazo. Llevaba el abrigo puesto, pero casi podía ver el tatuaje que siempre estaría consigo y que simbolizaba esa etapa de su vida que ya había terminado. Diría adiós al insectario y un poco a Otto aquel día, pero a su vez daría la bienvenida a esa nueva April que estaba conociendo poco a poco. A ella misma y a todo lo que estaba por llegar.

Miró a su madre y le sonrió.

—Vámonos.

—¿Estás segura? No tenemos prisa.

Se mordió el labio, inquieta. Llevaban todo el día dando vueltas por allí, más de seis horas cuando se podía ver en una o dos, como mucho, pero es que irse seguía costando demasiado.

Nunca dejaría de hacerlo.

Decir adiós siempre es complicado.

—En realidad, cierran dentro de cinco minutos. El de seguridad no nos quita ojo.

Su madre se rio. Ese sonido inesperado calentó el corazón de April y

apretó con más fuerza su mano.

—Aparte de él, ¿crees que alguien más habrá intentado robar mariposas alguna vez? —preguntó Pauline, recordando las veces en las que habían tenido que sujetar a Otto para que no intentara alcanzarlas.

—No. No creo que vuelva a existir nunca nadie tan valiente.

—Yo tampoco.

Sonrieron. Lo recordaron. Lo sintieron junto a ellas y después... y después lo dejaron marchar.

April se prometió no volver allí nunca más. No tenía sentido. Así que almacenó todos los recuerdos que le inspiraba bajo llave y la tiró en algún lugar imaginario al que se prometió no regresar. Le pertenecían, eran suyos, y con eso tenía suficiente.

—Vámonos, mamá. Es hora de decir adiós.

Porque sí, April sonrió al aceptar que Otto no volvería a estudiar los insectos de aquel museo, pero que, indudablemente, el mundo seguía girando bajo sus pies.

Pauline Harper sonrió al revivir de nuevo las cálidas sensaciones que le provocaba el recuerdo de ese día compartido con su hija. El primero del que esperaba que fueran muchos. Luego recogió los restos de la fiesta que aún quedaban por la cocina y se dijo que sí, que aquello ya empezaba a parecer de nuevo un hogar.

April subía en silencio. No había estado muy habladora durante la fiesta, pero Adam la conocía y sabía que aquello le había sentado bien. Se había reído a carcajadas, había disfrutado abriendo regalos y había repetido ración de tarta.

Aún debía seguir avanzando, y él también; Lewis les había repetido que no sería un camino fácil, pero ¿acaso lo son las cosas que de verdad importan?

Se encerraron en el dormitorio y se tumbaron en la cama.

Si en casa de Adam la bañera se había convertido en su rincón favorito, en la de April era la cama. Solían tumbarse y observar el techo. Un techo en el

que no había grietas. O quizá sí, pero preferían mirarse entre ellos, estudiándose, como si cada día pudieran descubrirse una peca nueva en el otro o algo que por insignificante pasara a ser especial. Besarse. Abrazarse hasta caer dormidos. Hablar sobre miedos, muros por destruir y monstruos que desterrar.

—¿Lo has pasado bien?

April asintió, pero no abrió la boca, solo se colocó de costado, hasta quedar su rostro vuelto ante el perfil de Adam. Ese perfil que ella podría dibujar de memoria sin cansarse.

En ocasiones lo hacía con los dedos.

Él la imitó, enredando sus piernas con las de ella, acercándose tanto el uno al otro que al hablar compartían el aire en susurros llenos de secretos.

April cerró los ojos unos instantes. Cogió aire y luego suspiró.

Adam le acarició el pañuelo anudado a su cuello.

Allí estaban.

Girando.

Había sido solo un segundo, pero habían vuelto.

Al abrirlos, la sonrisa de Adam le dijo a April que él ya sabía lo que había ocurrido. Y confesó.

—A veces aún oigo los planetas. Se mueven. Hacen una trayectoria circular, hasta un punto en el que se paran y después giran de nuevo.

No había vuelto a ver a Otto, sabía que el efecto de las pastillas tenía mucho que ver al respecto, pero ese sonido formaba tan parte de ella que no desaparecería fácilmente. Había sido consuelo y sosiego durante mucho tiempo y no podía dejarlo marchar sin esfuerzo, pese a que sabía que provenía de un cuarto vacío.

Adam se acercó más, hasta rozar su nariz con la de April y hablar sobre su boca.

—¿Lo veías cuando estabas conmigo?

—A veces.

—¿Le gustaba?

April se rio.

—¿Cómo vas a gustarle si no existe?

—A nosotros nos gustan cosas que no existen. ¿Por qué no podría ser al revés?

April pensó en unicornios, dragones y superpoderes.

—Me gusta tu teoría, Clayton.

—Gracias. Debajo de este montón de huesos hay un hombre muy inteligente.

Sonrieron, dibujando el gesto sobre los labios del otro.

—Y sí. Le gustas. A Otto. Porque a mí también me gustas.

Adam no respondió. O quizá sí, porque lo hizo en silencio, pero con una muestra que abarcaba mucho más que cualquier palabra. Cogió el pañuelo rojo que April llevaba lazado al cuello y deshizo el nudo. Ella sintió la tela deslizándose por su piel, como la caricia de una pluma. Después lo dobló con cuidado y se lo ató a la muñeca, sobre las cicatrices. En el mismo lugar en el que un día hubo otro de color gris, uno que ya formaba parte de un pasado que no volvería.

April dejó escapar una lágrima por la mejilla que él secó con los labios.

Sus narices se rozaban. Las pestañas de April sujetaban el llanto. Respiraban el mismo aire. Y los susurros de Adam contra su boca lo llenaron todo.

—Voy a estar a tu lado, April. No me voy a ir a ninguna parte, pero tienes que dejarlo ir. A Otto. Tienes que dejar de cuidarlo y cuidarte a ti.

—¿Y cómo sé que estará bien?

Se sintió tonta y ridícula haciendo esa pregunta, pero Adam sonrió, porque la entendía; él lo hacía. Igual que sabía cuál era la respuesta para que April por fin cerrase los ojos y lo hiciese, dejase de prestar atención a ese sonido, gritando un adiós con todas sus fuerzas dentro de su cabeza, hasta que desapareció.

—Sky lo cuidará mientras nosotros creamos aquí nuestro propio universo.

Sky.

Ella.

Nunca un nombre había significado tanto.

Y April oyó los planetas chocar una última vez, antes de perderse dentro de un beso y parar su trayectoria para siempre.

Un mundo por saborear

Ya no nieva.

Ya no duele.

A. KELLEN

Dentro del universo habitan mil universos más pequeños. Con sus propias galaxias, planetas, agujeros negros. Inmensos, infinitos, únicos.

Eso había aprendido Adam. Y así se sentía. Como dentro de uno propio que quizá no era el más perfecto de todos, pero que era el suyo, y le parecía más bonito que ningún otro. Y puede que tuviera un pasado oscuro, algunas partes feas y grietas, como las que adornaban el techo de su habitación, pero ni siquiera sabía cuántas, porque hacía tiempo que había dejado de contarlas. Solo estaban ahí, formando parte de ellos junto a todas las cosas bonitas que habían ido surgiendo. O como las líneas del suelo que April seguía vigilando inconscientemente para proteger a Otto de sus fantasmas, pero de las que cada día se olvidaba un poco más.

La vida les pesaba menos a cada beso que se daban.

Todo lo hacía.

Supongo que en eso consiste vivir, en no olvidar que algún día dolió, pero también en recordarse que el sol sigue asomándose cada mañana.

Salieron a la calle y se abrocharon el abrigo. Nueva Orleans estaba cubierta por un cielo gris y parecía que fuera a desatarse una tormenta en cualquier momento. April entrelazó el brazo con el de Adam y sonrió antes de echar a andar sin destino fijo.

El ruido del bullicio de la ciudad llegó a sus oídos como si fuera una

canción.

Hacía tiempo que todo era música.

—¿Adónde vamos? —preguntó él.

April oyó el sonido del tranvía que se aproximaba y le regaló una sonrisa traviesa antes de echar a correr bajo la mirada asombrada del chico.

—¿Importa?

Nada. No importaba nada.

Adam soltó una carcajada y corrió hasta pillarla, ya subida al tranvía.

Se sentaron en uno de los bancos, aún con las respiraciones aceleradas.

April observó lo que dejaban atrás por la ventana, como siempre hacía desde que Adam le había enseñado a viajar a ninguna parte y a mil lugares diferentes sin salir de la ciudad, porque cada vez descubría algo nuevo, un brillo, un rincón, una imagen que guardar bajo el título de «hogar».

Él la miró. Su pelo alborotado por el viento y la carrera. El latido acelerado que se intuía en su cuello. La curva de su nariz. Las uñas pintadas de negro. Toda la vida que desprendía solo con respirar.

—April.

—¿Sí?

Se volvió y le plantó un beso que ella recibió con la mayor de las sonrisas.

Pasaron la tarde por ahí, dando vueltas sin rumbo que para ellos resultaban cada día mundos desconocidos por conquistar, besándose, abrazándose, descubriéndose aún más si era posible, aprendiendo el uno del otro, y después se dirigieron al local de Benjamin, porque ya eran las ocho.

—April, llegas tarde —le dijo el chico, fingiendo estar enfadado.

Ella le sacó la lengua y Adam le palmeó la espalda.

Dejaron los abrigos y April entró en la barra.

Llevaba unos meses trabajando para Benjamin y le sentaba bien. Se sentía útil cuando llevaba dinero a casa, orgullosa cuando hacía la compra para ella y su madre, e ilusionada cuando guardaba algunos billetes en un bote de cristal

que ella y Adam habían bautizado como «sueños», cuyo contenido los ayudaría a ir cumpliendo fantasías juntos.

Olía a futuro y a instantes felices.

Sirvió una cerveza a Adam. Él la bebió tranquilo, riéndose con Benjamin de cualquier cosa y compartiendo guiños con April, que parecía flotar detrás de esa barra. Eso le parecía a él. Como si solo por separarlos un trozo de madera fuera inalcanzable. La veía cada día brillar un poco más. Crecer a su lado. Descubrirle su modo de ver el mundo.

Lo encandilaba. Lo hechizaba. Lo enloquecía de un modo sano.

—Adam, es la hora —dijo ella repentinamente inquieta.

Él asintió. La atrajo hacia su cuerpo agarrándola por las mejillas y la besó como si fuera la última vez antes de coger aire con fuerza y dirigirse al escenario.

April sintió una opresión en las tripas; llevaba noches y noches viéndolo tocar y aún no se acostumbraba.

Lo admiraba.

Creía sentir con él cada emoción que Adam liberaba al rozar las teclas del piano. Cada partícula de magia que volaba por el ambiente con cada nota.

Lo amaba.

La música comenzó a sonar. Una canción sin título que había salido de las manos, cerebro y alma de Adam, ya que meses atrás se había atrevido a volver a componer y por fin la había encontrado. Su canción inacabada. La misma que llevaba años persiguiendo, pero que no llegaba a alcanzar.

Y ya era suya. Y de April. Y un poco del resto cuando la compartía con los demás.

Dulce y amarga. Triste y más feliz que ninguna. Llena de verdad. De sentimientos encontrados. De casualidad. De universos por explorar.

Una canción que yo sé que solo podía llevar un título, porque mientras ellos se gritaban con los ojos todas esas ganas de vivir que aún les quedaban, yo los observaba sentada a una mesa.

—Aquí tienes.

April me tendió la copa que había pedido y yo le sonreí, porque seguía sin mirarme, solo tenía ojos para el chico del piano.

Un chico que había tenido que caer a lo más bajo para encontrar allí todo un mundo de posibilidades por descubrir, por experimentar, por expresar en forma de música si se atrevía a alzar los brazos.

Para encontrarla a ella.

A una chica que había volado lo más alto posible para no tener que vivir anclada a la realidad de ese suelo, pero que al atreverse a hacerlo había descubierto que podía ser mejor que cualquier fantasía.

Bebí de mi copa y cerré los ojos, disfrutando de la historia que me contaba aquella preciosa melodía.

La historia de una chica llamada April Harper y de un chico llamado Adam Clayton.

Una chica que creía tener el don de romper el corazón de los demás y un chico que lo tenía de piedra.

Una canción que para ellos no tendría título, pero que, a ojos de cualquiera que hubiera tenido la suerte de cruzarse con ambos corriendo de la mano por las calles de Nueva Orleans y matando monstruos, solo podría llevar uno escrito...

April, Adam y la trayectoria de los planetas.

Agradecimientos

Un día, hace más de dos años, estaba comiendo por ahí con mi chico cuando le conté una trama que se me había pasado por la cabeza y que parecía que no se iba; se había agarrado a mí con fuerza. No tenía nada más que una escena. En ella, una chica estaba tumbada en la cama y escuchaba los planetas girando en un móvil que colgaba en el techo de la habitación de al lado. Ese fue el inicio de esta novela. Eso y unas cuantas frases apuntadas en un cuaderno, en las que la chica le decía a un chico sin nombre que oía a los planetas girar sin parar... También tenía un título que surgió nada más empezar. Todo lo demás... ya se vería, se iría hilando, formando a pequeños pasos.

Aquel día, H. me dijo que la escribiera. Fue la primera vez que parecía interesado de verdad por una de mis historias, porque él no es mucho de romances, así que, ilusionada, me senté y los conocí.

Le doy las gracias por ello; sin esa conversación no estoy segura de si mi idea hubiera llegado a ser algo más.

Poco después supe que iba a ser la primera novela con la que me iba a sentir realmente realizada como escritora. No es que no esté orgullosa de las demás, pero enseguida me di cuenta de que para mí iba a suponer algo más. Más complejidad, salir de mi zona de confort, un paso más allá de a lo que estaba acostumbrada a hacer. No lo sé..., quizá soy tan exigente que, por una vez, he podido disfrutar de una sensación de satisfacción plena a la que no estoy muy acostumbrada. Lo que sí sé es que este es el primer proyecto que me ha regalado el pensamiento de «esta es la novela que siempre quise escribir».

Así que, a ti que estás leyendo esto, gracias por darle una oportunidad, solo quería que supieras lo especial que es para mí.

Gracias a Judith por estar siempre, por creer en mí y por quererme tanto y tan bien. Esperé unas cuantas novelas para regalarte una que de verdad estuviera a la altura de llevar tu nombre. Ya es tuya. Te quiero, pequeña flor.

Gracias a mi familia, por creer en esta locura como si fuera lo más sensato de mi vida.

Gracias a mis lectoras cero, por todo lo que me dais. Abril, Alice, Cherry y Saray, sois lo más bonito que me han regalado las letras.

Gracias a Alejandra Beneyto, por ayudarme con la terminología más «técnica» y por estar siempre dispuesta a echar una mano.

Gracias a Daniel Ojeda, porque sin ti esta historia no hubiera volado tan alto.

Y, por último, gracias a Anna, mi editora, por confiar en mí y por ilusionarse tanto con este pequeño universo.

April, Adam y la trayectoria de los planetas
Andrea Longarela

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del texto: Andrea Longarela, 2018
© Editorial Planeta, S. A, 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Crossbooks
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2019

ISBN: 978-84-08-20498-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta